

Los Seis Seños De La Luz

EL REY GRIS

SUSAN COOPER

Lectulandia

Hay una leyenda galesa que habla de un arpa de oro, escondida en las montañas, que ha de ser encontrada por un joven de pelo blanco con un perro con ojos de plata. Hill Stanton no sabe nada de esto cuando llega a Gales para recuperarse de una terrible enfermedad que le ha dejado sin memoria. Pero cuando conoce a Bran, un extraño muchacho, y a su perro con ojos de plata, empieza a recordar... Will, el último de los Ancestrales, deberá recuperar el arpa escondida, el último de los seis signos de la Luz que en su día ayudaron a los Ancestrales en la eterna lucha contra las Tinieblas.

Lectulandia

Susan Cooper

El rey Gris

Los seis signos de la luz - 4

ePub r1.0

OZN 23.05.14

Título original: *The Grey King*
Susan Cooper, 1975
Traducción: Laura Martín de Dios
Ilustraciones: Julie Dillon
Diseño de cubierta: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

—¿Estás despierto, Will? ¿Will? Despierta, es la hora de la medicina, cariño...

El rostro oscilaba como un péndulo, adelante y atrás; una indefinida mancha rosada que se alejaba y se acercaba, dividida en otras seis manchas que, como ruedas, daban vueltas sin parar. Cerró los ojos. Sentía la frente perlada de sudor frío y la mente paralizada por el pánico. «Lo he perdido. ¡Lo he olvidado!». Incluso en la penumbra, el mundo daba vueltas. Un persistente zumbido resonaba en su cabeza, como un torrente de agua, hasta que, de nuevo, la voz consiguió abrirse paso a través de él.

—¡Will! Solo será un momento, despierta...

Era la voz de su madre. Lo sabía, pero no podía distinguir su origen. La obscuridad lo envolvía y lo aturdía. «He perdido algo. Ya no está. ¿Qué era? Era muy importante, tengo que recordarlo, ¡tengo que hacerlo!». Comenzó a luchar en un intento por alcanzar la conciencia y, en la lejanía, oyó su propio y quedo gemido.

—Vamos a ver.

Otra voz. El doctor. Un brazo firme le sujetaba por los hombros; un metal frío en sus labios; le vertieron con destreza un líquido en la garganta. Tragó mecánicamente. El mundo giraba sin parar. El pánico le invadió de nuevo. Unas pocas palabras confusas cruzaron su mente como un fragmento de música; su memoria intentó retenerlas, aferrarías. «En el día de los Muertos...».

La señora Stanton miraba angustiada el pálido rostro, los ojerosos ojos cerrados, el húmedo cabello.

—¿Qué ha dicho?

De repente, Will se incorporó de un salto, con los ojos abiertos como platos; miraba sin ver.

—«En el día de los Muertos...». —La miró, suplicante, sin reconocerla—. ¡Es todo lo que puedo recordar! ¡Se ha esfumado! ¡Había algo que tenía que recordar, algo que tenía que hacer! ¡Era de vital importancia y lo he perdido! Lo he olvidado...

Su rostro se contrajo y cayó hacia atrás sin fuerzas, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Su madre se inclinó sobre él, le rodeó con los brazos y le arrulló suavemente, como si fuera un bebé. Poco después comenzó a relajarse y a respirar acompasadamente. Ella alzó la vista, angustiada.

—¿Delira?

El doctor negó con la cabeza, con cara compasiva.

—No, eso ya lo ha superado. En el aspecto físico ya ha pasado lo peor. Esto no es más que una pesadilla, una alucinación..., aunque puede que haya perdido algo de memoria. La mente está muy vinculada a la salud del cuerpo, incluso en los niños... No se preocupe. Dormirá y, a partir de ahora, cada día estará mejor.

La señora Stanton suspiró. Posó una mano sobre la perlada frente del menor de sus hijos.

—Le estoy muy agradecida. Ha venido tan a menudo... No hay demasiados médicos que...

—Venga, venga —la interrumpió con rapidez el pequeño doctor Armstrong, al tiempo que sostenía la muñeca de Will para tomarle el pulso—. Somos viejos amigos. El niño ha estado muy, muy enfermo. De todas formas, cojeará durante un tiempo... Ni siquiera los jovencitos se recuperan de este tipo de cosas tan rápidamente. Volveré, Alice. No se le olvide: cama durante otra semana como mínimo y, después de eso, nada de colegio durante un mes. ¿No podría enviarlo lejos de aquí? ¿Qué me dice de ese primo suyo de Gales con el que estuvo Mary en Semana Santa?

—Sí, podría ir allí. Seguro que sí. Es muy bonito en octubre, y el aire del mar... Les escribiré.

Will agitó la cabeza sobre la almohada, murmuró algo, pero no se despertó.

PRIMERA PARTE

EL ARPA DE ORO

Las colinas más antiguas

Recordaba haber oído decir a Mary que la mayor parte del tiempo todos hablaban en gales. Incluso tía Jen.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó Will.

—No te preocupes —le animó su hermana—. Si se dan cuenta de que estás allí, cambian al inglés. Pero recuerda que has de tener paciencia. Y además, aún serán más amables al saber que has estado enfermo. Al menos conmigo lo fueron después de las paperas.

Así que Will se encontró solo en el grisáceo andén de la pequeña estación de Tywyn, expuesto al viento, bajo una fina llovizna de octubre, esperando, mientras dos hombres ataviados con el uniforme azul marino de los ferroviarios conversaban animadamente en gales. Uno de ellos era bajo y estaba arrugado como una pasa; parecía un elfo. El otro tenía una apariencia blanda y fofa, como si estuviera hecho de masa de bizcocho.

El elfo reparó en Will.

—¿Beth sy'n bod? —preguntó.

—Eh..., perdone —contestó Will—. Mi tío dijo que nos encontraríamos en el patio de la estación, pero no hay nadie ahí fuera. ¿Podría indicarme si existe algún otro sitio al que pudiera referirse?

El elfo agitó la cabeza.

—¿Y quién es tu tío? —indagó el hombre del rostro flácido.

—El señor Evans, de Bryn-Crug. La granja Clwyd —respondió Will.

El elfo rió suavemente.

—David Evans se retrasará un poco, chico *bach*. Menudo despistado que está hecho tu tío. David Evans llegaría tarde hasta el día de su entierro. Tendrás que esperar un poquito. De vacaciones, ¿no?

Unos inquisitivos y brillantes ojos oscuros se clavaron en su rostro.

—Más o menos. He tenido hepatitis. El médico me dijo que pasara fuera la convalecencia.

—Ah. —El hombre asintió con la cabeza, comprensivamente—. Sí, estás un poco paliducho. Has venido al lugar adecuado. El aire de esta costa es muy relajante, según dicen, muy relajante. Incluso en esta estación del año.

De repente, un extraordinario estruendo provino de detrás de la oficina de la estación. Will observó, a través de la barrera, como un Land-Rover salpicado de barro entraba en el patio. Pero la figura que bajó de un salto no era la del pequeño granjero que vagamente recordaba; era la de un enjuto y fuerte joven que bruscamente le tendió la mano.

—Will, ¿verdad? Hola. Mi padre me ha enviado a recogerte. Soy Rhys.

—¿Cómo estás? —Will sabía que tenía dos primos galeses de la edad de sus hermanos mayores, pero nunca había visto a ninguno de los dos.

Rhys alzó la maleta como si fuera una caja de cerillas.

—¿Es esto todo lo que llevas? Entonces, vámonos. —Saludó con la cabeza a los dos ferroviarios—. *¿Sut dach chi?*

—*lawn, diolch* —contestó el elfo—. Caradog Prichard ha preguntado por ti y por tu padre esta mañana. Algo sobre unos perros.

—Una lástima que no hayamos coincidido en todo el día —dijo Rhys.

El elfo rió. Cogió el billete de Will.

—Que te mejores, joven.

—Gracias —respondió Will.

Alojado en el asiento delantero del Land-Rover, contemplaba el pequeño pueblo grisáceo mientras los limpiaparabrisas intentaban en vano, adelante y atrás, adelante y atrás, eliminar la débil lluvia del cristal empañado. Tiendas vacías se alineaban a lo largo de la angosta calle. Algunas figuras con chubasqueros pasaban corriendo con la cabeza gacha. Divisó una iglesia, un pequeño hotel y más casas adosadas. Más allá, la carretera se ensanchaba, y pronto se encontraron fuera del pueblo con setos bien cuidados a ambos lados. Enfrente solo distinguía campo abierto y verdes colinas que se recortaban contra el cielo; un cielo gris desdibujado por la niebla. Rhys parecía tímido; conducía sin mostrar intención alguna de querer iniciar una conversación, aunque el motor hacía tanto ruido que, en cualquier caso, hubiera resultado difícil. Sobrepasaron una serie de casas de campo silenciosas con tablones, donde se anunciaban habitaciones libres o BED AND BREAKFAST, que se balanceaban con abandono ahora que la mayoría de los turistas se habían ido.

Rhys giró hacia el interior, hacia las montañas, y en ese mismo instante Will experimentó una nueva, extraña y agobiante sensación, casi como una amenaza. La pequeña carretera se volvió angosta como un túnel. Altas hileras de hierba y perfilados setos se levantaban a ambos lados a modo de verdes paredes. Cuando pasaban al lado de algún portillo que daba paso al campo, podía atisbar el marrón verdoso de las colinas que se recortaban contra el cielo gris. Y más adelante, cuando las curvas de la carretera mostraron brevemente el cielo abierto a través de los árboles, un pliegue mayor de grisáceas colinas se perfiló en la distancia, medio escondido tras nubes deshilvanadas. Will tenía la sensación de hallarse en una parte de Gran Bretaña sin igual. Un lugar secreto, aislado, rezumante de poderes ocultos durante siglos que ni siquiera podía imaginar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

En ese mismo instante, cuando Rhys efectuó un giro en una pronunciada curva que conducía a un estrecho puente, el Land-Rover dio un extraño tirón y se fue hacia un lado de un bandazo, hacia los setos. Rhys pisó el freno a fondo al tiempo que giraba el volante. Consiguió detenerlo en un ángulo que le hizo temer que una de las

ruedas estuviera en la cuneta.

—¡Porras! —exclamó enérgicamente mientras abría la puerta.

Will salió a gatas tras él.

—¿Qué ha pasado?

—Esto es lo que ha pasado. —Rhys apuntó con su largo dedo hacia la rueda delantera, cuyo neumático, totalmente desinflado, se apoyaba contra una roca que sobresalía del seto—. Mira esto. Está totalmente reventada, y con lo gruesos que son estos neumáticos no entiendo qué...

Su voz ligera y casi ronca sonaba aguda por la contrariedad.

—¿La roca estaba en la carretera?

Rhys agitó su rizada cabeza.

—Se extiende por debajo del seto. Es enorme, eso es solo uno de los salientes... Solía sentarme en esa roca cuando medía la mitad que tú... —La sorpresa había hecho que su timidez se desvaneciera—. Pero, entonces, ¿qué ha hecho dar ese salto al coche? Porque eso es lo más extraño, que ha parecido que diera un salto, de hecho lo ha dado, directo hacia la cuneta. No fue a causa del pinchazo, el movimiento es diferente. —Se estiró y se secó la lluvia que calaba sus cejas—. Bueno, bueno. Vamos a cambiar la rueda.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Will esperanzado.

Rhys bajó la vista hacia él, hacia los ojos ojerosos y el pálido rostro bajo el grueso y liso pelo castaño. De repente, comenzó a reír delante de Will por primera vez desde que se habían conocido. Aquello le hacía parecer diferente, despreocupado y joven.

—¿Has venido hasta aquí después de estar enfermo para restablecerte y voy a dejar que cambies una rueda vieja bajo la lluvia? A mi madre le daría un ataque. Vuelve adentro, venga.

Se dirigió hacia la puerta trasera del pequeño coche y comenzó a sacar las herramientas.

Will volvió a subir obedientemente a la parte delantera del Land-Rover. Era un refugio pequeño, cálido y confortable después de que la llovizna golpeará contra su rostro, enviada por el gélido viento de la carretera. No se oía ningún sonido en medio del campo abierto, bajo las colinas, excepto el suave quejido del viento a través de los cables telefónicos, y el ocasional y grave balido de alguna oveja en la lejanía. Y del golpeteo de una llave inglesa. Rhys estaba aflojando los pasadores que sujetaban la rueda de recambio al portón trasero.

Will apoyó la cabeza hacia atrás, contra su asiento y cerró los ojos. Su enfermedad le había mantenido en cama durante mucho tiempo en una confusión larga, desesperada y dolorosa, rodeado de rostros indefinidos y angustiados y, a pesar de que ya estaba en pie desde hacía más de una semana, todavía se cansaba con rapidez. Le asustaba quedarse sin aliento y exhausto después de algo tan habitual

como subir un tramo de escalera.

Se sentó relajado; dejó que los suaves sonidos del viento y los balidos de la oveja navegaran libremente por su mente. Entonces se percató de otro sonido. Al abrir los ojos, vio por el retrovisor otro coche que aminoraba la velocidad hasta parar detrás de ellos.

Bajó un hombre robusto, fornido, con una gorra y un chubasquero que aleteaba sobre las botas de agua. Sonreía. Sin saber por qué, a Will le pareció una sonrisa desagradable. Rhys volvió a abrir la parte trasera del Land-Rover para coger el gato y Will oyó que el recién llegado le saludaba en gales. Las palabras eran ininteligibles, pero, indudablemente, las pronunció en un tono jocosos. De hecho, el sentido de aquella corta conversación fue tan claro para Will como si hubiera entendido cada una de las palabras.

Sin lugar a dudas, el hombre se burló de Rhys por tener que cambiar la rueda bajo la lluvia. Rhys le contestó lacónicamente, pero sin enojarse. El hombre miró sin disimulo hacia el interior del coche, acercándose para observar a través de la ventanilla. Miró a Will, sin sonreír, con extraños y pequeños ojos de ralas pestañas, y le preguntó algo a Rhys. Cuando Rhys contestó, una de las palabras fue “Will”. El hombre del chubasquero añadió algo más con cierto sarcasmo, esta vez dirigido a ambos, y luego, sin previo aviso, lanzó un asombroso discurso de un tirón, rápido y seco. Las palabras salían a borbotones, frenéticas y guturales como un río revuelto desbordándose. Rhys parecía no prestarle atención. Al final el hombre hizo una pausa, enfadado. Dio media vuelta y se dirigió hacia su coche. Condujo lentamente mientras los adelantaba y mantuvo la vista fija en Will al pasar por su lado. Un perro blanco y negro miraba por encima del hombro del hombre, y Will vio que el vehículo era una furgoneta gris sin ventanillas traseras.

«Se deslizó hacia el asiento del conductor y bajó la ventanilla» el Land-Rover daba pequeñas sacudidas en el aire debajo de él mientras Rhys accionaba el gato.

—¿Quién era ese? —preguntó Will.

—Un tipo llamado Caradog Prichard, es del valle. —Rhys escupió enigmáticamente en sus manos y volvió a accionarlo—. Un granjero.

—Podría haberte echado una mano.

—¡Ja! —exclamó Rhys—. Caradog Prichard no es conocido por ser muy voluntarioso.

—¿Qué ha dicho?

—Me ha comentado lo divertido que es verme atascado. Y algunas cosas sobre un desacuerdo que tenemos. Nada importante. Y me preguntó quién eras. —Rhys giró la llave inglesa, aflojó las tuercas de la rueda y alzó la vista con una tímida sonrisa de complicidad—. Menos mal que nuestras madres no estaban escuchando; no he sido muy educado. Le dije que eras mi primo y que no eras de su incumbencia.

—¿Se ha enfadado?

Rhys hizo una pausa para reflexionar.

—Dijo: «Ya veremos».

Will alzó la vista hacia la carretera del valle por donde la furgoneta había desaparecido.

—Es extraño que haya dicho eso.

—Bueno —dijo Rhys—, caradog es así. Se divierte haciendo sentir incómoda a la gente. A nadie le gusta, excepto a los perros, y a él ni siquiera le gustan ellos. —Extrajo de un tirón la rueda pinchada—. Vuelve a sentarte. Ya no tardaré mucho.

Cuando Rhys volvió a sentarse en el asiento del conductor se frotó las manos con un trapo aceitoso. La llovizna se había convertido en generosa lluvia. Su oscuro cabello húmedo se le rizaba.

—Bien —anunció Rhys—. Debo decir que hace un tiempo precioso para darte la bienvenida. Pero no durará mucho. Todavía disfrutaremos de unos buenos momentos de sol que vendrán y se irán antes de que el invierno caiga sobre nosotros.

Will oteó las montañas, oscuras y lejanas, balanceándose ante la vista mientras conducían por la carretera que atravesaba el valle. Alrededor de las colinas más altas colgaban incontables jirones de una nube gris y las cimas se volvían invisibles tras la niebla.

—Las nubes se deshilvanan alrededor de las cimas de las montañas. Quizá se esté abriendo el día.

Rhys miró hacia aquella dirección sin darle importancia.

—¿El aliento del Rey Gris? No, siento decírtelo, Will; se supone que eso es una mala señal.

Will se quedó paralizado; sintió un estruendo demoledor en sus oídos. Se aferró al borde del asiento hasta que sus dedos tocaron el metal.

—¿Cómo la has llamado?

—¿A la nube? Ah, cuando se deshilvana en jirones así, la llamamos el aliento del *Brenin Llwyd*. El Rey Gris. Se supone que vive allí arriba, en las montañas. Solo es una vieja leyenda. —Rhys miró hacia su lado y frenó de golpe; el Land-Rover se detuvo en seco—. ¡Will! ¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma. ¿Te encuentras mal?

—No. No. Solo que... —Will observaba la masa grisácea de las colinas—. Es solo... El Rey Gris forma parte de algo que yo ya sabía, algo que se supone que debo recordar, para siempre... Creía haberlo perdido. Quizá... quizá vaya a volver...

Rhys puso el coche en marcha de nuevo.

—Bueno —dijo alegremente con tono nasal—, te pondrás mejor, ya verás. En estas viejas colinas puede pasar cualquier cosa.

La Vía de Cadfan

—¿Lo ves? —dijo tía Jen—. Te dije que despejaría.

Will tragó su último bocado de beicon.

—Nunca dirías que es el mismo paisaje. Maravilloso.

El sol de la mañana se filtraba sinuoso a través de las ventanas de la alargada cocina de la granja. Se reflejaba en las azules lascas de pizarra del suelo, en el juego de porcelana con dibujos de sauce colocado en el enorme y oscuro aparador; en la estantería, sobre el horno, llena de humeantes jarras con divertidas figuras. Un arco iris danzaba en el bajo techo, atrapado por un hechizo del sol que lo proyectaba desde el asa de la jarra de vidrio de la leche.

—Y también caluroso —añadió tía Jen—. Vamos a tener un veranillo de San Martín para ti, Will. Y también vamos a engordarte un poquito, cariño. Coge un poco más de pan.

—Todo está buenísimo. No había comido tanto en meses.

Will miraba a su tía Jen con afecto mientras ella iba y venía por la cocina. Estrictamente hablando, no era su tía, sino una prima de su madre. Crecieron juntas y se habían hecho amigas íntimas. Todavía intercambiaban gran cantidad de correspondencia. Pero tía Jen había dejado Buckinghamshire hacía mucho tiempo; la historia de cómo había ido a Gales a pasar unas vacaciones, se había enamorado perdidamente de un joven granjero gales y ya no había vuelto a casa, era una de las leyendas más románticas de la familia. Ahora incluso tenía acento gales... y parecía galesa, con su figura pequeña, agradable y regordeta y sus brillantes ojos oscuros.

—¿Dónde está tío David? —preguntó Will.

—Por ahí fuera. Es una época de mucho ajeteo por las ovejas. Las granjas de las colinas hacen bajar a sus corderos durante el invierno... Pronto tendrá que ir a Tywyn y se preguntaba si querrías acompañarle. Podrías ir a la playa con este sol.

—Genial.

—Pero nada de bañarse, tenlo en cuenta —añadió tía Jen con rapidez.

Will rió.

—Ya lo sé, estoy débil, tendré cuidado. Me encantaría ir. Puedo enviarle una postal a mamá diciéndole que he llegado sano y salvo.

Seguida de un gran estrépito, una sombra apareció en la puerta. Era Rhys, desaliñado, sacándose el jersey.

—Buenos días, Will. ¿Nos has dejado algo de desayuno?

—Llegas tarde —respondió Will sonriendo.

—¿Así que tarde? —Rhys miró a Will con falso enfado—. Míralo, y nosotros ahí fuera desde las seis con tan solo una taza de té entre pecho y espalda. Mañana por la mañana, John, sacaremos a este joven diablillo de la cama y nos lo llevaremos con

nosotros.

Detrás de él, una profunda voz ahogó una risa. Will desvió su atención hacia una cara que no había visto hasta entonces.

—Will, este es John Rowlands, el mejor pastor de Gales.

—Y también el que mejor toca el arpa —añadió tía Jen.

Su rostro era enjuto, de pómulos pronunciados y múltiples arrugas que, al sonreír, se agolpaban alrededor de los ojos. Unos ojos de un tostado intenso como el café. Su cabello era fino y oscuro, vetado de gris en las sienes, y tenía la bien formada y modelada boca de los celtas. Por un momento, Will se lo quedó mirando con fascinación. John Rowlands emanaba una curiosa e indefinible energía, aun cuando no era un hombre corpulento.

—*Croeso, Will* —le saludó John Rowlands—. Bienvenido a Clwyd. Le oí hablar de ti a tu hermana, la primavera pasada.

—Dios mío —exclamó Will con un espontáneo asombro que provocó la risa de todo el mundo.

—Nada malo —le tranquilizó Rowlands, sonriendo—. ¿Cómo está Mary?

—Bien —contestó Will—. Dijo que se lo pasó muy bien en Semana Santa. Yo también estuve fuera, en Cornwall.

Se quedó callado con expresión abstraída y vacía. John Rowlands le dirigió una rápida mirada; luego se sentó a la mesa donde Rhys se disponía a atacar el beicon y los huevos. El tío de Will entró con una pila de papeles.

—¿*Cwpanaid o de, cañad?* —preguntó tía Jen cuando lo vio.

—*Diolch yn fawr* —contestó David Evans cogiendo la taza de té que le tendía—. Y luego tengo que ir a Tywyn. ¿Quieres venir, Will?

—Sí, gracias.

—Estaremos unas dos horas. —El sonido de sus palabras era siempre muy preciso. Era un hombre bajo, de facciones duras, pero a veces sorprendía con una mirada inesperada, vaga y reflexiva en sus oscuros ojos—. Tengo que ir al banco, a ver a Llew Thomas y a buscar la rueda nueva para el Land-Rover, el coche que saltó en el aire y tuvo un pinchazo.

Rhys, con la boca llena, emitió un sonido estrangulado de reproche.

—Venga, papá —protestó mientras tragaba—. Sé que suena raro, pero no estoy loco. Allí no había nada que pudiera provocar el bandazo y el golpe contra la roca. A menos que la dirección no funcione.

—A la dirección de ese coche no le pasa nada —replicó David Evans.

—¡Pues muy bien! —Rhys frunció el ceño, indignado.

Te digo que dio un bandazo sin razón alguna. Pregúntale a Will.

—Es verdad —corroboró Will—. El coche dio una especie de salto hacia un lado y chocó contra la roca. No sé qué es lo que pudo hacerlo saltar, a no ser que pasara

por encima de una piedra suelta de la carretera..., pero tendría que haber sido una piedra muy grande. Y no había señal de ninguna.

—Grandes aliados, vosotros dos. Ya veo —dijo su tío. Apuró su taza mirándolos por encima del borde. Will no estaba seguro de si se estaba riendo de ellos—. Bueno, bueno, haré que revisen la dirección de todas formas. John, Rhys, ahora a por ese vallado extra para *los fridd*...

Cambiaron al gales sin pensarlo. Pero a Will no le importó. Estaba ocupado tratando de no hacer caso a una vocecita que provenía de lo más profundo de su mente, una débil voz irracional con una sugerencia irracional. «Si quieren saber qué hizo saltar al coche —le susurraba una parte de su mente—, ¿por qué no le preguntan a Caradog Prichard?».

David Evans dejó a Will en un pequeño quiosco donde podía comprar postales y salió disparado para dejar el Land-Rover en el garaje. Will compró una postal donde aparecía un lago oscuro y siniestro rodeado por montañas de aspecto muy gales, y escribió: «¡Ya he llegado! Todo el mundo os manda recuerdos». La envió a su madre desde la estafeta de correos, un solemne e inconfundible edificio de ladrillo rojo en la esquina de Tywyn High Street. Luego, miró a su alrededor preguntándose adonde ir.

Eligió al azar con la esperanza de ver el mar y giró en la angosta esquina de High Street. Poco después descubrió que esa dirección no le conduciría al mar, ya que solo encontró tiendas, casas, un cine con un imponente frontal Victoriano y un rótulo donde se leía SALA DE REUNIONES y la entrada del cementerio de la iglesia con el techo de pizarra.

A Will le gustaba curiosear en las iglesias. Antes de caer enfermo, él y dos compañeros más se habían dedicado a recorrer en bicicleta todo el valle del Támesis para hacer calcos de las lápidas de bronce. Se dirigió hacia el pequeño cementerio de la iglesia para ver si allí encontraba algún bronce.

El pórtico de la iglesia era de techo bajo, profundo como una cueva. Dentro, la iglesia era oscura y fría, de gruesas paredes y macizos pilares encalados. No había nadie. Will no encontró bronce que poder calcar, solo monumentos a impronunciables benefactores, como Gruffydd ap Adda de Ynysymaengwyn Hall. Detrás de la iglesia, en el camino de salida, se percató de una extraña y enorme piedra gris que se erguía al fondo, cincelada con inscripciones demasiado antiguas para que pudiera descifrarlas. La observó largo rato. Parecía algún tipo de ofrenda, aunque no tenía la más remota idea de lo que podía significar. Y entonces, en el pórtico, cuando salía, alzó la vista distraído hacia el tablón de anuncios donde había unas cuantas noticias de la parroquia y vio el nombre: *Iglesia de Saint Cadfan*.

El torbellino se apoderó de nuevo de sus oídos, como una ráfaga de viento. Tambaleante, cayó sobre el banco del pórtico. La cabeza le daba vueltas; de repente volvía a encontrarse en medio del fragor y la confusión de su enfermedad, cuando

supo que algo, algo muy preciado, se le había escapado o le había sido arrebatado de su memoria. Las palabras iban y venían por su consciencia, sin orden ni concierto, y entonces una frase emergió a la superficie como un pez volador: «en la Vía de Cadfan donde el cernícalo llama...». Su mente la retuvo con avaricia, buscando más. Pero no había más. El torbellino se desvaneció. Will abrió los ojos, respiró más acompasadamente; el mareo desapareció gradualmente. Repitió quedamente, en alto:

—«En la Vía de Cadfan donde el cernícalo llama... en la Vía de Cadfan donde el cernícalo llama, en la Vía de Cadfan...».

En el exterior, las lápidas de pizarra gris y la hierba verde relucían con destellos irisados de luz, aquí y allá, a causa de las gotas de lluvia del día anterior, que aún se aferraban a los tallos más largos. Will pensaba: «“En el día de los Muertos... el Rey Gris...”. Tiene que haber algún tipo de advertencia sobre el Rey Gris... ¿Y qué es la Vía de Cadfan?».

—Vaya —exclamó en voz alta con rabia repentina—, ¡si pudiera recordar!

Se levantó de un salto y regresó al quiosco.

—Por favor —dijo—, ¿tiene alguna guía de la iglesia o del pueblo?

—Ninguna de Tywyn —respondió la chica de mejillas sonrosadas de la tienda, con sibilante acento gales—. Has llegado demasiado tarde, la temporada ya ha pasado... Pero el señor Owen vende un folleto en la iglesia, creo. Y aquí tienes este, si te gusta. Está lleno de maravillosos paseos.

Le enseñó una *Guía del norte de Gales* que costaba treinta y cinco peniques.

—Bueno —contestó Will contando el dinero de mala gana—. Supongo que después me la podría llevar a casa.

—Sería un bonito regalo —añadió la chica con sinceridad—. Tiene unas fotos muy bonitas. ¡Y mira qué portada!

—Gracias —respondió Will.

Tras echar un vistazo al pequeño libro, se informó de que los sajones se habían establecido en Tywyn en el año 516 d. C. alrededor de la iglesia construida por san Cadfan de Gran Bretaña y su pozo sagrado, y que la piedra con inscripciones de la iglesia era considerada la muestra más antigua de gales escrito que existía y que podía traducirse como: «El cuerpo de Cyngen yace a un lado entre las marcas donde lo encontraréis. Cadfan descansa en su refugio bajo el túmulo, pesaroso de que en él hayan quedado atrapadas las alabanzas que le debe la tierra». Pero no decía ni una palabra sobre la Vía de Cadfan. Ni tampoco, tras comprobarlo, el folleto de la iglesia.

«No es Cadfan lo que busco, sino la vía —pensó Will—. Una vía es un camino. Una vía donde el cernícalo llama debe de ser un camino sobre un páramo o una montaña».

Cuando más tarde paseaba distraído por el rompeolas azotado por el viento, aquello le hizo olvidarse incluso de la playa. Cuando volvió a encontrarse con su tío

para volver a la granja, este tampoco le fue de gran ayuda.

—¿La Vía de Cadfan? —preguntó David Evans—. De todas formas, se pronuncia *Cadvan*; la *efe* se pronuncia siempre como una *uve* en gales... La Vía de Cadfan... No. Me resulta familiar. Pero no te sé decir, Will. John Rowlands es la persona indicada para estas cosas. Tiene una enciclopedia por cabeza, ya lo creo que sí, llena de cosas antiguas.

John Rowlands estaba fuera, ocupado en algún lugar de la granja, así que por el momento Will tuvo que contentarse con un mapa plegado y vuelto a desplegar. Salió con este aquella tarde, solo, hacia el soleado valle, para caminar por las lindes de la granja. Su tío se las había señalado toscamente. Clwyd era una granja en las tierras bajas, que se extendía a lo largo de la mayor parte del valle del río Dysynni. Algunas de las tierras cerca de la ribera eran pantanosas, y otras se elevaban hacia la altísima ladera de la montaña salpicada de rocas verdes, grises y pardas. Pero la mayoría estaban compuestas por la exuberante tierra verde del valle, fértil y acogedora. Algunas tierras estaban preparadas para volverse a arar después de la cosecha de aquel año, y el resto servían como pasto para el rotundo y robusto ganado gales de cara negra. En las tierras de la montaña solo pacían las ovejas. Algunas de las laderas más bajas habían sido aradas, aunque, aun así, a Will le parecían demasiado empinadas y se preguntaba cómo podía un tractor mantenerse derecho sin rodar ladera abajo. En ellas solo crecían los helechos, unos cuantos grupos de árboles achaparrados, retorcidos por el viento, y la hierba. La montaña se elevaba hacia el cielo. El profundo y errante balido de una oveja llegó hasta él y quedó flotando en la tranquila y calurosa tarde.

Pero fue otro sonido el que le llevó hasta John Rowlands, por sorpresa. Mientras paseaba por los campos de Clwyd, hacia el río con altos arbustos silvestres en una ribera y obscura tierra arada en la otra, percibió un ruido sordo y amortiguado que provenía de algún sitio frente a él. De repente, en un recodo del camino divisó una figura de movimientos constantes y rítmicos, como si estuviera interpretando una danza lenta y pausada. Se detuvo fascinado a observar. Rowlands, con la camisa medio abierta y un pañuelo rojo atado al cuello, estaba llevando a cabo una transformación del paisaje. Se movía rítmicamente sobre una hilera de árboles achaparrados. Primero los cercenaba aquí y allá con una mortífera herramienta, que semejaba un cruce entre un hacha y un sable de pirata. Luego, la dejaba a un lado y arrancaba y trenzaba lo que quedara de la tupida vegetación. Los pequeños árboles proliferaban sin orden ni concierto, grandes brazos que se extendían sin control en todas direcciones, como si el avellano y el espino hicieran lo imposible por convertirse en árboles hechos y derechos. Tras él, a medida que avanzaba sin descanso, dejaba una limpia cerca: montones de ramas guillotizadas acabadas en punta, como lanzas, altas hasta la cintura. Torcía cada quinta hacia abajo sin

compasión en ángulo recto y la entrelazaba alrededor del resto como si se tratara de una valla.

Will le observó en silencio hasta que Rowlands se percató de su presencia y se incorporó, jadeante. Se desató el pañuelo rojo, se limpió el sudor de la frente con él y se lo volvió a atar alrededor del cuello. Las patas de gallo de su arrugado y tostado rostro se fruncieron imperceptiblemente cuando vio a Will.

—Ya lo sé —convino con su solemne voz aterciopelada—. Estás pensando que es un arbolito magnífico y sano, lleno de hojas y de frutos, que se eleva hasta los cielos y que aquí estoy yo, mutilándolo como un carnicero descuartizando una oveja, convirtiéndolo en una horrible y desnuda cerca, esperpéntica y sin gracia.

Will dejó escapar una risita.

—Bueno-asintió. —Algo parecido, sí.

John Rowlands se puso en cuclillas, descansó la cabeza del hacha contra el suelo, entre sus rodillas, y se apoyó en ella.

—Ah —prosiguió—, *duw*, has recorrido un buen trecho hasta aquí. Yo ya no puedo ir tan rápido como antes. Bueno, déjame decirte que si dejáramos este precioso arbusto silvestre tal como está ahora, el año que viene por estas fechas ya sería dueño y señor de la mitad del campo. Y aunque le estoy cortando la cabeza y la mitad del tronco, de todos esos brotes tristes y retorcidos que ves ahí saldrán tantas ramas nuevas la próxima primavera que casi no notarás la diferencia.

—Ahora que lo dice —declaró Will—, sí, claro, los arbustos son iguales en casa, en Bucks. Solo que nunca antes había visto hacer eso a nadie.

—Hace un año que le eché el ojo a este —continuó John Rowlands—. Se me pasó el pasado invierno. Es como la vida, Will a veces parece que no tienes más remedio que hacerle daño a alguien para hacer algo bueno por él. Pero no demasiado, gracias a Dios. —Se agachó de nuevo—. Pareces estar mejor, *bachgen*. El sol gales te hace bien.

Will miró el mapa que tenía entre las manos.

—Señor Rowlands —dijo Will—, ¿podría decirme alguna cosa acerca de la Vía de Cadfan?

El gales comenzó a pasar uno de sus dedos morenos a lo largo del filo del hacha, hizo una pequeña pausa y luego el dedo continuó su curso.

—¿Se puede saber qué te ha llevado a pensar en eso? —preguntó lentamente.

—No lo sé. Supongo que debo de haberlo leído en alguna parte. ¿Existe una Vía de Cadfan?

—Claro, sí, ya lo creo —aseguró John Rowlands—. *Llwyhr Cadfan*. No es ningún secreto, aunque mucha gente ya lo ha olvidado. Creo que tienen una carretera de Cadfan en una de las nuevas urbanizaciones de Tywyn, de hecho... san Cadfan fue una especie de misionero; vino de Francia, en los días en que a Gran Bretaña,

Cornwall y Gales les unían fuertes lazos. Hace mil cuatrocientos años tenía una iglesia en Tywyn, y un pozo sagrado... Se supone que fundó el monasterio de Enlli, que también está en Bardsey. ¿Conoces la isla de Bardsey, donde van los ornitólogos, más allá del extremo norte de Gales? La gente solía visitar Tywyn e ir a Bardsey... Dicen que existe una vieja ruta de peregrinaje que recorre la montaña desde Machynlleth hasta Tywyn, pasando por Abergynolwyn. Y, sin duda, por esta parte del valle. O quizá más arriba. La mayoría de los antiguos caminos están en las alturas, era más seguro pasar por allí. Pero nadie sabe dónde se encuentra exactamente la Vía de Cadfan hoy en día.

—Ya veo —asintió Will. Era más que suficiente. Ahora sabía que sería capaz de encontrar la vía, solo era cuestión de tiempo. Pero tenía la sensación de que precisamente era eso lo que le faltaba, y que era necesario que llevara a cabo su empresa, eliminada de forma tan extraña de su memoria, lo antes posible. «“En el día de los muertos...”. ¿Y en qué consiste la búsqueda? ¿Y por dónde? ¿Y por qué? Si tan solo pudiera recordar...».

John Rowlands se volvió de nuevo hacia el pequeño árbol.

—Bueno...

—Ya nos veremos —se despidió Will—. Gracias. Estoy tratando de recorrer los límites de la granja.

—Tómalo con calma. Es un largo paseo para un convaleciente si lo quieres hacer todo. —Rowlands volvió a erguirse sin aviso, dirigiendo un dedo hacia él a modo de advertencia—. Y si sigues montaña arriba y llegas al final de Craig yr Aderyn, por aquel camino, asegúrate de que compruebas los límites en el mapa y de que no traspasas las tierras de tu tío. Más allá se encuentra la granja de Caradog Prichard, y no es muy amable con los intrusos.

Will recordó los perversos ojos de escasas pestañas y el despreciativo rostro que había visto desde el Land-Rover con Rhys.

—Ah, ya —dijo—, caradog Prichard. De acuerdo. Gracias. *Diolch yn fawr*. ¿Se dice así?

El rostro de John Rowlands se contrajo por la risa.

—No está mal —respondió—. Pero quizá deberías quedarte solo con el *diolch*.

El suave ruido sordo de su hacha se diluía detrás de Will y acabó perdiéndose entre el zumbido de los insectos en la tarde soleada, entre los cantos dispersos de los pájaros y las ovejas. El camino que Will transitaba conducía a lo largo del valle. A medida que avanzaba, verdes y grisáceos terrenos montañosos se alzaban ante él, bloqueándole cada vez más la visión del cielo. Pronto comenzó a subir la ladera y descubrió, entre la hierba, helechos a modo de susurrante alfombra, alta hasta la rodilla, y desperdigados macizos de puntiagudo y verde tojo, de flores amarillas todavía brillantes entre los tallos duros y espinosos. No había arbustos en aquellas

alturas; solo las paredes de pizarra que giraban en cada curva, interrumpidas de vez en cuando por una escalera para pasar por encima, lo suficientemente baja para los hombres pero demasiado alta para las ovejas.

Will se quedó sin resuello antes de lo que hubiera esperado. Tan pronto como llegó a una roca lo bastante grande y lisa para poder sentarse, dobló el cuerpo intentando recuperar el aliento. Mientras tanto consultó el mapa. Las tierras de la granja de Clwyd parecían terminar a mitad de montaña, pero, por supuesto, no tenía garantía alguna de encontrar la antigua Vía de Cadfan antes de alcanzar el límite. Albergaba la esperanza de que las tierras montaña arriba no pertenecieran a Caradog.

Metió el mapa de nuevo en el bolsillo y continuó la marcha, hacia lo alto, a través de tostados macizos de helechos que crujían. Comenzó a ascender en diagonal cuando la pendiente se hizo más pronunciada. Los pájaros se alejaban. En lo alto, el canto ondulante y vibrante de una alondra fluía en el aire. De súbito, Will comenzó a percibir la indescriptible sensación de que alguien le seguía.

Se detuvo en seco y giró sobre sí mismo. No se movía nada. La pendiente de helechos tostados permanecía tranquila bajo la luz del sol, entre la que brillaban de vez en cuando blancos afloramientos rocosos. Oyó el zumbido de un coche mientras pasaba por la carretera de más abajo, invisible entre los árboles. Se encontraba sobre la granja, desde allí veía desde el hilo plateado del río hasta las montañas que se alzaban verdes, grises y pardas tras él, tornándose de un azul difuminado en la distancia. Por encima del valle, la zona montañosa donde se encontraba, se vestía de un verde oscuro por las agrupaciones de cuidados árboles. Tras ellos, pudo distinguir un enorme y sombrío despeñadero, un pico que se alzaba solitario, más bajo que las montañas circundantes, pero aun así dominaba toda la tierra alrededor. Enormes pájaros negros volaban en círculos sobre la cima. Mientras los observaba, se agruparon en forma de una larga *uve*, como hacen los gansos, y volaron sin prisa en dirección al mar, alejándose de las montañas.

Fue entonces cuando, de algún sitio cercano, le llegó el ladrido seco de un perro.

Will dio un salto. No era probable que el perro estuviera solo en las montañas. Pero no había señal de otro ser humano. Si había alguien cerca, ¿por qué se escondía?

Dio la vuelta para seguir ascendiendo por la pendiente y fue entonces cuando vio al animal. Se quedó petrificado. Estaba en guardia por encima de él, alerta, expectante, un perro blanco, todo blanco a excepción de una pequeña mancha negra en el lomo, como una silla de montar. Aparte del curioso entramado de colores, parecía un típico perro pastor gales, musculoso y de morro prominente, con patas y rabo de pelo largo, una versión de collie en pequeño. Will alzó la mano.

—Ven bonito —le invitó. Pero el perro le enseñó los dientes y de su garganta brotó un gruñido grave y amenazador.

Will dio unos pasos para seguir subiendo la pendiente, en diagonal, reanudando la

dirección que llevaba con anterioridad. Con el estómago tocando a tierra, el perro siguió su movimiento, las fauces brillantes y la lengua colgando. Aquella postura le era extraña y a la vez familiar y, de repente, Will se dio cuenta de que la había visto la tarde anterior en los dos perros de la granja de su tío, cuando habían ayudado a Rhys a entrar las vacas para ordeñarlas. Era el movimiento de control, la postura vigilante de un perro pastor en plena faena, desde la que salta para dirigir los animales hacia una dirección u otra.

Pero ¿adonde trataba de dirigirle aquel perro?

Sin duda, solo había una manera de saberlo. Tomó aliento, dio media vuelta para encararse con el perro y comenzó a subir la pendiente con determinación. El perro se detuvo y un nuevo, largo y grave gruñido se inició en su garganta. Volvió a llevar el estómago hasta el suelo, arqueó el lomo como si tuviera las cuatro patas plantadas como árboles a la tierra. El gruñido que surgió de las blancas fauces decía claramente: «Por aquí no». Pero Will, apretando los puños, continuó subiendo. Cambió ligeramente de dirección para poder pasar cerca del perro, pero sin tocarlo. Entonces, de repente, el perro emitió un seco ladrido, tomó impulso y se lanzó contra él. Will dio un involuntario respingo, perdió el equilibrio y cayó rodando colina abajo. Desesperado, estiró los brazos intentando asirse a algo para frenar la caída. Siguió resbalando y dando volteretas durante unos cuantos metros; un terror intenso cruzó por su cabeza como un grito escalofriante, hasta que algo le detuvo, algo que tiraba con fuerza de una de sus mangas. Su caída terminó de golpe contra una roca con un ruido sordo.

Abrió los ojos. La línea donde las montañas se mezclaban con el cielo daba vueltas por encima de él. El perro estaba muy cerca, con su cálido aliento, su hocico negro y sus ojos inquisitivos, los dientes clavados en la manga de su chaqueta, tirando con fuerza de él. Y cuando le miró directamente a los ojos, el mundo de Will comenzó de nuevo a dar vueltas, tan rápido que pensó que todavía caía. El desconcertante zumbido invadió de nuevo sus oídos, y todo a su alrededor se transformó en un rápido caos. Porque los ojos de aquel perro eran imposibles. Deberían ser castaños y eran de un blanco plateado, ojos de ciego en la cabeza de un animal que podía ver. Y cuando aquellos se posaron en los suyos y notó el cálido aliento del perro en su rostro, Will recordó, en un perturbador instante, todo lo que su enfermedad le había arrebatado. Recordó los versos grabados en su memoria para que le sirvieran de guía en la fría y solitaria empresa que estaba destinado a llevar a cabo. Recordó quién era y qué era... y reconoció el propósito que bajo el disfraz de coincidencia le había traído a Gales.

En ese mismo instante otra especie de inconsciencia se desvaneció y se percató del inmenso peligro al que estaba expuesto, como una gran sombra sobre el mundo, esperándole en aquella extraña tierra de verdes valles y de cimas desdibujadas por la

niebla. Era como el adalid de una batalla recibiendo los partes de guerra. Fue consciente, como no lo había sido un instante antes, de que, más allá del horizonte, un extenso y espantoso ejército estaba a la espera, preparándose para alzarse como una gigantesca ola y arrasarlo con todo lo que se pusiera en su camino.

Temblando de emoción, Will alargó su otro brazo y acarició las orejas del perro. Este soltó la manga y se quedó allí parado, observándole, con la lengua rosa colgando de la boca.

—Buen perro —murmuró Will—. Buen perro.

Entonces, una figura tapó el sol y Will giró rápidamente sobre sí mismo para sentarse y ver quién se erguía dibujado contra el cielo.

—¿Estás herido? —preguntó una clara voz galesa.

Era un chico. Iba vestido pulcramente con lo que parecía un uniforme de colegio: pantalones grises, camisa blanca, calcetines rojos y corbata. Llevaba la cartera colgada del hombro y aparentaba la misma edad que Will. Pero le envolvía un extraño halo, igual que al perro, que le hizo tragar saliva. Se lo quedó mirando maravillado, porque el chico estaba privado de todo color, como una caracola blanqueada por el sol del verano. Su cabello era blanco, como sus cejas. Estaba pálido. El efecto era tan desconcertante que, por un momento, Will se preguntó si el cabello había sido decolorado deliberadamente, teñido a propósito para causar asombro o alarma. Pero la idea se desvaneció tan pronto como había aparecido. La mezcla de arrogancia y hostilidad con la que le miraba le demostró que no era de aquella clase de chicos.

—Estoy bien. —Will se levantó, se sacudió y retiró unos cuantos restos de hebreo de su pelo y de su ropa—. Deberías enseñarle a tu perro la diferencia entre la gente y las ovejas.

—Bueno —contestó el chico con indiferencia—, sabía lo que hacía. No te hubiera hecho daño.

Le dirigió unas palabras en gales al perro, que regresó al trote colina arriba y se sentó a su lado. Se quedó observándolos. —Bueno...— comenzó Will, pero luego se detuvo. Tras mirar al chico a la cara se había topado con otro par de ojos que le hicieron perder el equilibrio. Esta vez no fue el sobrecogimiento sobrenatural que le había provocado el perro, sino la repentina sensación de creer haberlos visto antes en alguna otra parte. Los ojos del chico eran extraños, de un color dorado como los de un gato o los de un pájaro, ribeteados de pestañas tan claras que casi eran invisibles, y emitían un brillo frío e insondable.

—El Cuervo —susurró al instante—. Ese eres tú, así es como te describe el antiguo verso. Ahora ya lo tengo todo, lo recuerdo. Pero los cuervos son negros. Entonces, ¿por qué te llaman así?

—Me llamo Bran —contestó el chico, serio, mirándole sin pestañear—. Bran

Davies. Vivo allá abajo, en la granja de tu tío.

Will se quedó estupefacto por un instante a pesar de la renovada seguridad.

—¿En la granja?

—Con mi padre. En una casa. Mi padre trabaja para David Evans. —Parpadeó a causa de la luz, extrajo unas gafas de sol del bolsillo y se las puso. Los ojos dorados desaparecieron en la oscuridad. Añadió en el mismo tono desenfadado—: *Bran* es la palabra galesa para «corneja». Pero la gente que se llama Bran en las viejas leyendas también está unida con el cuervo. Hay muchos cuervos en estas colinas. Así que supongo que me puedes llamar el Cuervo si quieres. Como si fuera una licencia poética.

Se descolgó la cartera del hombro y se sentó al lado de Will en una roca, mientras jugueteaba con la correa de piel.

—¿Cómo sabes quién soy? ¿Que David Evans es mi tío? —indagó Will.

—Yo también podría preguntarte cómo sabes quién soy yo —replicó Bran—. ¿Cómo lo sabías para llamarme el Cuervo?

Recorrió la correa despreocupadamente con el dedo, arriba y abajo. Entonces sonrió, una sonrisa que iluminó su pálido rostro como una repentina llamarada, y volvió a quitarse las gafas de sol.

—Te contestaré las dos preguntas, Will Stanton —prosiguió—. Lo sé porque no eres del todo humano, sino uno de los Ancestrales de la Luz enviado para frenar el avance del terrible poder de las Tinieblas. Eres el último del Círculo que había de nacer en la Tierra. Y te estaba esperando.

El Cuervo

—Ya ves —dijo Will—, para mí es la primera misión sin ayuda... y la última, porque esta es la última defensa que la Luz podrá erigir para prepararse. Se acerca una gran batalla, Bran... Todavía no, pero no está muy lejana. Porque las Tinieblas se están preparando para llevar a cabo el intento extraordinario de dominar el mundo hasta el fin de los tiempos. Cuando eso ocurra, deberemos luchar y deberemos ganar. Pero solo podremos ganar con las armas adecuadas. Eso es lo que hemos estado haciendo, y todavía hacemos, en búsquedas como esta... reuniendo las armas forjadas para nosotros hace mucho, mucho tiempo. Seis Signos mágicos aliados de la Luz: un grial de oro, un arpa maravillosa, una espada de cristal... Los hemos conseguido todos menos el arpa y la espada, y no sé cómo vamos a encontrar la espada. Pero la búsqueda del arpa es mi responsabilidad.

Recogió una ramita de tojo y se sentó a observarla.

—Hace mucho tiempo, se compusieron tres versos —prosiguió— que me indicarían lo que tenía que hacer. Ya no están escritos en ningún sitio, aunque una vez lo estuvieron. Solo permanecen grabados en mi memoria. O, al menos, antes lo estaban... para siempre, según creía. Pero entonces, no hace mucho, estuve muy enfermo y cuando me recuperé los versos se habían evaporado. Los había olvidado. No sé si las Tinieblas tienen algo que ver con esto. Es posible, cuando no era... yo mismo. No pudieron arrebatarme las palabras, pero se las arreglaron para dificultarme su recuperación. Creía que me volvería loco intentando recordarlas. No sabía qué hacer. Algunas partes me venían a la memoria, pero no muchas..., no muchas. Hasta que vi a tu perro.

—Cafall —intervino Bran. El perro alzó la cabeza.

—Cafall. Esos ojos... esos ojos plateados... es como si hubieran roto un hechizo. Y también me han llevado a la Antigua Vía, a la Vía de Cadfan, aquí. Y lo recuerdo. Todos los versos. Todo.

—Es un perro especial —asintió Bran—. No es... normal. ¿Qué versos son?

Will le miró, abrió la boca, la cerró de nuevo y dirigió su mirada hacia las montañas, confuso. El chico del pelo blanco rió.

—Ya sé —añadió—. Por lo que a ti concierne, yo podría pertenecer a las Tinieblas a pesar de Cafall. ¿Es eso?

Will sacudió la cabeza.

—Si pertenecieras a las Tinieblas, lo hubiera sabido sin dudar. Poseo un sentido que me avisa... El problema es que ese mismo sentido que me dice que no perteneces a las Tinieblas, no me dice nada más acerca de ti. Nada. Ni malo, ni bueno. No lo entiendo.

—Ah —se burló Bran—, yo tampoco lo he entendido nunca. Pero te aseguro que

soy como Cafall: tampoco soy demasiado normal.

Miró a Will y clavó en él, con reserva, sus ojos de pálidas pestañas. Luego añadió, recitando resuelto con un pronunciado acento gales:

*En el día de los Muertos, cuando también el año muere,
Deberá el más joven abrir las más antiguas montañas
A través de la puerta de las aves, donde cae el viento.*

Will se quedó petrificado, horrorizado; le miró fijamente. Las olas rompían violentas contra la tierra. El cielo se hacía pedazos. Susurró con voz ronca:

—Ese es el principio. Pero tú no puedes saber eso. No es posible. Solo hay tres personas en el mundo que...

Se detuvo.

El chico del pelo blanco añadió:

—Estaba aquí arriba con Cafall, hace una semana, aquí arriba, donde no hay ni un alma, y nos encontramos con un hombre. Era un hombre extraño, con abundante pelo canoso y una enorme nariz aguileña.

—Ah —murmuró Will despacio.

—No era inglés —continuó Bran—, ni tampoco gales, aunque lo hablaba bien, igual que el inglés... Debía de ser un *dewin*, un mago, sabía muchas cosas de mí. —Cogió un manojo de helechos, frunció el ceño y comenzó a partirlo en pequeños trocitos—. Muchas. Luego me habló de las Tinieblas y de la Luz. Nunca había oído nada que creyera con tanta convicción, a la primera, sin preguntas. Y me habló de ti. Me dijo que era mi cometido ayudarte en tu búsqueda, pero que —una nota de burla se deslizó de nuevo en su clara voz, perceptible solo durante un instante—, como tú no me creerías, debía aprenderme esas tres líneas, como una señal. Y por eso me las enseñó.

Will alzó la cabeza para mirar el valle con sus difuminadas colinas gris azuladas a la luz del sol, y sintió un escalofrío. La sensación de la existencia de una sombra amenazadora lo embargaba de nuevo, como una oscura nube suspendida sobre él. Entonces declaró, encogiéndose de hombros, eliminando la sospecha de su voz:

—Existen tres versos. Pero los dos primeros son los importantes, por ahora. Las líneas que mi maestro Merriman te enseñó son las primeras.

*En el día de los Muertos, cuando también el año muere,
Deberá el más joven abrir las más antiguas montañas
A través de la puerta de las aves, donde cae el viento.
Allí el fuego volará del muchacho cuervo
Y de los ojos de plata que ven el viento,*

*Y la Luz tendrá el arpa de oro.
Junto al lago Alegre yacen los Durmientes,
En la Vía de Cadfan, donde el cernícalo llama;
Aunque tristes sombras del Rey Gris caerán,
Sin cesar de cantar el arpa de oro guiará
A despertarlos del sueño, exhortándolos a cabalgar.*

Se estiró y rascó las orejas de Cafall.

—Los ojos de plata —repitió Bran. Se hizo un silencio solo interrumpido por dos distantes alondras que todavía gorjeaban débilmente en el aire. Había escuchado sin hacer movimiento alguno, con su pálido rostro atento—. ¿Quién es Merriman?

—El hombre que conociste, sin duda. Si te refieres a qué es él, eso es más difícil. Merriman es mi maestro. Es el primero de los Ancestrales, el más fuerte y el más sabio. Creo que no tomará parte en esta empresa. Al menos no en la búsqueda. Todos tenemos muchas cosas que hacer en demasiados sitios.

—El verso hablaba de la Vía de Cadfan. Recuerdo que me dijo otra cosa: me dijo que Cafall te llevaría hasta la vía, y que las dos cosas juntas, el lugar y el mismo Cafall, serían importantes... y luego añadió: «y la vía también, más tarde». Más tarde... Eso quiere decir que todavía no, supongo —suspiró Bran—. ¿Qué significa todo esto?

A pesar de lo extraordinario de su ser, era la pregunta lastimera de un chico muy normal.

—Estaba pensando —dijo Will— que el día de los Muertos podría ser el día de Todos los Santos, ¿no crees? Halloween, cuando la gente solía creer que todos los fantasmas se levantaban.

—Conozco algunos que todavía lo creen —sonrió Bran—. Cosas como esas perduran durante mucho tiempo por aquí. Conozco a una anciana que, en Halloween, deja comida fuera para los espíritus. Dice que se la comen, aunque, si quieres saber mi opinión, probablemente sean los gatos, tiene cuatro. Halloween será el próximo sábado, ¿sabes?

—Sí —asintió Will—. Lo sé. Muy pronto.

—Hay gente que dice que si en Halloween te sientas en el pórtico de la iglesia hasta medianoche, puedes oír una voz que va diciendo los nombres de todas las personas que morirán al año siguiente —añadió Bran, dejando escapar una risita—. Nunca lo he probado.

Pero Will no sonreía mientras escuchaba. Dijo después de reflexionar:

—Has dicho: «El año siguiente». Y el verso dice: «En el día de los Muertos, cuando también el año muere». Pero eso no tiene sentido. Halloween no es el final del año.

—Quizá lo fuera alguna vez —sugirió Bran—. El principio y el final, ambos en vez de diciembre. En Gales, llamamos *Calan Gaeafz* Halloween, que significa el primer día del invierno. Bastante cálido para el invierno, por eso. Te aviso ahora: nadie me va a hacer pasar la noche en el cementerio de la iglesia de Saint Cadfan, aunque no haga frío.

—Estuve allí esta mañana, en Saint Cadfan —dijo Will—. Eso es lo que me hizo recordar el nombre, de alguna manera, para que viniera a buscar la vía. Pero ahora que recuerdo el verso, he de empezar por el principio.

—La parte más difícil —añadió Bran. Se desanudó la corbata, la enrolló y la apretujó en el bolsillo del pantalón—. Dice:

«*Deberá el más joven abrir las más antiguas montañas a través de la puerta de las aves*». ¿Correcto? Y tú eres el más joven de los Ancestrales, y estas son, sin duda, las colinas más viejas de Gran Bretaña, estas y las escocesas. Pero la puerta de las aves..., eso es más complicado... Los pájaros construyen sus ponederos y sus nidos por todas partes; las montañas están llenas de pájaros: cuervos, cernícalos, cornejas, águilas ratoneras, chorlitos, reyezuelos, vencejos, bisbitas, zarapitos... Es increíble escuchar el canto de los zarapitos de las marismas en primavera. Mira, aquello es un halcón peregrino. —Señaló hacia arriba, hacia una mancha oscura en el claro cielo azul, que dibujaba lentamente un gran círculo, lejos, sobre sus cabezas.

—¿Cómo lo sabes?

—Un cernícalo es más pequeño, y un esmerejón también. No es un cuervo. Podría ser un águila ratonera. Pero creo que es un halcón peregrino. Aprendes a distinguirlos; son tan escasos ahora que te fijas más... y también tengo mis propias razones, porque a los peregrinos les gusta molestar a los cuervos y, como tú has dicho, yo soy el Cuervo.

Will estudió al chico: había vuelto a esconder los ojos tras las gafas de sol, y el pálido rostro, casi tan pálido como el cabello, no mostraba expresión alguna. Sería difícil saber con seguridad qué pensaba o sentía. Y aun así, allí estaba, formaba parte del esquema: Merriman lo encontró, el maestro de Will, y ahora Will... y aparecía en un verso profético compuesto hacía más de mil años...

—Bran —murmuró a modo de experimento.

—¿Qué?

—Nada. Estaba practicando. Es un nombre curioso, nunca lo había oído antes.

—Solo suena extraño con ese acento inglés tuyo. No es *bran* como los cereales del desayuno, suena más largo: *braaan, braaan*.

—Braaaaaaan.

—Mejor. —Miró de reojo a Will por encima de las gafas de sol—. ¿Es un mapa lo que asoma por tu bolsillo? Echémosle un vistazo.

Will le tendió el mapa. Bran se sentó en la ladera de la colina y se tendió sobre los

susurrantes helechos.

—Veamos —dijo—. Lee los nombres que señale.

Will clavó los ojos obedientemente en su dedo. Vio: Tal y Llyn, Mynydd Ceiswyn, Cemmaes, Llanwrin, Machynlleth, Afon Dyfi, Llangelynin. Leyó con dificultad en voz alta:

—Tally-in, Minia Seeswin, Semejes, Lan-rín, Machinllez, Affon Diffy, Lang-ellynin.

—Me lo temía —se quejó Bran suavemente.

—Bueno —se defendió Will—, es lo que parece. Ah, espera un momento, recuerdo que tío David dijo que vosotros pronunciáis la *efe* como una *uve*. Así que esto sería: *Avon Divvy*.

—*Davvy* —rectificó Bran—. Escrito en inglés, *Dovey*. El Afon Dyfi es el río Dovey, y aquel lugar de allí se llama Aberdyfi, que significa el estuario del Dovey, Aberdovey. La *y* griega galesa es la mayoría de las veces como la *a*.

—¿La mayoría de las veces? —preguntó Will con suspicacia.

—Bueno, a veces varía. Pero será mejor que por ahora te quedes con eso. Mira esto. —Rebuscó dentro de su cartera de piel y sacó un cuaderno de escuela y un lápiz. Escribió: «Mynydd Ceiswyn»—. Esto —dijo— se pronuncia *Manad Kais-uin*. *Venga*, léelo.

Will lo leyó, fijándose con incredulidad en la ortografía.

—Aquí tenemos tres casos —explicó Bran mientras escribía. Parecía divertirse—. La *de* doble suena siempre sonora, pero es un sonido suave. Después, la *ce* es siempre fuerte en gales. Igual que la *e*. Y la *uve* doble galesa es como el sonido *u*, casi siempre. Por eso Mynydd Ceiswyn se pronuncia *Manad Kais-uin*.

—Pero debería ser «an» al final, no «in», porque tú has dicho que la *y* galesa era como la *a* —protestó Will.

Bran ahogó una risita.

—Vaya retentiva. Lo siento. Es una de las excepciones. Tendrás que habituarte a ellas si quieres pronunciar bien los lugares. Después de todo, no podrás quejarte de que no seamos coherentes, no cuando vuestro viejo inglés está lleno de casos que se escriben igual y se pronuncian de tres formas diferentes.

Will cogió el lápiz y copió del mapa Cemmaes y Llangelynin.

—De acuerdo —dijo—. Si la *ce* es fuerte, entonces debe ser *Kem-aes*.

—Muy bien —le felicitó Bran—. Pero una *ese* fuerte, no suave. Leído rápido tenemos *Kemmess*.

Will suspiró, fijándose en el siguiente ejemplo.

—*Ge* fuerte y el sonido *y*. Así que... *Lan-guel-an-in*.

—Te acercas —le animó Bran—. Solo te falta aprender el sonido que muchos ingleses no son capaces de pronunciar. Abre la boca un poco y apoya la punta de la

lengua contra la cara interior de los dientes. Como si estuvieras a punto de decir *lan*.

Will le dirigió una mirada inquisitiva, pero hizo lo que le proponía. Luego torció los labios hacia arriba y puso cara de conejo.

—Basta —farfulló Bran—. No pongas esa cara, hombre. Mientras mantienes ahí la lengua, deja escapar el aire por los lados. Por ambos a la vez.

Will lo hizo.

—Eso es. Ahora, di la palabra *lan*, pero emite un pequeño soplido antes de pronunciarla. Así: *lian, lian*.

—*Lian, lian* —pronunció Will, sintiéndose como una máquina de vapor y deteniéndose maravillado—. ¡Eh, eso ha sonado gales!

—Bastante bien —asintió Bran con aire crítico—. Tendrás que practicar. De hecho, cuando un gales lo pronuncia, su lengua no está bien, bien en esa posición, y el sonido proviene de ambas partes de la boca, pero no está mal para un *Sais*. Lo harás bien. Y si te cansas de practicar, puedes hacerlo a la manera inglesa.

—Ya es suficiente —declaró Will—. Suficiente.

—Solo una más —pidió Bran—. No creerías la forma en que la gente pronuncia esta. Bueno, sí, tú sí, porque ya lo haces.—Escribió: «*Machynlleth*».

Will gruñó y tomó aliento.

—Bueno... tenemos la *y*... y la *elle*...

—Y la *ce hache* es un poco velar, como cuando los escoceses pronuncian *loch*. Como si fuera desde el fondo de la garganta.

—¿Por qué la gente se complica tanto la vida? *Mak... an... lleth*.

—*Machynlleth*.

—*Machynlleth*.

—No está mal.

—Pero el mío no suena como el tuyo. El tuyo suena más húmedo. Como el alemán. ¡*Achtung!* ¡*Achtung!* —Will vociferó de repente a grito pelado, y Cafall se levantó de un salto y ladró, moviendo la cola.

—¿Sabes alemán?

—¡Por Dios, no! Lo he oído en alguna película antigua. ¡*Achtung!* ¡*Machynlleth!*

—*Machynlleth* —dijo Bran.

—Ya ves, el tuyo suena más húmedo. Baboso. Supongo que los bebés galeses babea un montón.

—Largo de aquí —contestó Bran intentando agarrarle, mientras Will se zafaba de él. Se alejaron montaña abajo, riendo, en un desbocado zigzag, mientras Cafall saltaba alegremente a su lado.

Pero, a medio camino, Will tropezó y redujo el ritmo. De repente se sintió mareado, sin fuerza en las piernas. Se dirigió tambaleante hacia una pared cercana y se apoyó contra ella, respirando con dificultad. Bran le gritó alegre por encima del

hombro mientras corría con la cartera al viento. Al verlo, también redujo el ritmo, se detuvo, miró hacia atrás y volvió.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. Me duele la cabeza. Son las malditas piernas, se me cansan con facilidad. Supongo que todavía tengo que recuperarme. Estuve enfermo durante un tiempo...

—Lo sé, tendría que haberlo recordado —dijo Bran incómodo y enfadado consigo mismo—. Tu amigo, el señor Merriman, me explicó que habías estado más enfermo de lo que nadie pudiera imaginar.

—Pero él no estuvo a mi lado —replicó Will—. Bueno. No es que importe, por supuesto.

—Siéntate —le recomendó Bran—. Coloca la cabeza entre las rodillas.

—Estoy bien. De verdad. Solo tengo que recuperar el aliento.

—Estamos muy cerca de casa, o deberíamos estarlo, a solo unos cuantos metros siguiendo por ese camino.

Bran trepó a la alta pared de piedra para tener una visión más amplia.

Pero, de pronto, mientras estaba allí subido, llegó hasta ellos un furioso alarido y los ladridos de unos perros que provenían de la otra parte de la pared. Will vio como Bran se erguía y bajaba la vista, desafiante. Hizo un esfuerzo por levantarse para atisbar por encima del borde de la pared, a través de los pies de Bran, y vio a un hombre que se acercaba a media carrera, gritando y agitando un brazo con violencia. En el otro brazo cargaba con lo que parecía una escopeta. Cuando estuvo junto a ellos, empezó a hablarle a Bran en galés. Will no lo reconoció a la primera porque no llevaba gorra y la enmarañada cabellera pelirroja no le era familiar. Luego cayó en la cuenta de que era Caradog Prichard.

Cuando el granjero hizo una pausa para respirar, Bran dijo con claridad, usando el inglés intencionadamente:

—Mi perro no caza ovejas, señor Prichard. Y, de todas formas, no está en sus tierras, está sobre esta parte de la pared.

—¡Te digo que ese perro es un bribón y que ha estado molestando a mis ovejas! —escupió Prichard con ferocidad, farfullando de rabia. Su inglés era sibilante, impregnado de un fuerte acento gales—. Él y ese maldito zorrero negro de John Rowlands. Si los pesco, te aseguro que les pegaré un tiro, vaya que sí. Y tú y tu pequeño amigo inglés, será mejor que también os mantengáis alejados de mis tierras si sabéis lo que os conviene. —Los pequeños ojos en su rostro rollizo y encendido se clavaron rencorosamente en Will.

Will no dijo nada. Bran no se movió, se quedó allí quieto y miró al furioso granjero. Añadió con suavidad:

—Tendrá mala suerte si dispara a Cafall, Caradog Prichard. —Se pasó una mano

por los níveos cabellos, llevándolos hacia atrás, en un gesto que a Will le pareció afectado—. Será mejor que vigile sus ovejas de cerca —añadió Bran— antes de culpar a los perros por algo que hacen los zorros.

—¡Zorros! —replicó Prichard con desdén—. Reconozco el trabajo de un zorro cuando lo veo, y el de un perro vagabundo también. Manteneos lejos de mis tierras, los dos.

Pero ya no miraba a Bran, ni a Will. Dio media vuelta sin pronunciar una palabra más y se alejó a grandes zancadas por los pastos con los perros pegados a los talones.

Bran bajó de la pared.

—¡Bah! —exclamó—. ¡Molestando a las ovejas! Cafall es tan dócil como cualquier otro perro del valle. Jamás perdería la cabeza por una oveja, y mucho menos en las tierras de Caradog Prichard. —Volvió la mirada hacia el evanescente Prichard, luego hacia Will y sonrió. Era una sonrisa extraña y taimada; Will no estaba seguro de que le acabara de gustar—. Descubrirás —añadió Bran— que la gente como él me tiene un poco de miedo. Es porque soy albino, ya ves. El pelo blanco, estos ojos extraños y casi sin pigmento en la piel, una especie de monstruo.

—Yo no diría eso —replicó Will con suavidad.

—Quizá no —asintió Bran cortante, sin mucha seguridad—. Pero lo repiten mucho en el colegio... y fuera también, gente encantadora como el señor Prichard. Ya ves, todos los galeses de verdad son morenos, de cabello y ojos oscuros. Además, las únicas criaturas claras de Gales, en los viejos tiempos, fueron los *Tylwyth Teg*. Los viejos espíritus, la gente pequeña. Cualquiera tan claro como yo tiene algo que ver con los *Tylwyth Teg*... Ahora ya nadie cree en esas cosas, no, por supuesto que no, pero en medio de una noche invernal, cuando el viento aúlla y el viejo televisor no está encendido, me juego a que la mitad de la gente de este valle juraría que soy capaz de echarles mal de ojo.

Will se rascó la cabeza.

—Sin duda había algo... desasosiego... en la manera en que el hombre te miraba, cuando le dijiste... —Agitó sus hombros, como un perro saliendo del agua. No miró a Bran; le disgustaba el velo de arrogancia con el que su compañero había vestido su rostro durante aquella conversación. Era una pena, no era necesario. Puede que un día se arrepintiera.

—Caradog Prichard no tiene el cabello oscuro. Es naranja. Como las zanahorias.

—Su familia es de Dinas Mawddwy —explicó Bran—. Al menos su madre. Se supone que antes vivía una tribu de granujas allí arriba, todos pelirrojos, auténticos maleantes. De todas formas, todavía hay pelirrojos en Dinas hoy en día.

—¿Sería capaz de disparar a Cafall?

—Sí —contestó Bran con sequedad—. Caradog Prichard es muy raro. Hay un dicho que dice que todo aquel que pasa la noche solo en el Cader, al día siguiente

vuelve convertido en un poeta o en un loco. Y mi padre cuenta que una vez, cuando era joven, Caradog Prichard pasó una noche solo en el Cader porque quería convertirse en un gran bardo.

—No debió de funcionar.

—Bueno. Quizá funcionó en algún sentido. No tiene mucho de poeta, pero a menudo actúa como si estuviera más que un poco ido.

—¿Qué es el Cader?

Bran se lo quedó mirando.

—¿No sabes mucho acerca de Gales, verdad? El Cader Idris, allí. —Apuntó hacia la línea de cimas azul grisáceas más allá del valle—. Una de las montañas más altas de Gales. Deberías saber algo del Cader. Después de todo, aparece en tus versos.

Will frunció el entrecejo.

—No, no sale.

—Ya lo creo. No por el nombre, no..., pero es importante en esa segunda parte. Ahí es donde vive, en la cima del Cader. El Brenin Llwyd. El Rey Gris.

El zorro gris

Will sabía que nadie más lo podía sentir. A tenor de las apariencias, no había razón alguna para que nadie sintiera la más mínima inquietud. El cielo era de un suave azul y hacía un calor impropio para la estación, así que Rhys se sentó en el tractor con la espalda al descubierto mientras araba las últimas tierras sembradas de rastrojo y comenzó a cantar con su clara voz de tenor por encima del rugido del motor. La tierra olía a limpio. La milenrama y la hierba cana salpicaban de blanco y amarillo los arbustos, sobre los que colgaban las gordas bayas rojas del espino. Las extensas laderas donde el valle comenzaba a elevarse poseían el dorado tostado de los helechos, resecos como la yesca a causa del extraño calor del veranillo de San Martín. La niebla abarcaba todo el horizonte. Las montañas descansaban como animales durmientes; sus cambiantes colores mutaban cada hora del día del tostado al verde, del verde al grana y volvían a completar el ciclo.

Y aun así, tras toda aquella calma otoñal, mientras vagabundeaba por los campos y la montaña salpicada de tojo, Will sentía que la tensión iba en aumento a su alrededor, que avanzaba sin pausa como un lento manto de lava que desde los altos picos se deslizaba sobre el valle. La hostilidad estaba comenzando a hacer mella en él. Sin prisa, pero sin pausa, la presión de la maldad lo agobiaba hasta el punto de trastornarlo y aturcido. Y nadie más lo sabía. Solo los ocultos sentidos de un Ancestral podían percibir los avances de las Tinieblas.

Tía Jen estaba encantada con el cambio en la apariencia de Will.

—Mírate, solo unos pocos días y ya tienes color en las mejillas, y si este sol continúa, incluso te pondrás moreno. Anoche le escribí a Alice que no te reconocería, que pareces otro chico.

—Un sol muy agradable, tienes razón —asintió tío David—. Pero demasiado, gracias, para esta época del año. Los pastos se están secando y los helechos de la montaña... Podríamos tener un poco de lluvia...

—Tendrías que oírte —respondió tía Jen, riendo—. La lluvia es una de las cosas de las que siempre vamos sobrados por aquí.

Pero seguían disfrutando de un día soleado y Will decidió acompañar a John Rowlands y sus perros a recoger un rebaño de corderos que iban a bajar para que pasaran el invierno en la granja Clwyd. El dueño, un granjero de la colina, ya los había conducido medio camino hasta otra granja a la cabeza del valle. Mientras observaba el ondulante y blanco caos de lomos lanudos que se agitaban y balaban en un coro ensordecedor, Will no podía ni imaginar cómo podrían llevarlas indemnes hasta Clwyd. Cuando una oveja se separó del resto y se acercó dando brincos en su dirección, no pudo persuadirla para que volviera con sus compañeras ni aun cuando le gritó y empujó sus enormes y lanosos costados.

—*Beee* —baló la oveja con su vacuo tono de barítono. Como si él no estuviera allí, se desvió y comenzó a masticar un arbusto. Pero cuando Tip, el perro pastor de Rowlands, se dirigió hacia ella corriendo, la oveja se volvió obedientemente y regresó con el resto, meneando la cabeza.

Will no pudo descubrir cómo John Rowlands se comunicaba con sus perros. Tenía dos: el moteado Tip que tenía dos manchas, una en el morro y otra en la punta de la cola; y otro mayor, de imponente apariencia, llamado Pen, de largo pelo negro y una oreja desgarrada, recuerdo de una vieja pelea. Rowlands solo tenía que mirarlos, dirigirles una sonrisa que arrugaba su enjuto y bronceado rostro, pronunciar una suave palabra en gales o emitir un corto silbido, y ellos ejecutaban una complicada maniobra que un hombre corriente solo podría haber entendido después de una explicación de diez minutos.

—Ves al frente —le dijo a Will a través del grave y desconcertante coro de balidos, mientras él abría el portillo y las ovejas lo superaban y se dirigían a la carretera, como una lengua de nieve—. Bien adelante, para avisar a cualquier coche que venga que se detenga a un lado.

Will parpadeó, alarmado.

—Pero ¿cómo hago para mantenerlas atrás? ¡Me adelantarán corriendo!

La risa sofocada de John Rowlands brilló en el bronceado rostro gales.

—No te preocupes. Pen se encargará de eso.

Y Pen así lo hizo. Era como si llevara atada una cuerda alrededor de la cabeza del rebaño de ovejas para mantenerlas en un cuidado y tirante semicírculo. Corría, se lanzaba a la carrera, descansaba sobre la barriga, se movía siempre hacia el frente, a veces guiaba una oveja errante hacia la dirección correcta con un breve ladrido. Las mantenía en marcha, obedientes, a lo largo de la carretera. Y Will, aferrando el cayado que John Rowlands le había prestado, avanzaba al frente a grandes zancadas, orgulloso y seguro de sí mismo, sintiéndose como si hubiera sido pastor desde el principio de los tiempos.

De hecho, solo se encontraron con dos coches en todo el camino del valle, pero indicarles que se pusieran al lado de los setos resultó un placer inesperado mientras las ovejas se apelotonaban en una ondulante marea gris. Will estaba disfrutando tanto de su trabajo que quizá, pensó después, había bajado demasiado la guardia. Porque, antes de que llegara el ataque, no había percibido ninguna señal de alarma.

Se encontraban en una parte solitaria de la carretera, con la tierra yerma del páramo a un lado y la obscura falda de la montaña alfombrada de árboles al otro. Allí no se cultivaban las tierras. Los helechos y las rocas flanqueaban los márgenes de la carretera como si fuera un sendero a través de las montañas. De repente, Will se dio cuenta del cambio en el balido de las ovejas a su espalda: una nota de alarma más alta que el resto, un frenesí de pezuñas que se arrastraban. Al principio creyó que serían

John Rowlands y Tip persiguiendo a una oveja que escapaba, pero entonces oyó un seco y agudo silbido que impulsó a Pen a rodear las ovejas; les gruñía y ladraba amenazador para que se mantuvieran quietas. Y oyó la urgente voz de John Rowlands que le llamaba:

—¡Will! ¡Rápido! ¡Will!

Corrió en su dirección, rodeó a las asustadas y quejumbrosas ovejas y fue entonces cuando se detuvo en seco a medio camino del rebaño. En la cuneta había una gran mancha roja en la garganta de un tambaleante animal, más pequeño que el resto. Will atisbo un fugaz movimiento entre los helechos mientras alguna criatura huía. Mientras se alejaba montaña arriba, iba derribando matorrales que se balanceaban y volvían a enderezarse. Will la siguió con la mirada, horrorizado, mientras la oveja herida se tambaleaba y caía. Sus compañeras se alejaron de ella, aterrorizadas. Los perros les gruñeron amenazadores en un intento frenético por contener el rebaño. Will oyó a John Rowlands gritar y el seco golpe del cayado contra el duro asfalto. También gritó y agitó los brazos ante el conmocionado rebaño de ovejas, intentando mantenerlas juntas cuando trataban de escapar hacia el páramo, presas del pánico. Gradualmente, los nerviosos animales fueron calmándose y se quedaron quietos.

John Rowlands se inclinó sobre el cordero herido.

—¿Está bien? —gritó Will a través de los ondulantes lomos.

—No está demasiado herida. No le ha encontrado la yugular. Estamos de suerte. —John Rowlands se agachó, levantó de un tirón a la oveja inerte y la pasó sobre sus hombros. Le asió la cabeza y las patas para poder transportarla sobre su espalda como si fuera una enorme bufanda. Jadeando por el esfuerzo, se levantó lentamente. Su cuello y mejillas estaban moteadas de rojo por la lana manchada de sangre de la oveja.

—¿Era un perro? —preguntó Will acercándose.

Rowlands no podía mover la cabeza a causa de la oveja, pero sus brillantes ojos giraron con rapidez.

—¿Viste un perro?

—No.

—¿Estás seguro?

—He visto algo que corría entre los helechos, pero no sabría decir lo que era. Pensé que sería un perro... Quiero decir, ¿qué otra cosa podría ser?

Rowlands no contestó, sino que le señaló con la mano que siguiera adelante y silbó a los perros. El rebaño empezó a desfilar carretera abajo. Anduvo a su lado, dejando la retaguardia a Tip. El perro mantuvo las ovejas avanzando ordenada y eficientemente.

Pronto llegaron a una casa desierta, fuera de la carretera, de paredes de piedra y tejado de pizarra, de firme apariencia pero con los vidrios de las dos pequeñas

ventanas rotos. John Rowlands abrió la pesada puerta de madera de una patada, entró y salió sin la oveja; respiraba con dificultad y se limpió el sudor de la cara con la manga. Cerró la puerta.

—Ahí estará segura hasta que podamos volver a por ella —explicó a Will—. Ya no queda mucho.

Pronto se encontraron en Clwyd. Will abrió el portillo del ancho pasto donde sabía que guardaban las ovejas y los perros las condujeron dentro. Durante unos momentos, las ovejas se arremolinaron en un círculo sin parar de balar. Luego se dedicaron al goloso mordisqueo de la abundante hierba.

John Rowlands fue a por el Land-Rover y Will le acompañó a recoger a la oveja herida. En el último momento, el negro perro Pen saltó dentro del coche y se acomodó entre los pies de Will. Will le acarició las sedosas orejas.

—Seguramente un perro atacó a las ovejas, ¿no? —preguntó mientras estaban en camino.

—Espero que no —suspiró Rowlands—. Pero, de hecho, no sé de otra criatura salvaje que hubiera atacado a un rebaño custodiado por perros y hombres. Solo un lobo pudo hacerlo, y en Gales no hay lobos desde hace doscientos años o más.

Puso rumbo hacia la casa. Rowlands giró el coche para facilitar el acceso a la puerta trasera y entró en la pequeña construcción de piedra.

Volvió a salir casi al instante, con las manos vacías, mirando con inquietud a su alrededor.

—¡No está!

—¡No está!

—Tiene que haber alguna señal. ¡Pen! ¡*Tyrd yma!* —John Rowlands dio una vuelta alrededor de la casa, fijando su mirada en la hierba, los helechos y el tojo, mientras su perro lo hacía por la otra parte y alrededor de él, con el hocico a ras del suelo. También Will miraba, esperanzado, buscando plantas pisadas o señales de lana o de sangre. No vio nada. Una roca de cuarzo blanco mellada relució ante él a la luz del día. Una alondra cantó. Entonces, de repente, Pen emitió un corto y seco ladrido y comenzó a seguir un rastro; corría con seguridad, con la cabeza gacha, a través de la hierba.

Le siguieron. Pero Will estaba confundido, y observó el mismo desconcierto en el arrugado semblante de John Rowlands... porque el perro estaba siguiendo una pista a través de la hierba intacta, ni tan solo un tallo torcido por el paso de una pequeña criatura, mucho menos de una oveja. Se oía el rumor del agua correr en algún lugar enfrente de ellos y pronto llegaron a un pequeño riachuelo que fluía hacia el río. Las sobresalientes rocas del lecho demostraban cuánto más bajo de lo usual corría en aquella estación seca.

Pen se detuvo, resiguió arriba y abajo el riachuelo sin éxito, y se volvió hacia

John Rowlands, quejoso.

—Lo ha perdido —anunció el pastor—. Fuera lo que fuese. Quizá no era más que un conejo, por supuesto..., aunque nunca había oído de un conejo que fuera capaz de borrar su rastro en el agua.

—Pero ¿qué le ha pasado a la oveja? —preguntó Will—. Estaba herida, no pudo irse sola.

—Sobre todo a través de una puerta cerrada —corroboró Rowlands con sequedad.

—¡Sí, claro! ¿Cree que el animal que la atacó fue lo suficientemente inteligente para volver y llevársela?

—Suficientemente inteligente, quizá —contestó Rowlands volviendo la mirada hacia la casa—, pero no lo suficientemente fuerte. Un cordero pesa unos cincuenta kilos, casi me rompo la espalda cuando la llevé durante ese trecho. Se necesitaría un poderoso y enorme perro para arrastrar ese peso.

—¿Dos perros? —se oyó Will a sí mismo preguntar.

John Rowlands entrecerró los ojos cuando le miró.

—Tienes unas curiosas ideas, Will, para alguien que no se ha criado en una granja... Sí, dos perros juntos podrían arrastrar una oveja. Pero ¿cómo lo harían sin dejar un gran rastro detrás? De todas formas, ¿cómo podrían dos o veinte perros abrir una puerta?

—Quién sabe —respondió Will—. Bueno, quizá no fue un animal. Quizá alguien pasó por aquí y oyó a la oveja balar. La sacó de la casa y se la llevó. Quiero decir que no podían saber que íbamos a volver.

—Ya —convino John Rowlands—. Bueno, si alguien ha hecho eso, encontraremos a la oveja en casa cuando volvamos porque llevaba la marca de Pentref en la oreja y cualquier persona del lugar sabe que nosotros nos ocupamos de los corderos de Williams Pentref. Venga, vamos.—Silbó a Pen.

De camino a casa no abrieron la boca, cada uno profundamente concentrado en desconcertantes conjeturas. John Rowlands, como Will sabía, estaba preocupado por encontrar la oveja pronto para curarle las heridas. Will tenía sus propias preocupaciones. Aunque no se lo había mencionado a Rowlands, y casi ni se atrevía a pensar en qué podía significar, sabía que en el momento en que la oveja se tambaleaba y caía al lado del rebaño, había visto algo más que el rápido movimiento entre los helechos por donde el atacante huyó. Había visto el fulgor de un cuerpo plateado y el morro de lo que había parecido un perro blanco.

Una melodía fluía en el aire desde la granja como una dorada corriente, como si el sol estuviera dentro y enviara sus rayos a través de las ventanas. Will se detuvo, asombrado, a escuchar. Alguien tocaba el arpa y producía largos, ondulantes y agudos arpegios, como el canto de un pájaro. Y entonces la música cambió, sin pausa alguna, y sonó algo similar a una sonata de Bach, notas y pautas tan perfectas como copos de

nieve. John Rowlands lo miró mientras sonreía y luego abrió la puerta y entró. Una puerta lateral conducía a un pequeño recibidor en el que Will no había reparado antes. Parecía un saloncito recogido, disimulado en la enorme cocina donde realmente se hacía la vida de la casa. La música provenía de la pequeña sala. Rowlands asomó la cabeza, y lo mismo hizo Will. Allí sentado, rasgueando las cuerdas de un arpa el doble de grande que él, estaba Bran.

Se detuvo y amortiguó la vibración de las cuerdas con las manos.

—Hola.

—Mucho mejor —opinó John Rowlands—. Hoy muchísimo mejor.

—Gracias —contestó Bran.

—No sabía que tocaras el arpa —intervino Will.

—Ah —respondió Bran con solemnidad—. Hay un montón de cosas que los ingleses ignoran. El señor Rowlands es mi maestro. También le enseñó a tu tía, esta arpa es de ella. —Recorrió con uno de los dedos las melodiosas cuerdas—. En esta habitación siempre te hielas de frío en invierno, pero se mantiene mejor afinada que con el calor... Ah, Will Stanton, no sabes a qué distinguido lugar has ido a parar. Esta es la única granja de Gales que tiene dos arpas. El señor Rowlands también tiene una en su casa, ya ves. —Señaló con la cabeza a través de la ventana, hacia el trío de casas al otro lado del patio—. Practico mucho allí. Pero la señora Rowlands hoy está ocupada haciendo la limpieza.

—¿Dónde está David Evans? —indagó John Rowlands.

—En el patio con Rhys. En el establo de las vacas, creo.

—Diolch.

Salió preocupado.

—Creía que estabas en el colegio —dijo Will.

—Hoy no hay clases por la tarde. He olvidado por qué.

Bran llevaba las gafas de sol hasta dentro de casa, lo que le daba un aspecto excéntrico e irreal, con aquellos inescrutables círculos oscuros que arrebatában cualquier expresión al pálido rostro. Llevaba unos pantalones y un jersey oscuros que ayudaban a que su cabello pareciera aún más sorprendente y sobrenatural. De repente, Will pensó: «Lo hace a propósito, le gusta ser diferente».

—Ha pasado una cosa horrible —anunció, y le contó a Bran lo de la oveja. Pero, de nuevo, omitió la breve visión del atacante que le llevaba a pensar que había sido un perro blanco.

—¿Estás seguro de que la oveja estaba viva cuando John la dejó? —preguntó Bran.

—Sí, eso creo. Siempre queda la posibilidad de que alguien se la llevara. Supongo que John lo está comprobando.

—Qué cosa tan rara —murmuró Bran. Se levantó y se estiró—. Ya he practicado

bastante. ¿Quieres que salgamos afuera?

—Avisaré a tía Jen.

Camino del exterior, Bran cogió su cartera de piel de la silla al lado de la puerta.

—Tengo que dejar esto en casa. Y tengo que prepararle el té a mi padre. Siempre viene a tomar una taza más o menos a esta hora, si trabaja cerca.

—¿Tu madre también trabaja? —preguntó Will con curiosidad.

—Bueno, no tengo madre. Murió cuando yo era un bebé, no la recuerdo. —Bran le miró de soslayo con una extraña expresión—. ¿Nadie te ha hablado de mí? Mi padre y yo vivimos en una casa de solterones. La señora Evans ha sido siempre muy amable. Los fines de semana venimos a cenar a la granja. Claro que tú todavía no has estado un fin de semana aquí.

—Siento como si llevara aquí semanas —respondió Will mientras alzaba el rostro hacia el sol. Algo en la forma de hablar de Bran le producía una extraña inquietud, algo sobre lo que no quería ponerse a reflexionar. Lo enterró en lo más profundo de su mente, junto a la imagen del blanco destello de un hocico entre los helechos.

—¿Dónde está Cafall? —indagó.

—Estará por ahí con mi padre. Seguro que cree que todavía estoy en el colegio —rió Bran—. El trabajo que tuvimos para convencer a Cafall cuando era pequeño de que la escuela era para niños y no para cachorros. Cuando iba al colegio del pueblo, solía sentarse a esperarme en la puerta todo el día.

—¿Adonde vas ahora?

—Al instituto Tywyn. En autobús.

Arrastraron los pies por el polvo del camino que conducía hacia las casas, un camino hecho por las ruedas, dos rodadas con una mediana de montéenlos de hierba. Había tres casas, pero solo dos estaban habitadas. A medida que se acercaban, Will observó que la tercera había sido convertida en un garaje. Miró más allá, hacia el valle, donde las montañas se recortaban hermosas, en un azul difuso, contra el despejado cielo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aunque el misterio de la oveja herida había ocupado su mente durante un tiempo, un inquietante desasosiego comenzaba a apoderarse de él. Sentía la maldad de las Tinieblas cerniéndose sobre él, amenazadora. Sabía que no podía ser localizado por la mirada de un gran ojo escrutador. Un Ancestral poseía el poder de ocultarse para que no detectaran su presencia con facilidad. Pero, sin duda alguna, el Rey Gris sabía que su destino lo había llevado hasta allí desde alguna parte. Ellos también tenían sus profecías, como las de la Luz. Las barreras habían desaparecido y se hacían cada día más fuertes. Will experimentó lo extraño que era ser el invasor, que la Luz avanzara contra las Tinieblas. Desde el principio de los tiempos había sido al revés. Los poderes de las Tinieblas lanzaban un terrible y constante ataque sobre la tierra de los hombres protegidos por la benevolencia de la Luz. La Luz siempre había sido la defensora de

los hombres, la vencedora de todo lo que las Tinieblas intentaran derribar. Ahora, un Ancestral debía, deliberadamente, invertir aquella vieja costumbre. Debía encontrar el empuje para el ataque en vez de la defensa enérgica y resuelta que había mantenido acorraladas a las Tinieblas durante tanto tiempo.

Pero, sin lugar a dudas, creía que aquel ataque no sería más que un pequeño capítulo de la defensa, construir una resistencia a la espera de aquel otro momento, último y terrible, cuando las Tinieblas resurgieran de nuevo. Su misión era despertar a los últimos aliados de la Luz. Y quedaba muy poco tiempo.

Haciéndose eco del último hilo de sus pensamientos, Bran exclamó de pronto:

—Esta noche es Halloween.

—Sí —respondió Will.

Antes de que pudiera añadir nada más, se encontraron ante la puerta de la casa. Estaba medio abierta, una baja y pesada puerta encajada en la pared de piedra. Al oír las pisadas de Bran, Cafall apareció dando brincos, un pequeño y blanco torbellino, que saltaba y giraba sobre sí mismo lleno de gozo mientras le lamía la mano. Era curioso que no ladrara. Desde el interior, llegó la voz de un hombre:

—¿Bran?

Comenzó a hablar en gales. Cuando Will siguió a Bran a través de la puerta, el hombre que se encontraba sentado a la mesa se volvió a media frase y reparó en él. Se detuvo al momento y dijo formalmente:

—Lo siento.

—Este es Will —dijo Bran y tiró su mochila llena de libros encima de la mesa—. El sobrino del señor Evans.

—Sí. Eso pensé. ¿Cómo está, joven? —El padre de Bran se acercó y le tendió la mano. Su mirada era directa y el apretón de manos firme, aunque Will tuvo la inmediata y curiosa sensación de que el hombre real no estaba tras aquellos ojos—. Soy Owen Davies. He oído hablar de ti.

—¿Cómo está, señor Davies? —correspondió Will. Trataba de no parecer sorprendido. Fuera lo que fuese lo que esperaba del padre de Bran, no era con lo que se había encontrado: un hombre completamente normal y corriente, con el que te podrías cruzar por la calle sin ni siquiera percatarte de su presencia. Alguien tan extraño como Bran debería tener un padre singular. Pero Owen Davies era un tipo corriente: de altura media, cabello castaño medio en cantidad media; un rostro corriente y agradable, con una nariz ligeramente puntiaguda y labios finos; una voz corriente, ni profunda ni estridente, con la misma entonación nítida que Will descubrió que era innata de los hombres del norte de Gales. Sus ropas eran corrientes, la misma camisa, pantalones y botas que podría llevar cualquier otro en la granja. Incluso el perro que descansaba a su lado y los observaba con calma era un perro pastor gales común, con el lomo negro, el pecho blanco, la cola negra, corriente. Muy

diferente a Cafall, igual que el padre de Bran no era, en absoluto, como Bran.

—Hay té en la tetera, Bran, si quieres una taza —indicó el señor Davies—. Yo ya me he tomado la mía. Voy al pasto grande. Y también estaré fuera esta noche; hay una reunión en la capilla. La señora Evans te dará de cenar.

—Qué bien —contestó Will alegre—. Así podrá ayudarme con mis deberes.

—¿Deberes? —preguntó Bran.

—Sí. Esto no son unas vacaciones para mí, ya sabes. Me han dado todo tipo de tareas en el colegio, para que no me quedara atrás. Hoy toca álgebra. E historia.

—Eso está muy bien —admitió el señor Davies con sinceridad mientras se ponía el abrigo—, siempre que Bran también procure hacer su tarea. Por supuesto, sé que lo hará. Bueno, ha sido un placer conocerte, Will. Nos vemos luego, Bran. Cafall puede quedarse.

Salió, saludando con la cabeza, completamente serio. Eso hizo reflexionar a Will que, después de todo, había una cosa en Owen Davies que no era del todo común: no había ni un atisbo de relajación en él.

El rostro de Bran no expresaba emoción alguna.

—Mi padre es un hombre importante para la capilla —explicó con tono neutro—. Es el diácono, y siempre celebran dos o tres reuniones a la semana. Los domingos vamos dos veces.

—Ah —dijo Will.

—Sí. Ah. ¿Quieres una taza de té?

—No, gracias.

—Entonces salgamos.—De forma mecánica, Bran enjuagó la tetera y la dejó boca abajo en el escurridor. —*Tyrd yma*, Cafall.

El perro blanco saltaba alegremente a su lado mientras cruzaban los campos y se alejaban de la casa y de la granja, hacia el valle, las montañas y el cercano y solitario pico. Se erguía casi en ángulo recto con la montaña posterior, sobresaliendo de entre el llano terreno del valle.

—Es curioso cómo destaca ese cerro —comentó Will.

—¿Craig yr Aderyn? Es especial, es el único lugar de Gran Bretaña donde los cormoranes anidan en tierra. No muy adentro, claro. Estamos a cuatro millas del mar. ¿No has estado allí? Vamos, tenemos tiempo. —Bran cambió ligeramente de dirección—. Desde la carretera se pueden ver los pájaros bastante bien.

—Creía que la carretera era por ahí —señaló Will.

—Lo es. Pero podemos atajar por aquí. —Bran abrió un portillo que daba a un sendero, lo cruzó y saltó la pared del lado opuesto—. Solo tenemos que procurar no hacer ruido —dijo sofocando la risa—. Estas tierras son de Caradog Prichard.

—Chissst, Cafall —instó Will volviendo la cabeza. Pero el perro ya no estaba allí. Will se detuvo, confundido—. ¿Bran? ¿Dónde está Cafall?

Bran silbó. Ambos esperaron; miraron tras ellos hacia la extensa pared de pizarra que se prolongaba a través del campo de rastros. No se movía nada. El sol brillaba. A lo lejos, las ovejas balaban. Bran volvió a silbar sin obtener respuesta. Entonces dio media vuelta, seguido de Will, y ambos saltaron de nuevo la pared y se encaminaron hacia el sendero que acababan de atravesar.

Bran silbó por tercera vez y lo llamó en gales. La preocupación impregnaba su voz.

—¿Dónde puede haberse metido? —preguntó Will—. Estaba detrás de mí cuando llegué a la pared.

—Nunca había hecho esto. Nunca. Nunca se iría sin permiso o dejaría de acudir cuando se le llamara. —Bran observó angustiado el largo sendero—. Esto no me gusta. No tendría que haberle dejado acercarse a las tierras de Caradog Prichard. Nosotros es una cosa, pero Cafall... —Desesperado, volvió a silbar fuerte.

—No creerás... —comenzó Will. Se detuvo.

—¿Que Prichard pudiera pegarle un tiro tal como dijo?

—No, iba a decir que no creerás que Cafall sabe que no debe entrar en las tierras del señor Prichard y por eso no viene. Eso no tendría sentido, ningún perro puede razonar hasta ese punto.

—Bueno —contestó Bran con tristeza—, los perros pueden razonar cosas aún más complicadas. No lo sé. Vamos a probar por ese sendero. Conduce al río.

Emprendieron la marcha a lo largo de la vereda y se alejaron de la amenazadora montaña del Craig yr Aderyn. A lo lejos, en algún sitio por delante de ellos, se oyó un ladrido.

—¿Es él? —preguntó Will esperanzado.

Bran ladeó su nívea cabeza hacia un lado. El perro volvió a ladrar, más cerca.

—No. Ese es el perro grande de John Rowlands, Pen. Pero Cafall puede haber ido por ese lado si lo ha oído...

Ambos empezaron a correr a lo largo de la pedregosa vereda salpicada de hierba. Will se quedó sin aliento con rapidez y se retrasó. Bran desapareció en un recodo del sendero. Cuando Will dobló el recodo, dos cosas golpearon al unísono su conciencia: Bran... sin Cafall... hablando con su padre y con John Rowlands, y la enfermiza seguridad de que algo maligno había tomado el control de todo lo que sucedía en aquellos momentos en la granja Clwyd. Fue como el repentino reconocimiento de un sonido u olor agobiante.

Se aproximó e intentó recuperar el aliento mientras Bran decía:

—... oí a Pen ladrar y pensé que quizá había venido por aquí, así que me acerqué corriendo.

—¿Y no has visto nada? —inquirió Owen Davies. Su rostro estaba tenso a causa de alguna profunda inquietud. Mirándole, Will tuvo un presentimiento que le atenazó

la boca del estómago.

—¿Y tú, Will? ¿Has visto a alguien o algo por el camino? —indagó John Rowlands, con voz grave y tensa.

Will lo miró fijamente.

—No. Solo a Cafall, antes, y ahora lo hemos perdido.

—¿No se os cruzó ninguna criatura?

—Nada de nada. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—En el prado grande, ahí arriba, hay cuatro ovejas degolladas y no hay ningún portillo abierto o señal alguna de lo que puede haberlas atacado —explicó apenado Owen Davies.

—¿Es el mismo...? —Will miró horrorizado a John Rowlands.

—¿Quién sabe? —contestó el pastor con sequedad. Igual que Davies, parecía nadar entre la desesperación y la rabia—. Pero no son perros, es imposible que lo sean. Se asemeja más al trabajo de los zorros, aunque no me explico cómo es posible.

—Los *milgwn* de las colinas —sugirió Bran.

—Tonterías —cortó su padre.

—¿Los qué? —preguntó Will.

—Los *milgwn* —repitió Bran mientras sus ojos seguían buscando a Cafall a su alrededor. Prosiguió automáticamente—: Zorros grises. Algunos granjeros dicen que son tan grandes como los que viven en las montañas, más grandes y más rápidos que los zorros rojos de aquí abajo.

—Eso son tonterías —insistió Owen Davies—, no existen tales cosas. Ya te lo he advertido, no voy a tolerar que escuches esos viejos cuentos llenos de sandeces.

Su tono era cortante. Bran se estremeció.

Pero por la mente de Will cruzó rauda una clara imagen, tan nítida como una película sobre una pantalla: vio a tres grandes zorros corriendo en fila india, enormes animales blancos y grises, de gruesas pieles que crecían hasta el ancho collar de pelo alrededor del cuello, y pobladas colas. Avanzaban a través de la colina, entre las rocas y, por un instante, uno de ellos volvió la cabeza y le miró de frente, con sus brillantes ojos fijos en los de él. Durante ese instante los vio con tanta claridad como veía a Bran. Luego la imagen desapareció, se desvaneció, y él se quedó allí de pie, bajo el sol, mudo, confundido. Era consciente de que sus maestros le habían enviado una imagen de aviso sobre las criaturas del Rey Gris, los agentes de las Tinieblas, en una de las breves comunicaciones que pueden transmitirse, muy raramente y sin previo aviso, de un Ancestral a otro.

—No son cuentos. Bran tiene razón —anunció con sequedad.

Bran clavó su vista en él, sobrecogido por la crispada seguridad de su voz. Pero Owen Davies le lanzó una mirada de gélido reproche mientras las comisuras de su fina boca formaban un arco hacia abajo.

—No digas tonterías —respondió con frialdad—. ¿Qué puedes saber tú de zorros?

Will nunca sabría qué le habría respondido porque John Rowlands lanzó un grito, urgente y angustiado, que rompió la tensa quietud de la luz del atardecer.

—¡*Tan!* ¡Mirad allí! ¡Hay fuego en la montaña! ¡Fuego!

Fuego en la montaña

No se divisaba demasiado humo para todo aquel fuego. Siguiendo en una línea la ladera más baja de la montaña, la que solo se podía ver por encima del seto, las llamas se habían hecho dueñas de los helechos. Era como una larga herida, una cuchillada en la pacífica y tostada pendiente, que se agitaba con una energía devastadora y siniestra. Y aun así emitía unos colores muy apagados y estaban demasiado lejos para oír ningún ruido. Durante un segundo, Will solo se percató de lo asombroso que era que John Rowlands hubiera podido distinguirlo.

En un segundo se pusieron manos a la obra, espoleados por la urgencia de la suave voz de John Rowlands.

—A la granja, vosotros dos, rápido. Avisad del fuego en Tywyn y a la policía y luego volved con todos los refuerzos que podáis. Todas las manos libres que podáis encontrar. Y traed escobas para el fuego, Bran, tú sabes dónde están. Venga, Owen.

Los dos hombres echaron a correr sendero arriba y atravesaron el valle, mientras los chicos bajaban en picado hacia el portillo que les conducía a través de los campos hacia la granja Clwyd. Bran volvió la cabeza en un remolino de pelo blanco.

—Tómalo con calma, ¿eh? —dijo preocupado—, o te pondrás peor.

Salió disparado como una veleta. Dejó atrás a Will, que cerró el portillo, tras lo cual corrió resignado tras su huella.

Bran ya había dado el aviso en la granja cuando lo alcanzó. David Evans los llevó en el Land-Rover con Rhys y un alto granjero llamado Tom Ellis que se encontraba allí cuando llegaron. La parte posterior del pequeño coche había sido abarrotada de escobas para el fuego, costales y diversos cubos que el tío de Will tenía la pequeña esperanza de poder utilizar. Los perros, por una vez, se quedaron atrás.

—No harían más que estorbar —explicó Rhys al ver que Will volvía la cabeza hacia los lastimeros ladridos—. Y las ovejas salvarán su pellejo ellas mismas... De hecho, a estas alturas, ya deben de estar bastante lejos.

—Me pregunto dónde estará Cafall —comentó Will antes de ver la cara de Bran y desear no haber dicho nada.

Ya cerca, el fuego de la montaña era mucho peor de lo que parecía desde lejos. Ahora lo podían oler y oír; podían oler un humo más penetrante que el de las hogueras de la granja y podían oír el suave y devastador sonido de las llamas que consumían los helechos, como si los estrujara entre las manos, y el súbito rugido de un crepitante arbusto o de un matojo de tojo cuando explotaba. Y podían ver las llamas, elevándose, de un rojo y un amarillo brillante en los extremos, pero feroz y casi invisible en su corazón.

Cuando saltaron fuera del coche, David Evans pidió las escobas a gritos. Will y Bran tiraron de ellas; eran como las escobas antiguas, pero con los mangos más

largos y anchos. John Rowlands y el padre de Bran, ya equipados, desbrozaban la cabecera del fuego en un intento por contenerlo. Pero se levantó viento y las llamas, elevándose y crepitando, pronto los superaron y comenzaron a extenderse a lo largo del cerro más bajo de la montaña. Cuando llegaron a la cima, rugiendo colina arriba a través de los helechos secos como la yesca, Owen Davies tuvo el tiempo justo para saltar a un lado y apartarse de su camino.

El crepitar se elevó; el aire estaba lleno de fumaradas, humo y de remolinos negros de partículas de carbón y ceniza. Una oleada de calor los atrapó. Formaban una línea que intentaba combatir las llamas, sofocarlas atizándolas con todas sus fuerzas con las escobas, aunque solo ocasionalmente conseguían extinguir alguna ascua. John Rowlands gritó algo en gales, desesperado. Cuando descubrió la expresión de incompreensión en la cara de Will, añadió con voz entrecortada:

—¡Tenemos que conducirlo hacia arriba antes de que llegue a casa de Prichard!
¡Mantenlo alejado de las rocas!

Al mirar fijamente hacia la gran y extensa pendiente rocosa del Craig yr Aderyn Will consiguió ver, por primera vez, la esquina de un edificio de piedra gris que sobresalía a lo lejos. La luz emitía destellos a través del agua rociada al lado de la casa; alguien estaba empapando la tierra a su alrededor en un intento de amortiguar el fuego en el caso de que llegara hasta allí. Pero Will, sacudiendo con desespero su larga escoba de puntas planas pensó que nada iba a poder detener aquel infierno que ya rugía por encima de sus cabezas al alcanzar un matorral de zarzas. Era como una bestia enorme que arrasaba la montaña y engullía todo lo que encontraba a su paso con una irresistible glotonería. Era tan poderoso, y ellos tan insignificantes, que incluso el esfuerzo de controlar su dirección se antojaba ridículo. Pensó: «Es como las Tinieblas», y por primera vez se preguntó cómo había comenzado el fuego.

Por debajo de ellos, desde la carretera al pie del gran Craig, llegó el aullido de la sirena del coche de bomberos, y Will divisó salpicaduras de un rojo vivo a través de los árboles y una manguera que serpenteaba en el aire. Las voces de algunos hombres llegaban amortiguadas y se oyó un ruido de motores. Pero arriba, en la pendiente, el fuego ganaba terreno mientras el viento soplaba a rachas y, gradualmente, fueron obligados a retirarse hacia los árboles que bordeaban la carretera. En un trueno triunfal, el fuego rugió tras ellos.

—¡Hacia la carretera! —gritó el enjuto Tom Ellis—. ¡Pronto alcanzará esos árboles!

Will respiraba con dificultad al lado de John Rowlands.

—¿Qué va a pasar?

—Casi se ha consumido. —Pero el arrugado rostro del gales seguía contraído.

Bran se acercó corriendo por el otro costado con su pálida piel sucia y manchada.

—El problema es este viento que se lo lleva hacia el valle... ¿Está la casa de

Prichard en verdadero peligro, señor Rowlands?

John Rowlands detuvo su avance un momento para observar a su alrededor. Se estaban formando nubes en el cielo azul, extrañas y deshilvanadas nubes de un blanco sucio que parecían venir de ninguna parte.

—No lo sé... El viento es muy cambiante en esta estación, y ahora está cambiando, pero es difícil decir hacia dónde... Tarde o temprano lloverá.

—Bien —suspiró Will esperanzado—, la lluvia acabará con el fuego, ¿no? —Pero mientras hablaba oía el crepitar y el rugido del fuego, como si se riera a sus espaldas, y no se sorprendió cuando John Rowlands negó con la cabeza.

—Solo con una lluvia muy fuerte... El suelo está muy seco, como nunca antes a estas alturas del año. Solo una buena tromba de agua tendría algún efecto. —Miró a su alrededor y frunció el ceño en dirección hacia las montañas y el cielo—. Hay algo extraño en ese fuego..., algo que no va bien... —Se encogió de hombros dando por acabada la búsqueda y siguió hacia delante mientras doblaban por un recodo en dirección al camión de los bomberos y su atronador y rugiente motor.

Will pensó: «Ah, John Rowlands, ves más de lo que crees, aunque no lo suficiente. El Caballero de las Tinieblas ha comenzado su labor en estas montañas; el Rey Gris está levantando una pared para proteger al arpa de oro y a los Durmientes que han de ser despertados y así impedir que me acerque y complete mi búsqueda. Porque si los puede mantener alejados del alcance de la Luz, entonces los Ancestrales no obtendrán todo su poder y no habrá nadie que pueda impedir que resurjan las Tinieblas...».

—¡Pero no se saldrán con la suya! —exclamó sin darse cuenta de que hablaba en voz alta. Una suave voz le dijo al oído:

—¿Quién no se saldrá con la suya? —Los oscuros cristales de las gafas de Bran le observaban y le ocultaban los ojos.

Will le miró y dijo con repentina y desnuda honestidad: —No sé qué pensar de ti.

—Ya sé que no lo sabes —respondió Bran con su peculiar sonrisa torcida en su extraña y pálida cara—. Pero, de todas formas, me necesitas. —Giró en redondo, mientras el humo procedente del fuego en lo alto de la montaña llegaba en oleadas y los rodeaba—. No te preocupes —prosiguió mientras ahogaba una risita—, nunca nadie ha sabido qué pensar de mí. —Y se alejó, girando, corriendo, casi bailando, carretera arriba hacia el camión de los bomberos.

Will corrió tras él. Y de repente, ambos se detuvieron en seco ante una visión sobrecogedora. Bajo la amenazadora mole del Craig y Aderyn, los bomberos tenían dos mangueras en funcionamiento que empapaban la montaña y una parte de la carretera en un intento por impedir que el fuego se elevara hacia el Craig y bajara hacia la granja de los Prichard. Otros corrían arriba y abajo con cubos, escobas, cualquier cosa con la que poder ahogar o combatir las huidizas chispas antes de que

prendieran. La carretera hervía de agitada actividad. Y, en medio de todo aquello, se erguía rígido e inconsciente del peligro, invadido por la rabia, Caradog Prichard con su hirsuto pelo rojo, sangre en la camisa, una escopeta en una mano... y la otra alzada, rígida, que apuntaba acusadoramente a John Rowlands mientras gritaba, consumido por la ira:

—¡Entrégueme el perro! ¡Entréguemelo! ¡Le demostraré que fue él, él y ese engendro de chucho blanco del monstruoso chico de Davies! ¡Se lo demostraré! ¡Seis ovejas en mi campo, hay seis, con las gargantas abiertas, maldita sea, con media cabeza fuera... y solo por divertirse! ¡Eso es lo que sacan esos malditos perros y es por eso por lo que les voy a pegar un tiro! ¡Tráigamelos aquí! ¡Tráigamelos! ¡Y se lo demostraré!

Los chicos se quedaron petrificados mientras le observaban con horror. En aquel momento no parecía un ser humano, sino una frenética criatura poseída por la ira, convertida en un animal. Se podía percibir en él la urgencia por hacer daño y era, como siempre será, la visión más terrible del mundo.

Observando a Prichard con los ojos de un humano y la visión de un Ancestral, a Will le invadió una abrumadora compasión: la seguridad de lo que sin duda le sucedería a Caradog Prichard si no se le apartaba, ahora y siempre, de aquella pasión antes de que fuera demasiado tarde. «Detente —quería decirle—, detente antes de que el Rey Cris te vea y te tienda la mano amistosamente, y tú, ignorante, la tomes y te pierdas...».

Sin pensar lo que hacía, dio un paso al frente y el movimiento hizo que el hombre pelirrojo se volviera hacia él. También el dedo giró con rabia, señalándole a través del aire.

—Y tú también, *Sais bach*, eres parte de todo esto, tú y la granja de tu tío. Son los perros de Clwyd, esas bestias asesinas. Vosotros sois los responsables, y tendréis lo que os merecéis, todos vosotros...

Expulsaba espumarajos por las comisuras de la boca. No había nada que hacer. Will se retiró hacia atrás. Con la furia de los alaridos de Prichard, incluso los bomberos habían hecho una pausa, sorprendidos. No se oía más ruido que el rugido del camión de los bomberos mientras bombeaba y el crepitar de las acechantes llamas. No hubo movimiento alguno durante un instante. Entonces David Evans se adelantó, una pequeña y vigorosa figura con una escoba en la mano y manchas de hollín en el rostro y la camisa. Asió a Prichard por el hombro sin temor y lo zarandó con fuerza.

—El fuego nos atraparé en poco tiempo, Caradog Prichard. ¿Quieres que se queme tu granja? ¡Todos nosotros aquí dejándonos la piel para alejar las llamas de tu tejado, tu mujer allí dentro haciendo lo mismo, y tú aquí fuera dando voces como un loco sin pensar nada más que en unas cuantas ovejas muertas! ¡Tendrás muchas más

que lamentar, hombre de Dios, y también una granja arrasada, si no entras en razón ahora mismo! ¡Ya!

Prichard le miró sin expresión alguna, con los pequeños ojos brillantes de su flácido rostro entrecerrados suspicazmente. Y entonces pareció que comenzaba a despertar poco a poco, y a darse cuenta de dónde estaba y de qué estaba pasando. Confundido, miró las llamas elevarse por encima del seto.

La bomba del camión se elevó una nota más cuando los bomberos dieron la vuelta a las mangueras para encarar el imparable fuego. Las chispas volaban en todas direcciones mientras el resto azotaba los helechos con frenesí. Caradog Prichard lanzó un corto chillido de terror, se volvió y corrió de vuelta a su granja.

Sin una palabra, Will y Bran se reunieron con el resto en la línea y bordearon diagonalmente ladera arriba, en un intento por evitar que el fuego se expandiese por el Craig y lo sobrepasara. El cielo iba nublándose a medida que las nubes engordaban y la tarde seguía su curso. Pero no aparecía la más mínima señal de lluvia. El viento comenzó a rachear de nuevo: paraba un instante y volvía a elevarse en una repentina racha. No hacía falta ser adivino para saber lo que vendría a continuación. Cada vez con más fuerza, Will podía sentir la hostilidad del Gran Rey arremetiendo contra él desde las altas cimas a la cabeza del valle. Una barrera tan intensa como la pared de llamas que rugía hacia ellos desde todas direcciones, aunque el único que podía sentir la fuerza de ambos, el único atrapado entre los dos, era el Ancestral, Will Stanton, destinado desde su nacimiento a seguir aquella búsqueda donde quiera que le condujera...

De súbito, le invadió una alegría salvaje y sacó fuerzas de donde no las había para endurecer sus vencidos brazos y piernas. Gritó con repentino gozo; reía como un loco a Bran mientras sofocaba las llamas; azotaba los helechos a sus pies como si los quisiera aplastar contra el suelo.

Entonces, un movimiento furtivo montaña arriba acaparó su atención: más allá de la línea de las llamas, cerca de las desnudas rocas, vio, lanzado hacia delante a una velocidad increíble, la forma de un zorro gris y blanco. Con la cola ondeante tras él y las orejas pegadas a la cabeza, efectuó un salto hacia la elevada ladera del Craig yr Aderyn. El humo se arremolinó, se elevó con el viento y el zorro desapareció. Will solo lo había podido distinguir unos instantes.

Oyó un agudo gemido proveniente de Bran.

—¡Cafall! —El chico gales ya escalaba ladera arriba, haciendo caso omiso de los gritos de preocupación de más abajo, sin tener en cuenta el fuego, el humo y todo aquello que no fuera la visión del animal blanco que creía era su perro.

—¡Bran, vuelve! ¡No es Cafall! —Will trepó desesperado tras él, con el corazón desbocado, como si quisiera salirse del pecho—. ¡Bran! ¡Vuelve!

La pendiente se hacía cada vez más pronunciada, hasta que se encontraron en el

mismo Craig trepando entre los helechos, sobre la resbaladiza hierba, bordeando los salientes de la roca gris. Bran hizo una pausa en una de ellas, jadeante. Con ojos desorbitados observó a su alrededor. Will se dejó caer a su lado, casi sin poder hablar.

—¡Cafall! —gritó Bran al aire.

—No era Cafall, Bran.

—Ya lo creo que sí. Lo he visto.

—Era un zorro, Bran. Uno de los *milgwn*. Bran, es un engaño, ¿no lo ves?

Will tosió sofocado a causa del remolino de humo que los envolvió, proveniente de la nube negra que serpenteaba por la pendiente. No podían ver nada a excepción del humo, la escarpada roca y fragmentos de cielo gris sobre sus cabezas. Abajo, no había señal de la granja, de los hombres o del valle, y solo se podía oír el suspiro del viento y, en alguna parte, los discordantes y apagados chillidos de los pájaros.

Bran miró a Will, incrédulo.

—Bran, créeme.

—Está bien. Estaba tan seguro... Lo siento.

—No te preocupes. No fuiste tú quien vio. Fue el Rey Gris quien te hizo ver. El problema es que no podemos volver por ahí, el fuego se está acercando...

—Hay un camino por la otra parte —dijo Bran mientras se limpiaba el sudor que le caía sobre los ojos—. Allí no hay helechos que el fuego pueda quemar, solo roca. Pero es un paso difícil. —Miró dubitativo el pálido y tiznado rostro de Will.

—Estoy bien. Vamos, vamos.

Siguieron trepando los pedregosos escalones de hierba y roca, aferrándose con las manos y los pies.

—¡Aquí hay un nido de pájaros! —Will había vislumbrado una desordenada pila de ramitas y helechos a poca distancia de su cabeza.

—También habría pájaros si no fuera por el fuego. En primavera es un lugar de anidación, como ya te expliqué. No solo para los cormoranes, también para los cuervos. Un montón de pájaros... Por eso lo llaman el cerro de las Aves, claro. Aquí...-Bran hizo una pausa en una ancho saliente de la roca bordeado de helechos. —Estamos en la loma. Llega hasta la otra parte, hacia la granja de Prichard.

Pero Will le miraba, paralizado.

—¿El cerro de las Aves?

—Eso es —asintió Bran sorprendido—, el Cerro de las Aves. Craig yr Aderyn, la roca de los pájaros. Creía que lo sabías.

Will recitó despacio, reflexionando:

*En el día de los Muertos, cuando también el año muere, En el día de los Muertos, cuando también el año muere,
Deberá el más joven abrir las más antiguas montañas*

A través de la puerta de las aves, donde cae el viento...

Bran se lo quedó mirando.

—Te refieres... a la puerta de las aves... ¿aquí?

—El cerro de las Aves. Tiene que serlo. Lo sé. Y hoy es el día de los Muertos...- Will sacudió la cabeza con brusquedad y alzó la vista al cielo, donde las nubes flotaban como buñuelos grises de humo. —Y el viento está cambiando, observa... No... Sí, ahora... Un viento maligno, un viento de las Tinieblas. No me gusta, Bran, se dirige al Rey Gris—. Hablaba sin alojar en su pensamiento duda alguna sobre la lealtad de Bran.

—Está cambiando hacia el norte —añadió el chico del pelo blanco con tristeza—. Es el peor de los vientos. Le llaman el *Gwynt Traed yr Mein*, «el viento que sopla alrededor de los pies de los muertos». Trae tormentas. Y a veces cosas peores.

El distante crepitar del fuego se hacía cada vez más intenso. Will miró por encima del hombro, colina abajo; el fuego era más denso allí y sintió que el aire era más caliente. El viento soplaba racheado y almacenaba las cenizas y el hollín en remolinos oscuros sobre sus cabezas. De repente, Will supo con total certeza que el Rey Gris había detectado su presencia; lo sabía muy bien, estaba reuniendo su poder para atacar... y fue en ese preciso instante cuando comenzó el fuego en la montaña. Se encogió en un repentino sentimiento de terrorífica soledad. Un Ancestral, solo, sin los otros de la Luz, era vulnerable a las Tinieblas cuando estas eran fuertes. Aunque no podía ser destruido, podía ser desarmado. Si lo atrapaba indefenso, el poder absoluto de un Caballero de las Tinieblas podía expulsarlo fuera del Tiempo por un período tan dilatado que, cuando pudiera ser de ayuda a sus compañeros, sería demasiado tarde. Así que el Rey Gris golpeaba a Will con el fuego y con todo aquello que pudiera estar bajo su mando. Y Bran era aún más vulnerable. Will se volvió rápidamente.

—Bran, vamos, subamos por la colina hacia la cima. Antes de que el fuego...

Su voz murió en la garganta. Silenciosamente, en la colina que los envolvía, a través de los agujeros y las grietas, tras los recodos y los riscos, aparecieron sigilosas las fantasmagóricas figuras grises y blancas de los *milgwn*, más de una veintena de ellos, las cabezas bajas mostrando los clientes, con una mancha blanca que brillaba en la rígida, gris y peluda cola. El olor a zorro impregnaba el aire, más intenso que el del fuego. A la cabeza se erguía el rey de los zorros, su líder; la lengua roja le colgaba de la boca mientras emitía un espantoso gruñido. Sus colmillos eran blancos y largos como dedos y tan afilados como sus garras, carámbanos de hueso. Les brillaban los ojos y el collarín de pelo blanco alrededor del enorme pecho y cuello.

Will apretó los puños cuando pronunció a gritos palabras mágicas en la Antigua Lengua, con rabia, pero el gran zorro gris no retrocedió. Al contrario, dio un

repentino y brusco salto y cayó en el mismo sitio, tal como Will había visto hacer una vez a un zorro en Buckinghamshire, lejos de aquel valle, para saber qué peligro le amenazaba en un campo de trigo que sobrepasaba su cabeza en altura. Mientras saltaba, el líder de la manada emitió un corto y seco ladrido, grave y claro. El *milgwn* lanzó un profundo gruñido. Y una súbita llamarada se elevó al lado de Will con un sonido de ropa rasgada, como si el fuego de la montaña hubiera llegado al fin a la colina del Craig yr Aderyn y rugiera crepitando a su alrededor entre los helechos.

Will saltó hacia atrás. No había más camino de salida que a través de los zorros. El gran zorro se agachó y se quedó inmóvil; se apoyó en el estómago, tensando los músculos dispuesto a saltar.

Will oyó un repentino y penetrante grito a la altura de su hombro. Bran saltó hacia delante, agitando en su mano un retorcido manojito de pequeñas ramas de roble que ardían como la yesca, un haz de llamas. Lo dirigió hacia la cabeza del zorro gris. El animal gimió y se retiró. Tropezó con sus compañeros y los zorros se apiñaron confundidos. Antes de que las ramas se consumieran hasta llegar a su brazo, Bran las lanzó a un lado. Pero, de súbito, llevadas por una racha de viento, cayeron en la cara opuesta de la colina, en la ladera intacta. Siguieron rodando y sobrepasaron el borde, hacia abajo, hacia la parte más alejada del Craig, donde el fuego no hubiera podido llegar de otra manera. Se oyó el jadeo de la llama cuando el fuego prendió en su nueva presa. Bran gritó, horrorizado:

—¡Will! He enviado el fuego ladera abajo hacia la granja de Prichard... ¡Estamos atrapados!

—¡La cima! —urgió Will—. ¡Tenemos que llegar a la cima!

Con la completa certeza de antiguos instintos, sabía el lugar que tenía que encontrar. Habían comenzado a llamarle apremiante, invisible, habían despertado con su búsqueda. Sabía qué aspecto debía tener, sabía qué tenía que hacer cuando llegaran. Pero llegar hasta allí era otra cosa. Las llamas crepitaban a ambos lados y quemaban su fina piel seca. Enfrente de ellos, los *milgwn* se reunían en un apretado semicírculo, a la expectativa...

Angustiado, Will quiso protegerse a sí mismo y a Bran plantándose firme, cara al norte, y pronunciando algunas palabras en la Antigua Lengua. Era el Hechizo de Helledd, el que protegía al viajero contra cualquier amenaza de los dueños de la tierra por la que deambulaba. Pero no estaba del todo seguro de que funcionara. Sabía que no duraría mucho tiempo. A su lado, oyó que Bran lanzaba un implorante alarido, como un pequeño animal pidiendo ayuda sin saber que lo hace. —¡Cafall! ¡Cafall! Y de la nada, atravesando la colina y en su dirección, apareció un rayo blanco que saltó sobre el zorro más cercano y cargó sobre uno de sus costados de forma que cayó rodando con un aullido. El tenso semicírculo vaciló, desconcertado. Cafall saltó con un gruñido sobre el siguiente zorro y cerró las fauces con fuerza sobre uno de los

hombros. El animal gimió de forma espantosa y salió corriendo. Allí estaba el perro blanco, en medio de la confusión que había provocado, rompiendo las filas de los *milgwn*, beligerante como un toro, con las patas firmes sobre la roca. El mensaje que brillaba en sus extraños y plateados ojos era claro. Will asió a Bran del brazo y tiró de él sobrepasando a Cafall, libres, mientras los jadeantes zorros dudaban.

—¡Hacia arriba, Bran, rápido! ¡Es el único sitio! Los ojos de Bran destellaron sobre la negra tierra y la blanca piel, obscuras colinas y cielo gris. Vio como el gran rey de los *milgwn* los observaba, recobrada la calma, preparado para la persecución. Entonces, Cafall dio media vuelta para encararse con el animal y emitió en crescendo el gruñido más largo y helador que Bran hubiera oído jamás en su vida. Como cumplimiento de algún largo destino, el perro estaba haciendo lo posible por que escaparan. No había excusa para no obedecer. Con una súbita invasión de confianza y humildad, Bran dio media vuelta y comenzó a enfilarse la colina detrás de Will. Trepaban con ayuda de manos y pies sobre la rocosa loma. Will se dirigía al lugar donde debían llegar; le llamaba, invitándole. Bajo las rocas que habían escalado, el humo formaba remolinos como un mar oscuro. Sobre ellos, pájaros invisibles chillaban y chirriaban con rabioso terror. Cuando no pudo seguir subiendo, Will vio una estrecha hendidura que se distinguía entre las rocas enfrente de él, por encima de sus cabezas; una larga abertura, ensanchada y erosionada por las heladas, el viento y la lluvia. Sus paredes grises de granito estaban salpicadas de verde por el líquen. Atrajo a Will de forma irresistible.

—¡Aquí! —le gritó a Bran. Luego elevó la voz, con autoridad—: ¡Cafall!

Las paredes grises de granito de la grieta se elevaban tres veces más por encima de su cabeza. Cuando entró, Will miró hacia atrás por encima del hombro. Vio que Bran le seguía, perplejo, y una rápida figura blanca se colaba tras él. Cafall corrió como un rayo y descansó su morro brevemente en la mano de Bran cuando lo alcanzó. Fuera de la roca, una desafortunada turba de frustrada rabia se elevó entre los furiosos *milgwn*, a los que les estaba prohibida la entrada. El poder de su amo, Will ahora lo sabía, era un poder sobre las rocas, las montañas y sobre todos los lugares elevados de Gwynedd, pero solo sobre estos. El interior de la roca y de la montaña estaba fuera de su alcance.

Continuó hacia delante. Al fondo, la rocosa grieta se ensanchaba un poco. La luz era tenue. Las cosas no parecían tener forma, como en un sueño. Fuera, los zorros gruñían y aullaban. Poco después, delante de Will ya no había nada más que pura roca gris, una formidable pared lisa donde finalizaba la grieta. Will miró fijamente la roca. El entusiasmo por el descubrimiento y un alivio tan intenso como la alegría invadieron su mente. Cafall estaba a su lado, erguido y orgulloso como un brioso corcel. Will reposó una mano sobre su cabeza. Elevó el otro brazo, estiró los dedos en un gesto de dominio y pronunció tres palabras en la Antigua Lengua.

Delante de él, la roca se abrió como una gran puerta, con una débil melodía, muy débil, de delicada música profundamente familiar y aun así extraña, que desapareció tan pronto como la oyeron. Will caminó hacia delante y traspasó las puertas rocosas con Cafall que correteaba con seguridad a su lado, la cabeza alta y meneando la cola. Y Bran, vacilante, los siguió.

El cerro de las Aves

No había forma de saber si estaban en las profundidades del Craig yr Aderyn o si habían entrado a través de las rocosas puertas grises a otro tiempo y lugar. A Will no le importaba. En aquel primer comienzo real de su búsqueda como Ancestral, la alegría pulsaba en sus venas. Se volvió para mirar hacia atrás y comprobó, sin sorpresa, que las puertas que acababan de cruzar ya no estaban allí. La pared rocosa al final de la cámara donde ahora se encontraban era lisa y sin grietas y, sobre ella, en lo alto, colgaba un escudo redondo de oro que brillaba sordamente como reflejo de la luz que provenía de algún lugar profundo de la estancia.

Will miró hacia atrás para examinar a Bran. El gales parecía turbado con su pálido rostro extrañamente vulnerable sin sus gafas protectoras. Pero Will no pudo captar expresión alguna en sus ojos felinos. Experimentó de nuevo una intensa curiosidad por aquel extraño chico sin rastro de color en él, nacido en aquel valle bajo el poder de las Tinieblas... mortal, y aun así, también una criatura ya conocida por los Ancestrales siglos atrás. ¿Cómo era posible que él, Will, un Ancestral, pudiera percibir tan poco de la naturaleza de Bran?

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, estoy bien —respondió Bran. Miraba las paredes, más allá de Will—. *Duw* —añadió con suavidad—. Increíble. Mira eso.

Era una estancia larga y vacía. En las paredes colgaban cuatro tapices, dos a cada lado, de exuberantes colores, tan brillantes que parecían relucir en la penumbra como el escudo de oro. Will parpadeó al reconocer las imágenes bordadas, de colores intensos como los de las vidrieras: un unicornio de plata, un campo de rosas rojas, un reluciente sol dorado...

La luz de la estancia parecía, ahora se percataba de ello, provenir de una sola llama. En un soporte de hierro que sobresalía de una de las paredes de piedra cerca del final de la estancia, se encontraba una imponente y solitaria vela. Tenía varios pies de altura y quemaba con una firme llama blanca de un brillo intenso. La larga sombra de la vela se proyectaba contra la pared y el suelo, estática, sin parpadeos. Su estatismo, se percató Will, era el estatismo de la Gran Magia, un poder más allá de la Luz y las Tinieblas o cualquier otra lealtad... la fuerza más intensa y remota del universo, con la que pronto tendrían que enfrentarse Will y Bran en aquel lugar.

—Sigamos —propuso Will en voz baja.

El frío morro del perro acarició su mano. Luego Cafall dio media vuelta y correteó hacia su amo, meneando la cola. Bran pasó sus dedos por el pelo de la cabeza del perro en una rápida y profunda caricia, y Will supo que, a pesar de la apariencia de calma, en su mente se dibujaba una inseguridad que rayaba el pánico, un pánico que Cafall había sentido y trataba de amortiguar. Will sintió una

instantánea simpatía por Bran, pero no había tiempo para explicaciones.

Sabía que tenía que confiar en su instinto que le decía que, cuando llegara el momento, la extraña lejanía, siempre presente en Bran, demostraría ser la fuente de una gran fuerza.

—Por aquí —señaló en voz alta, sin volverse. Avanzó con paso firme atravesando la larga y alta cámara. Bran le siguió, con Cafall tras él. Will oía los pasos que resonaban tras los suyos sobre el suelo de piedra. Llegó a la altura de la alta vela de la pared. El soporte de hierro estaba encajado en la piedra a un metro y medio del suelo. Los suaves costados de la vela se alzaban sobre sus cabezas, de modo que la llama blanca los iluminaba como una brillante luna llena. Will hizo una pausa.

—Primero la luna —anunció—. Luego las estrellas y, si todo sale bien, un cometa. Después, el polvo de estrellas. Y al final, el sol.

—¿Qué? —preguntó Bran.

Will le miró sin verle. Sus ojos miraban hacia dentro, a su propia mente y sus recuerdos, no a Bran. Allí, en aquel lugar, era un Ancestral, responsable de los asuntos de la Luz; nada más tenía importancia.

—Es el orden de las cosas, por el cual la Gran Magia será conocida. De esa manera nadie puede acercarse si no es por derecho de nacimiento —trató de explicar Will.

—Todavía no sé de qué estás hablando —respondió Bran. Agitó la cabeza en una rápida y nerviosa disculpa—. Lo siento, no quería sonar...

—No importa —cortó Will—. Solo sígueme. Ya lo verás. Las pisadas resonaron de nuevo y por fin se encontraron al final de la larga estancia donde no había nada ante ellos, a excepción de un profundo agujero en el suelo. Bran clavó su mirada en él, dubitativo.

—Haz lo que yo haga —ordenó Will. Se sentó en el borde de la abrupta apertura rectangular del suelo y, en pocos segundos, pudo ver una escalera que conducía hacia abajo, formando un ángulo muy inclinado. Con cuidado, se agachó y descubrió que la escalera era estrecha y oscura. Era como bajar a un pozo. Cuando tendió los brazos hacia las paredes, las dos manos tocaron la roca a la vez. La roca del techo también estaba muy cerca de su cabeza. Bajó lentamente. Poco después oyó los cuidadosos pasos de Bran que le seguían y los suaves arañazos de las pezuñas de Cafall. Durante un tiempo, la luz que, procedente de la cámara superior, llegaba hasta ellos proyectaba ondulantes sombras contra las cercanas paredes. Pero, pronto, incluso aquella se desvaneció y no hubo más luz en aquel túnel de escaleras. A los lados, los dedos de Will encontraron dos suaves surcos labrados para formar una especie de barandilla, un sólido asidero para las manos de alguien que descendiera.

—Bran, si pones las manos en... —dijo Will en voz baja, lo que provocó un extraño eco.

—Ya las he encontrado —se adelantó Bran—. Como barandillas, ¿no? Alguien tuvo una brillante idea. —El tono era sereno, pero tras él se percibía la tensión.

Sus voces retumbaban suavemente en la escalera, como amortiguadas por una niebla.

—Ten cuidado. Puede que tenga que parar de golpe —le advirtió Will.

Se esforzaba por oír la voz de su instinto. Imágenes e impresiones danzaban dentro y fuera de su mente al azar. Algo le estaba llamando; algo cercano, cercano...

Alargó una mano, justo a tiempo para evitar golpearse contra una pared lisa de piedra. No había más escaleras, solo un callejón sin salida.

—¿Qué pasa? —preguntó Bran detrás.

—Espera un momento. —Una orden estaba tomando forma en la mente de Will, como un eco venido de otro mundo. Erguido sobre sus pies firmes en el último escalón, colocó las palmas de las manos contra la tosca e invisible superficie rocosa que les barraba el paso, y empujó. En ese mismo instante pronunció las palabras en la Antigua Lengua que le vinieron a la mente.

Y la roca retrocedió, en silencio, como lo habían hecho las grandes puertas cuando se abrieron sin ruido en el cerro de las Aves, aunque esta vez no oyeron música alguna. Con Bran y Cafall sobre sus talones, Will dio un paso al frente hacia un débil haz de luz, que lo cogió tan desprevenido que se quedó inmóvil y observó.

Ya no estaban donde habían estado. Estaban en algún otro sitio, en algún otro tiempo, en el techo del mundo. La noche y el cielo abierto los envolvían como un enorme cuenco negro dado la vuelta, y en él brillaban las estrellas, millares y millares de titilantes partículas de fuego. Will oyó que Bran contenía la respiración. Se quedaron allí de pie, mirando el cielo. Las estrellas centelleaban a su alrededor. No se percibía sonido alguno en toda aquella inmensidad. Will sintió una oleada de vértigo. Era como si estuvieran en el límite del universo, y si caían, caerían fuera del Tiempo... Mientras miraba a su alrededor, fue reconociendo gradualmente la extraña inversión de la realidad en la que estaban atrapados. Bran y él no se encontraban en una oscura noche intemporal observando las estrellas del cielo. Era al revés: estaban siendo observados. Cada brillante punto en aquel enorme hemisferio sin fin de estrellas y soles estaba dirigido hacia ellos; los contemplaban, evaluaban y juzgaban. Porque, al seguir la búsqueda del arpa de oro, Bran y él habían desafiado el poder sin límites de la Gran Magia del universo. Debían permanecer indefensos ante ella, en su camino, y se les permitiría pasar solo si tenían derecho de nacimiento. Bajo aquella inmisericorde luz de la infinidad, cualquier opositor ilegítimo sería barrido hacia la nada con la misma facilidad con la que un hombre podría eliminar una hormiga de su manga.

Will se quedó quieto y esperó. No podía hacer nada más. Buscó amigos en el cielo. Encontró al Águila y al Toro; la roja Aldebarán brillaba y las Pléyades

refulgían. Vio a Orion esgrimir su garrote en alto, alentador, con Betelgeuse y Rigel centelleando en su hombro y en el dedo del pie. Vio al Cisne y al Águila volar el uno hacia el otro a través de la Vía Láctea. Vio el difuminado indicio de la distante Andrómeda, y a los vecinos de la Tierra, Tau, Cetus y Procyon, y a Sirius, la estrella can. Con anhelante esperanza, Will los miró fijamente; los saludó, esperanzado, porque durante el tiempo que estuvo aprendiendo las artes de un Ancestral, había volado entre ellos.

El cielo giró como una rueda y las estrellas se desplazaron y cambiaron. Centauro galopaba a la cabeza y la doble estrella azul Acrux portaba la Cruz del Sur. La Hydra serpenteaba con desidia sobre los cielos. El León desfilaba, y la gran Nave Argo navegaba su pausado y eterno camino. Y por fin un brillante punto de luz, con una larga cola curvada, se hizo visible brillando sobre la mitad del cuenco vuelto del cielo, haciéndose paso en un progreso continuo. Will supo que Bran y él habían llegado a su última prueba.

Apretó el brazo de Bran brevemente y vio un destello de luz que se reflejaba a medida que volvía la blanca cabeza.

—¡Es un cometa! —susurró Bran.

—Espera. Hay más, si todo está bien —contestó Will en otro susurro.

La larga y centelleante cola del cometa iba desapareciendo gradualmente de la vista, bajo el horizonte de aquel mundo y tiempo indefinidos. Todavía en el oscuro hemisferio, las estrellas brillaban y giraban lentamente. Bajo ellas, Will se sentía tan infinitesimalmente pequeño que parecía imposible que pudiera existir. La inmensidad hizo mella en él, aterrándole, amenazándole... y entonces, en un rápido movimiento, como en una danza, como el destello de un pez volador, llegó un latigazo de fulgor desde el cielo que provino de una estrella fugaz. Luego otra, y otra, aquí, allí, a su alrededor. Oyó que Bran emitía un pequeño gorjeo de gozo; una chispa prendió en la misma repentina y brillante alegría que embargaba su propio ser. «Piensa un deseo — oyó una apagada voz en su cabeza proveniente de algún día ya lejano de su infancia —, pide un deseo». El grito de un placer y una fe tan antiguas como los propios hombres.

—Pide un deseo —le susurró Bran al oído.

A su alrededor, los meteoritos aparecían brevemente y desaparecían a medida que las minúsculas motas de polvo de estrellas, tras el largo viaje en su nube, intentaban penetrar la aureola de la tierra, ardían por completo y se desvanecían.

«Deseo —decía Will con fuerza en su mente—, deseo... deseo...».

Y el brillante cielo iluminado de estrellas desapareció en un fogonazo de tiempo que no pudieron atrapar. La obscuridad los envolvió tan rápido que parpadearon incrédulos en su espesa nada. Estaban de vuelta en la escalera bajo el cerro de las Aves, con los escalones de piedra bajo sus pies y una curvada barandilla de piedra,

suave al contacto de sus manos. Cuando Will alargó una mano para tantear ante él, no encontró la pared lisa de piedra que antes les barrara el paso, sino un espacio abierto.

Despacio, vacilante, continuó bajando por la oscura escalera, y Bran y Cafall le siguieron.

Poco a poco, una débil luz comenzó a filtrarse desde abajo. Will distinguió una luz tenue en las paredes que los circundaban; luego, la forma de los peldaños bajos sus pies. Más tarde, tras un recodo de la larga escalera, el brillante círculo que anunciaba su final. El destello de luz se hizo más intenso, el círculo se amplió. Will sintió que sus pasos se hacían más rápidos y urgentes, y se burló de él mismo, pero no pudo evitarlo.

En aquel momento, su instinto le recomendó precaución y en los últimos peldaños de la escalera, antes de la luz, se detuvo. Will estuvo atento en un intento por localizar la fuente de alarma. Vio, sin verlo propiamente, que los escalones sobre los que se encontraba habían sido esculpidos en la roca con mucho cuidado y simetría. Formaban ángulos perfectos, suaves como el cristal. Los detalles eran tan nítidos como si la roca hubiera sido tallada el día anterior. Aun así, había una profunda depresión en el centro de cada escalón que solo podía haberse formado tras siglos de uso. Luego ya no sintió nada más; la conciencia le había llamado desde el más profundo rincón de su mente y le había indicado lo que tenía que hacer.

Con sumo cuidado, Will se remangó hasta el codo la manga izquierda de su jersey y dejó el antebrazo desnudo. En el reverso del brazo lucía una lívida cicatriz que una vez había ardidido accidentalmente como una marca: la señal de la Luz, un círculo cuarteado por una cruz. Con un gesto deliberadamente lento, medio a la defensiva, medio desafiante, izó su herida cicatrizada ante el rostro, como si quisiera proteger sus ojos de la brillante luz o protegerse de un esperado golpe. Bajó los últimos peldaños de la escalera y se dirigió hacia la luz. Cuando llegó al suelo, experimentó la sensación más intensa que nunca hubiera conocido: una llamarada de un blanco destello lo cegó y desapareció. Un breve y terrible trueno aturdió sus oídos y se desvaneció. Una fuerza parecida a la onda expansiva de una gran explosión traspasó su cuerpo brevemente y se disipó. Will se quedó quieto, respirando con rapidez. Sabía que aquella singular protección los había conducido a través de la última puerta de la Gran Magia: una barrera viviente que hubiera consumido a cualquier intruso ilegítimo en una llamarada de energía tan inimaginable como el holocausto del Sol. Observó la estancia en la que se encontraba, y por un instante de ilusión, creyó haber visto el mismo Sol.

Era una inmensa habitación cavernosa, de techo alto, iluminada por unas llameantes antorchas colocadas dentro de soportes en las paredes de piedra, difuminadas por el humo. El humo provenía de las antorchas. En el centro, en el suelo, ardía un gran fuego, solo, sin una chimenea o un hogar que lo albergara. No

desprendía humo alguno, pero ardía con una luz blanca de tal brillantez que a Will le fue imposible mirarlo directamente. Tampoco emitía un calor intenso, pero el aire estaba impregnado de una aromática fragancia de madera quemada y se percibía el crepitante y chasqueante sonido de un fuego.

Will continuó hacia delante, sobrepasó el fuego e invitó a Bran a que lo siguiera. Se detuvo bruscamente cuando vio lo que los esperaba enfrente de ellos.

En la penumbra, al final de la estancia, se encontraban tres figuras sentadas en tres grandes tronos, que parecían labrados en la suave pizarra galesa gris azulada. No se movían. Parecían hombres, vestidos con largas capas con capucha de diferentes tonos azulados. Una de las capas era oscura; otra, clara, y la que se encontraba en medio de las anteriores poseía el cambiante color turquesa del mar en verano. Entre los tres tronos se encontraban dos cofres de madera de intrincadas inscripciones. Al principio, parecía no haber nada más en la enorme habitación, pero, tras unos instantes, Will percibió movimiento en las profundas sombras más allá del fuego, en la oscuridad que envolvía a los tres caballeros iluminados. Eran como unas figuras brillantes en un lienzo oscuro, iluminadas para atraer la vista. Más allá, en la oscuridad, otros seres de naturaleza insospechada estaban al acecho.

No pudo percibir nada de la naturaleza de las tres figuras, a excepción de que poseían un gran poder. Tampoco pudieron sus sentidos de Ancestral penetrar en la envolvente oscuridad. Era como si una barrera invisible se erigiera a su alrededor, a través de la cual no penetraría ningún hechizo.

Will estaba a pocos pasos de los tronos y elevó la vista. Los rostros de los caballeros de los tronos estaban ocultos tras las sombras de sus capuchas. Por un momento, reinó el silencio, solo roto por el suave crepitar del fuego que ardía. Entonces, desde las sombras, una voz grave dijo:

—Te saludamos, Will Stanton. Y te nombramos por la señal. Will Stanton, Buscador de los Signos.

—Saludos —contestó Will con la voz más fuerte y clara que pudo emitir. Se bajó la manga sobre el brazo de la cicatriz—. Mis señores —continuó—, es el día de los Muertos.

—Sí —confirmó la figura de la capa azul claro. Su rostro parecía enjuto tras las sombras de su capucha, los ojos le brillaban y su voz era clara, sibilante, siseante—. Sssí... —El eco susurraba, como serpientes saliendo de la oscuridad, como si cientos de otras pequeñas voces siseantes provinieran de formas sin nombre detrás de él. Will sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Tras él, oyó que Bran emitía un amortiguado e involuntario gemido y supo que el horror debía de estar arrastrándose como una blanca neblina por su mente. La fuerza de Will como Ancestral se rebeló.

—¿Mi señor? —intervino con un breve y frío reproche.

El terror desapareció como una nube barrida por el viento, y el caballero de la

capa azul claro rió suavemente. Will frunció el ceño en su dirección, sin moverse. Un joven del montón, con vaqueros y jersey, quien, sin embargo, se sabía poseedor de un poder suficiente como para enfrentarse con aquellos tres seres.

—Es el día de los Muertos —prosiguió con confianza—, el más joven ha abierto las más antiguas montañas a través de la puerta de las aves. Y se le ha dejado pasar a través del ojo de la Gran Magia. He venido por el arpa de oro, mis señores.

—Y el cuervo está contigo —puntualizó la segunda figura, vestida con la capa de color azul del mar.

—Sí.

Will se volvió hacia Bran, que permanecía dubitativo cerca del fuego, y le hizo señas para que se acercara a él. Bran se acercó poco a poco, vacilante, como si nadara contra corriente, y se quedó a su lado. La luz de las antorchas de las paredes se reflejaba en su níveo cabello.

El caballero de la capa azul turquesa se inclinó hacia delante en su trono. Atisbaron un afilado y enérgico rostro y una puntiaguda barba gris.

—¿Cafall? —preguntó, sorprendido.

Al lado de Bran, el perro blanco se estremeció. No dio ningún paso al frente, como si obedeciera una orden interior que le decía cuál era su lugar, pero meneó la cola con frenesí de un lado al otro, como nunca lo había hecho a excepción de cuando estaba con Bran. Emitió un suave y apagado gemido.

—Le habéis puesto el nombre adecuado, sin duda.—Unos dientes blancos relucieron en el rostro encapuchado.

—¡Es mi perro! —exclamó Bran celoso, con una súbita y feroz ansiedad—. Mi señor —añadió, compungido.

Will sintió su alarma ante su temeridad. Pero la risa que provino desde las sombras era amable.

—No tienes nada que temer, muchacho. La Gran Magia jamás apartará a tu perro de ti. Y, por supuesto, tampoco lo hará el Ancestral. Las Tinieblas podrían intentarlo, pero no lo conseguirán.—Se inclinó hacia delante, sin previo aviso y, por un instante, el enérgico rostro con barba fue visible. La voz se hizo más suave y se podía apreciar una hiriente tristeza en ella. —Solo las criaturas de la Tierra arrebatan lo de los demás, muchacho. Todas las criaturas, pero los hombres en especial. Arrebatan la vida, la libertad y todo aquello que otro hombre pueda poseer, a veces por avaricia, otras por estupidez, pero siempre por provecho propio. Cuídate de tu propia raza, Bran Davies..., ellos son los únicos que al final podrían hacerte daño.

El pánico abandonó a Will cuando sintió la profunda tristeza en la voz, porque había una compasión en ella dirigida únicamente a Bran, como si el gales viviera en el límite de un antiguo pesar. Tuvo una fugaz sensación de que existía una misteriosa afinidad entre ellos y sabía que el caballero de la capa azul turquesa intentaba dar a

Bran fuerza y apoyo sin ser capaz de explicar por qué. La figura encapuchada volvió a su posición original y el sentimiento desapareció.

—Sin embargo —intervino Will con voz ronca—, mi señor, los derechos de esa raza siempre han sido asunto de la Luz. Y en defensa de ellos reclamo el arpa de oro.

El caballero de voz suave, vestido con la capa más clara, que había hablado primero, se levantó de inmediato. Sus vestiduras se arremolinaron en torno a él como una neblina azul. Unos ojos brillaron en el pálido y enjuto rostro que centelleaba tras la capucha.

—Has de responder los tres acertijos tal como la ley exige, Ancestral, tú y tu ayudante, el Cuervo Blanco, y solo entonces el arpa será tuya. Pero si respondéis incorrectamente, las puertas de la roca se cerrarán, quedaréis indefensos dentro de la fría montaña y la Luz perderá el arpa para siempre.

—Responderemos —replicó Will.

—Tú, muchacho, serás el primero. —La niebla azul se arremolinó de nuevo. Un huesudo dedo apuntó hacia Bran y la capucha entre las sombras se volvió hacia él. Will también lo hizo, angustiado; casi había esperado aquello.

—¿Yo? Pero... pero yo... —murmuró Bran casi sin aliento.

Will alargó la mano y le tocó el brazo.

—Inténtalo. Solo inténtalo. Estamos aquí solo para intentarlo. Si la respuesta está dormida en ti, despertará. Si no es así, no te preocupes. Pero inténtalo —le animó Will con suavidad.

Bran le miró fijamente, sin sonreír, y Will vio que su garganta se movía cuando tragó saliva. La blanca cabeza se volvió de nuevo.

—De acuerdo.

—¿Quiénes son los Tres Ancianos del mundo? —pronunció la sibilante voz.

Will sintió que la mente de Bran se dejaba llevar por el pánico mientras trataba de encontrar un sentido a aquellas palabras. No había forma de poder ayudarle. En aquel lugar, la ley de la Gran Magia prohibía a un Ancestral enviar la más mínima imagen o pensamiento a otra mente. A Will solo se le permitía escuchar. Así que, tenso, sintió el torbellino de los pensamientos de su amigo mientras estos giraban desesperadamente, buscando un orden.

Bran luchaba.

Los Tres Ancianos... De alguna forma lo sabía... Era extraño y a la vez familiar, como si lo hubiera visto o leído...

Las tres criaturas más antiguas, las tres cosas más antiguas... Lo había leído en el colegio y lo había leído en gales... Las tres cosas más antiguas... Extrajo las gafas del bolsillo de la camisa, como si jugar con ellas pudiera aclarar su mente y vio, devolviéndole la mirada, el reflejo de sus propios ojos. Ojos extraños..., ojos espeluznantes, como los llamaban en el colegio. En el colegio. En el colegio... Ojos

redondos, extraños y felinos, como los de una lechuza. Volvió a meter las gafas en el bolsillo mientras su mente buscaba a tientas un eco. A su lado, Cafall meneó ligeramente la cabeza hasta que esta topó con la mano de Bran. El pelo rozó sus dedos suavemente, muy suavemente, como la caricia de unas plumas.

«Plumas. Plumas. Plumas...».

Lo tenía.

Will, a su lado, sintió, haciéndose eco en su mente, la invasión de alivio y luchó por contener su gozo.

Bran se irguió y aclaró su garganta.

—Los Tres Ancianos del mundo —anunció— son la Lechuza de Cwm Cawlwyd, el Águila de Gwernabwy y el Mirlo de Celli Gadarn.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —le animó Will en voz baja.

—Correcto —asintió la fina voz sobre ellos, sin rastro de emoción. Como una estrella matutina, la capa azul claro se arremolinó ante ellos y la figura se hundió de nuevo en su trono.

Del trono central se elevó el caballero de la capa azul turquesa. Dio un paso al frente y miró a Will. Tras su barba gris, el rostro parecía extrañamente joven, aunque tenía la piel cuarteada y morena, como la de un pescador curtido largamente por el mar.

—Will Stanton —proclamó—, ¿quiénes fueron los tres hombres generosos de la isla de Gran Bretaña?

Will se lo quedó mirando. El acertijo no era imposible, sabía que la respuesta se escondía en algún lugar de su mente, almacenada en el Libro de Gramarye, el libro mágico de los hechizos de la Luz que había sido destruido tan pronto como a él, el último de los Ancestrales, se le había enseñado su contenido. Will puso su mente a trabajar, buscó. Pero, al mismo tiempo, un acertijo más profundo le preocupaba. ¿Quién era aquel caballero de la capa azul turquesa que sentía tanto interés por Bran? Conocía a Cafall... Sin duda era un caballero de la Gran Magia y, aun así, había algo en él..., algo...

Will dejó las conjeturas a un lado. La respuesta al acertijo había emergido a la superficie de su memoria.

—Los tres hombres generosos de la isla de Gran Bretaña: Nudd el Generoso, hijo de Senllyt. Mordaf el Generoso, hijo de Serwan. Rhydderch el Generoso, hijo de Tydwal Tudglyd. Y el propio Arturo fue más generoso que los tres juntos —respondió Will con claridad.

De forma deliberada, en la última línea, su voz resonó con el eco por la sala como una campana.

—Correcto —contestó el caballero de la barba puntiaguda. Miró fijamente a Will y pareció estar a punto de añadir algo más, pero, en lugar de eso, simplemente asintió

con la cabeza lentamente. Se ciñó la capa en una ola azul y volvió a su trono.

La sala parecía haber oscurecido, invadida por danzantes sombras que provenían de la titilante luz del fuego. Un repentino destello y crepitar provino de detrás de los chicos, cuando uno de los troncos rodó y las llamas se elevaron. De forma instintiva, Will miró atrás. Cuando volvió la vista al frente, la tercera figura, que hasta aquel momento no había dicho nada ni había hecho movimiento alguno, estaba de pie y en silencio ante su trono. Su capa era de un azul profundo, la más oscura de las tres, y su capucha estaba tan echada hacia delante que no se distinguía rastro alguno de su rostro, solo una sombra.

Su voz era grave y resonante, como la de un violoncelo, y llevó la música a la sala.

—Will Stanton —anunció—, ¿qué es lo que se halla en la orilla que teme al mar?

Will avanzó instintivamente y apretó los puños, porque aquella voz le había golpeado en lo más profundo de su ser. Sin duda, sin duda..., pero el rostro se ocultaba tras la capucha y le negaba cualquier forma de reconocimiento. Intentó que alguno de sus sentidos alcanzara los grandes troncos, pero se encontró con una muralla lisa que le apartaba de la Gran Magia. Una vez más, Will se dio por vencido y centró su atención en desentrañar el último acertijo.

—Qué se halla en la orilla que teme al mar... —murmuró lentamente.

Las imágenes atravesaron su mente: enormes olas que rompían contra las rocas de la costa... La luz verde del océano, el reino de Tetis, donde vivían criaturas extrañas... Después, un mar apacible que bañaba con lentas olas una interminable playa dorada. La orilla..., la playa..., la playa...

La imagen se onduló y cambió. Se disolvió en un bosque verde salpicado de árboles nudosos y ancianos, de troncos suaves y anchos de una peculiar corteza gris clara. Las hojas danzaban en las copas, nuevas, suaves, brillantes de un delicado verde que condensaba la primavera. Los estertores del triunfo comenzaron a susurrar en la mente de Will.

—La orilla —musitó—. La playa que el mar baña. Y ¿qué hay en la playa que teme al mar? Una madera de textura fina y delicada, que puedes encontrar en el mango de un cincel, en las patas de una silla, en el palo de una escoba o en el relleno de una silla de montar. Y me atrevería a decir que esos dos cofres entre vuestros troncos están hechos de ella. Los únicos lugares donde no debe usarse son bajo el cielo abierto y en el mar, porque esta madera pierde su virtud si se moja con el agua. La respuesta a vuestro acertijo, mi señor, es la madera del haya.

Las llamas del fuego se elevaron a su espalda y, de repente, la sala se iluminó. El gozo y el alivio parecían inundar el aire. Los dos primeros caballeros de la capa azul se levantaron de sus troncos para unirse al tercero, como tres torres que se cernieran encapuchadas sobre los chicos. El tercer caballero retiró hacia atrás la capucha de su

capa azul oscuro para revelar un rostro fiero de nariz aguileña, ojos hundidos y una melena de enmarañado cabello canoso. La gran barrera de la Gran Magia contra el reconocimiento se derrumbó.

—¡Merriman! —gritó Will lleno de gozo.

Saltó hacia delante en dirección a la alta figura, como un niño pequeño se encaminaría hacia su padre, y estrechó las manos que le tendía. Merriman le miró sonriendo mientras Will reía con júbilo.

—Lo sabía —reveló—. Lo sabía. Y aun así...

—Felicidades, Ancestral —respondió Merriman—. Ahora ya eres miembro de pleno derecho del Círculo. Si hubieras fallado en esta parte de la búsqueda, todo se hubiese perdido. —Las frías y duras líneas de su rostro se suavizaron por el afecto; sus oscuros ojos brillaron como negras antorchas. Se volvió hacia Bran y le cogió por los hombros. Bran le miró, pálido y sin expresión alguna.

—Y el Cuervo —añadió la voz grave, con delicadeza—. Nos hemos vuelto a encontrar. Has llevado a cabo tu parte con éxito, como se sabía que lo harías. Manten con orgullo la cabeza bien alta, Bran Davies. Eres el portador de una gran herencia. Se te ha pedido mucho, y aún se te pedirá más. Mucho más.

Bran miró a Merriman con sus felinos ojos, sin pestañear, y no dijo nada. Al sentir el estado de ánimo del galés, Will experimentó un incómodo y desconcertante placer.

Merriman dio un paso atrás.

—Tres Caballeros de la Gran Magia han custodiado durante siglos el arpa de oro. No hay nombres en este lugar, ni aliados en esta empresa. Aquí, como en otros lugares que todavía no conocéis, todo está condicionado por la Ley, la Gran Ley. No tiene importancia alguna que yo sea un Caballero de la Luz o que mi colega de allí sea un Caballero de las Tinieblas. —Efectuó una ligera e irónica reverencia hacia la alta figura que portaba la capa azul claro. Will contuvo la respiración en repentina comprensión y buscó con la mirada el enjuto rostro oculto tras la capucha. Pero lo mantenía apartado de él, miraba hacia las sombras de la sala.

La figura central de la capa azul turquesa dio un paso adelante. Le rodeaba un halo de solemne y silenciosa autoridad, como si estuviera seguro, sin pompa, de saberse el amo y señor de aquella sala. Retiró la capucha hacia atrás y pudieron observar la abrumadora fuerza y bondad del rostro de barba cerrada. A pesar de que su barba era gris, su cabello era castaño ligeramente veteado de gris. Parecía un hombre de mediana edad, en plena posesión de sus fuerzas, pero con una gran sabiduría.

«Pero —pensó Will— no es un hombre...».

Merriman inclinó la cabeza con respeto, haciéndose a un lado.

—Señor-musitó.

Will observó y empezó a entender todo aquello.

Al lado de Bran, Cafall emitió el mismo apagado sonido de devoción que había emitido con anterioridad. Unos ojos de un azul claro fijaron su mirada en Bran.

—Que la fortuna te proteja en mi tierra, hijo mío —dijo el caballero suavemente. Mientras Bran lo miraba perplejo, el caballero se puso en pie y elevó la voz—: Will Stanton —pronunció—. Dos cofres se erigen entre nuestros tronos. Debes abrir el cofre de mi derecha y extraer lo que encuentres dentro. El otro permanecerá sellado, en caso de necesidad, hasta otro tiempo que espero no haya de llegar. Ahora.

Se volvió y se lo señaló con el dedo. Will se dirigió hacia el gran cofre con inscripciones, giró su ornamentado cierre de hierro forjado y tiró de la parte superior. Era tan ancho y la tapa de madera con inscripciones tan pesada, que tuvo que arrodillarse y empujar hacia arriba con todas sus fuerzas, pero rechazó con un gesto de la cabeza la ayuda que Bran pretendía prestarle.

Poco a poco, la enorme tapa cedió y se abrió del todo. Por un instante se oyó una delicada música suspendida en el aire... Will buscó dentro del cofre y, cuando se enderezó de nuevo, llevaba en las manos una pequeña y reluciente arpa de oro.

La lánguida melodía de la sala murió, dando paso al débil y creciente fragor de un trueno distante. Poco a poco se fue acercando, cada vez más fuerte. El caballero de la capa azul celeste, con el rostro aún oculto tras su capucha, se separó de ellos. Asíó sus vestiduras y las ciñó contra su cuerpo con una largo barrido del brazo.

El fuego siseó y se apagó. El humo inundó la sala, oscuro y penetrante. El trueno estalló y rugió alrededor. El caballero de la capa azul celeste emitió un alarido de rabia y desapareció.

Ojos que ven el viento

Se quedaron en silencio en medio de la tenue oscuridad. En algún lugar, más allá del cerro, el trueno todavía retumbaba y rugía. Las antorchas ardían con parpadeos humeantes en las paredes.

—Era el... el... —murmuró Bran con voz ronca.

—No —contestó Merriman—, no es el Rey Gris. Pero es uno de sus más allegados y ahora ha vuelto a él. Su rabia crecerá porque estará matizada por el miedo, miedo de lo que la Luz pueda alcanzar con este nuevo Objeto de Poder. —Miró a Will con su enjuto rostro, tenso por la preocupación—. La primera parte peligrosa de la búsqueda está completada, Ancestral, pero aún habrá de llegar un peligro mayor.

—Los Durmientes han de ser despertados —contestó Will.

—Exacto. Y aunque todavía no sabemos dónde yacen y no lo sabremos hasta que los encuentres, es casi seguro que están terrible y peligrosamente cerca del Rey Gris. Desde hace tiempo hemos sabido que tenía que haber una razón para el frío y férreo abrazo a esta tierra, aunque nunca entendimos por qué. Ha sido siempre un valle tranquilo y hermoso. Y eligió erigir su reino aquí en vez de en algún lugar desolado y remoto, semejante al que muchos de su estirpe eligieron para ellos. Ahora está claro que solo puede haber una razón para ello: estar cerca del lugar donde descansan los Durmientes y mantener su descanso bajo su poder. Igual que esta gran roca, el Craig yr Aderyn, todavía lo está...

—El hechizo de protección —informó Will con su redondo rostro grave—, por el cual hemos llegado aquí intactos, ya ha expirado. Y solo se puede realizar una vez. —Miró arrepentido a Bran—. Quizá nos encontremos con una bonita recepción ahí afuera, cuando dejemos este lugar.

—No te preocupes, Ancestral. Llevas una nueva protección contigo.

Las palabras llegaron graves y suaves desde la parte superior de la sala. Al volverse, Will observó que el caballero de la capa azul turquesa estaba sentado en el trono de nuevo, entre las sombras. A medida que hablaba parecía que la luz comenzaba a inundar gradualmente la sala. Las antorchas ardían más alto y, gracias a su brillo, Will se percató de que entre ellas colgaban largas espadas en la piedra.

—La música del arpa de oro —prosiguió el caballero de la capa azul— posee el poder de no poder ser destruida ni por las Tinieblas ni por la Luz. Participa de la Gran Magia y, mientras el arpa suene, aquellos bajo su protección estarán a salvo de cualquier daño o maleficio. Toca el arpa de oro, Ancestral. Su música te protegerá.

—Podría tocarla mediante un hechizo —sugirió Will—, pero creo que sería mejor que fuera tocada por el arte de unos dedos hábiles. No sé tocar el arpa, mi señor. —Hizo una pausa—. Pero Bran sí.

Bran miró el instrumento que Will le tendía.

—Pero nunca he tocado una como esta —objetó.

Recibió el arpa de las manos de Will. Su forma era ligera, pero ornamentada, trabajada de tal manera que una vid dorada con hojas y flores doradas parecían dar la vuelta por dentro y por fuera de las cuerdas. Incluso las mismas cuerdas semejaban hechas de oro.

—Toca, Bran —pidió el caballero de barba con suavidad.

Bran apoyó el arpa con experiencia contra el codo de su brazo izquierdo y acarició las cuerdas suavemente con los dedos. Los sonidos que salieron fueron de tal dulzura que Will, a su lado, se quedó sin aliento por un instante a causa de la sorpresa. Nunca había oído unas notas tan delicadas ni tan resonantes; engarzadas, llenaron la sala de una melodía semejante a los delicados trinos del verano. Atento, fascinado, Bran comenzó a extraer las lastimeras notas de una vieja canción de cuna galesa, creándola poco a poco, completándola a medida que iba ganando confianza en la respuesta de las cuerdas bajo su mano. Will observaba la absorta devoción del músico en su rostro. Miró por un instante hacia el caballero del trono y a Merriman; supo que ellos también se encontraban en un momento de raptó, transportados fuera del tiempo por una música que no era terrenal, que fluía como la Gran Magia en un hechizo musical.

Cafall no emitió sonido alguno; se limitó a apoyar su cabeza contra la rodilla de Bran.

—Id ahora, Ancestral —conminó Merriman con su suave voz sobre la música.

Sus ojos ojerosos y hundidos se encontraron con los de Will por un instante, en una férrea comunicación de confianza y esperanza. Will miró a su alrededor por última vez, contemplando la alta sala iluminada por antorchas, con la figura vestida con la oscura capa de pie, y el desconocido caballero de la barba sentado inmóvil en su trono. Dio media vuelta y condujo a Bran, quien seguía rasgueando con delicadeza una melodía, hacia la estrecha escalera de piedra que los conduciría a la cámara por donde habían entrado. Cuando comenzó a subir se volvió para alzar un brazo a modo de saludo y luego prosiguió.

Bran esperó en la estancia de piedra superior, tocando, mientras Cafall y Will le alcanzaban. A medida que tocaba comenzaron a tomar forma, en la lisa pared al final de la cámara, debajo del solitario escudo de oro colgado, las dos grandes puertas a través de las cuales habían penetrado en el corazón del cerro de las Aves.

La música del arpa se onduló en una cadenciosa escala superior y, poco a poco, las puertas se fueron cerrando. Más allá, vieron el cielo gris y encapotado entre las escarpadas paredes de la hendidura de la roca. Aunque el fuego ya no ardía en la montaña, un fuerte y estancado olor a quemado flotaba en el aire. A punto de salir, Cafall los superó de un salto, a través de la hendidura, y desapareció.

Aturdido por un súbito temor a perderlo de nuevo, Bran cesó de tocar.

—¡Cafall! ¡Cafall! —gritó—. ¡Mira! —apuntó Will suavemente. Estaba medio vuelto y miraba hacia atrás. Tras ellos, los altos bloques de piedra se unían lentamente en silencio y parecieron fundirse como si no hubieran existido jamás. Solo quedó una erosionada superficie rocosa con la misma apariencia que había tenido durante miles de años. En el aire flotaba una débil y evanescente melodía de delicada música. Pero Bran solo pensaba en Cafall. Tras una breve ojeada a la roca, colocó el arpa bajo su brazo y se lanzó a través de la abertura por la que el perro había desaparecido.

Antes de poder alcanzarla, un remolino de blanco frenesí se abalanzó sobre ellos a través de una nube de finas cedizas, les gruñó, los empujó y golpeó los costados de Bran tan fuerte que casi le hace tirar el arpa. Era Cafall, pero un desbocado, furioso y transformado Cafall que les gruñía y les mostraba los dientes, mientras les conducía hacia las profundidades de la grieta como si fueran sus enemigos. En cuestión de segundos los tuvo pegados y desconcertados contra la pared rocosa y apoyó la barriga contra el suelo, dispuesto a atacar con sus largos dientes al descubierto y emitiendo un frío gruñido.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bran, anonadado, cuando reunió suficiente coraje para hablar—. ¿Cafall? ¿Qué demonios...?

Y no tardaron mucho en averiguarlo porque, de repente, el mundo entero a su alrededor se convirtió en un rugiente frenesí de estruendo y destrucción. Ramas rotas y carbonizadas pasaron volando en un torbellino sobre la cima de la rocosa grieta; caían piedras que rodaban sin control desde la nada, por lo que instintivamente se agacharon y se cubrieron las cabezas. Se tendieron en el suelo y se apretaron en el hueco que quedaba entre la tierra y la roca, con Cafall a su lado. A su alrededor, el viento aullaba y desgarraba el cerro con un sonido como el de un enorme y loco alarido humano, amplificado más allá de lo posible. Era como si todos los vientos de Gales hubieran sido dirigidos en un gran tornado de arrasadora destrucción y estuvieran azotando en un frenesí de frustrada rabia la estrecha abertura en cuyo refugio se agazapaban desesperadamente.

Will se puso a gatas. Tanteó con una mano hasta que tocó el brazo de Bran.

—¡El arpa! —exclamó Will, presa de un presentimiento—. ¡Toca el arpa!

Bran parpadeó, confundido por el ruido sobre su cabeza, hasta que comprendió. Se obligó a enfrentarse contra el temible viento que intentaba penetrar por las paredes rocosas, apretó el arpa de oro contra un costado y rasgó las cuerdas con su trémula mano derecha.

De súbito, el estruendo aminoró. Bran comenzó a tocar y, a medida que las dulces notas fluían como el canto de una alondra, el furioso viento se desvaneció. Fuera, solo quedaba el traqueteo de los cantos rodando aquí y allí, uno a uno, montaña

abajo. Por un instante, un solitario rayo de sol iluminó el arpa de oro. Luego desapareció y el cielo pareció más triste, y el mundo, más gris. Cafall se arrastró hasta sus pies, lamió la mano de Bran y los condujo con docilidad hacia la pendiente exterior, fuera de la estrecha hendidura que los había protegido de la furia del viento. Sintieron que una fina lluvia comenzaba a caer.

Bran dejó que sus dedos vagaran con indolencia pero sin descanso sobre las cuerdas del arpa. No tenía intención alguna de volver a parar. Miró a Will y agitó la cabeza sin decir una palabra, sorprendido, lleno de remordimiento y sorpresa.

Will se agachó y sostuvo el morro de Cafall entre sus manos. Acarició la cabeza del perro suavemente.

—Cafall, Cafall —murmuró maravillado. Por encima del hombro se dirigió a Bran—. El *Gwynt Traed yr Meirw*, ¿es así como se dice? Con toda su inmemorial fuerza, el Rey Gris ha enviado su viento del norte contra nosotros, el viento que sopla alrededor de los pies de los muertos, y con los muertos es con los que estaríamos si no fuera por Cafall, condenados para siempre en un tiempo más allá del mañana. Antes de que hubiéramos visto un simple árbol doblarse nos hubiera atrapado porque provenía desde lo alto y no hay criatura humana que hubiera podido verlo. Pero este cazador tuyo es el perro de los ojos de plata, y un perro así puede ver el viento... Lo vio, supo qué haría y nos condujo adentro, a salvo.

—Si no hubiera parado de tocar, quizá el Brenin Llwyd ni siquiera hubiera podido enviar el viento —comentó Bran con culpabilidad—. La magia del arpa lo hubiera detenido.

—Quizá sí —asintió Will—. Y quizá no. —Acarició la cabeza de Cafall por última vez y se enderezó.

El blanco perro pastor miró a Bran con la lengua colgándole en una mueca semejante a una sonrisa.

—*Rwyt ti'n gi da*. Buen chico —le dijo Bran con adoración, pero sin dejar que sus dedos se detuvieran sobre el arpa.

Comenzaron a descender despacio. Aunque ya estaban cerca del mediodía, el cielo no parecía más despejado, sino gris y lleno de nubes. La lluvia todavía era fina, pero estaba claro que se haría más fuerte y que seguiría durante el resto del día. El valle ahora estaría seguro de cualquier otra amenaza de fuego. La cercana pendiente de la montaña, el cerro de las Aves y el límite del valle estaban ennegrecidos y carbonizados. Algunas espirales de humo todavía se elevaban de entre los restos. Pero las brasas estaban apagadas, las cenizas frías y húmedas, y las verdes tierras de las granjas ya no volverían a estar aquel año en peligro de incendio.

—¿Trajo el arpa la lluvia? —preguntó Bran.

—Creo que sí —contestó Will—. Espero que no traiga nada más. Eso es lo malo de la Gran Magia, como hablar en la Antigua Lengua... Es una protección, pero

también te marca y hace que sea fácil encontrarte.

—Pronto estaremos en el valle.

Pero justo cuando acababa de decirlo, el pie de Bran resbaló sobre la superficie húmeda de la roca y cayó al suelo. Se aferró a un arbusto para evitar seguir rodando cuesta abajo... y dejó caer el arpa. En el instante en que la música se detuvo, Cafall irguió la cabeza y comenzó a ladrar con furia, con una mezcla de rabia y desafío. Saltó a una roca que sobresalía y allí se mantuvo erguido, mirando a su alrededor. De súbito, los ladridos se convirtieron en un furioso y grave aullido, como el de un perro cazador, y saltó.

El gran zorro gris, el líder de los *milgwn*, hizo una finta en medio del aire y chilló como una raposa. En una veloz carrera a través del cerro de las Aves, había saltado hacia ellos desde arriba y se dirigía directo a la cabeza y el cuello de Bran. Pero el choque contra el enérgico salto de Cafall le hizo perder el equilibrio lo suficiente como para que acabara dando una voltereta y rodando montaña abajo. Volvió a chillar, un sonido sobrenatural que hizo que los chicos se encogieran de terror, y no se revolvió contra el perro, sino que siguió corriendo frenético montaña abajo. A continuación, Cafall ladró, lleno de alegría, y se lanzó tras él.

A Will, sobre la roca, bajo el lluvioso cielo gris, le invadió al instante un presentimiento de desastre tan abrumador que sin pensarlo dos veces se estiró para alcanzar el arpa de oro y gritó a Bran:

—¡Detén a Cafall! ¡Detenlo! ¡Detenlo!

Bran le miró, horrorizado, y acto seguido se lanzó tras Cafall, corriendo, tropezando, llamando desesperado a su perro. Will bajó de la roca con el arpa en una mano; vio que la cabeza blanca se movía con rapidez a través del campo más cercano y, más allá, una mancha veloz que supo era Cafall perseguía al zorro gris. Con la cabeza aturdida por un presentimiento, también comenzó a correr. Todavía sobre las montañas, pudo ver dos campos más allá de los tejados de la granja de Caradog Prichard y, cerca de estos, a un grupo blanco grisáceo de ovejas y algunas figuras humanas. De súbito, paró en seco. ¡El arpa! No habría forma de explicar el arpa en el caso de que alguien la viera. Estaba seguro de que alcanzaría a aquellos hombres en cuestión de minutos. Tenía que esconder el arpa. Pero ¿dónde?

Miró con desesperación en derredor. El fuego no había llegado hasta aquel campo. En su extremo más lejano divisó un pequeño cobertizo, nada más que tres paredes de piedra y un tejado de pizarra, un refugio abierto para las ovejas o un pequeño almacén para su comida en invierno. Ya estaba lleno de balas de heno acabadas de apilar. Corrió hacia él y metió la pequeña y brillante arpa entre dos balas de heno de manera que fuera invisible desde el exterior. Se irguió, alargó una mano y, en la Antigua Lengua, pronunció sobre el arpa el Hechizo de Caer Garadawg, por el poder del cual solo la canción de un Ancestral podría sacar el arpa de aquel lugar, o

incluso hacerla visible.

Volvió corriendo al campo, hacia la granja de Prichard, desde donde unos distantes gritos anunciaron el final de la persecución. Pudo observar, en una pradera más allá de los edificios de la granja, al gran zorro gris hacer una finta y saltar en un último esfuerzo por desembarazarse de Cafall, mientras este le seguía de cerca con obstinación. El zorro parecía poseído por la locura; una espuma blanca goteaba desde sus fauces. Will llegó sin aliento al patio de la granja, donde encontró a Bran luchando por abrirse camino a través de un grupo de hombres y ovejas en el portillo. John Rowlands estaba allí, igual que Owen Davies y el tío de Will. Sus ropas y sus fatigados rostros todavía estaban ennegrecidos por las cenizas tras haber luchado contra el fuego, y Caradog Prichard estaba ceñudo con su escopeta bajo el brazo.

—¡Ese maldito perro se ha vuelto loco! —aullaba Prichard.

—¡Cafall! ¡Cafall! —Bran se abrió camino a la fuerza hacia el campo y desperdigó las ovejas, sin hacer caso a nadie. Prichard le ladró y Owen Davies le dijo secamente:

—¡Bran! ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo?

El zorro gris dio un gran salto en el aire tal como ya antes lo hiciera en el cerro de las Aves. Cafall saltó tras él e intentó morderle en el aire.

—Ese perro se ha vuelto loco —corroboró David Evans con tristeza—. Pronto alcanzará las ovejas...

—¡Solo quiere atrapar a ese zorro! —la voz de Bran sonó aguda por la angustia—. ¡Cafall! ¡*Tyrd yma!* ¡Déjalo!

El tío de Will miró a Bran como si no pudiera creer lo que acababa de oír. Miró a Will.

—¿Qué zorro? —preguntó, confundido.

El terror explotó en el cerebro de Will cuando de repente comprendió, y comenzó a gritar. Pero era demasiado tarde. El zorro gris dio un giro y se dirigió de un salto directamente hacia ellas, con Cafall a sus talones. En el último segundo dio un brusco giro y se lanzó contra una de las ovejas que se apelotonaban, aterrorizadas, alrededor del portillo y hundió sus colmillos en la lanuda garganta. La oveja baló. Cafall saltó sobre el zorro. Unos veinte metros más allá, Caradog Prichard lanzó un furioso grito, apuntó con su escopeta y disparó a Cafall en medio del pecho.

—¡Cafall! —El desesperado grito de horror de Bran golpeó a Will de tal manera que por un segundo cerró los ojos de dolor. Sabía que aquello resonaría en sus oídos para siempre.

El zorro gris esperó a que Will lo mirara con una mueca parecida a una sonrisa y la lengua roja colgándole de la boca goteando, más brillante a causa de la sangre. Le dirigió un inconfundible aullido de sorna. Marchó a paso rápido a través del campo, rápido como una flecha, y desapareció por encima del seto más lejano.

Bran cayó de rodillas al lado del perro, sollozó y acunó la blanca cabeza en su regazo. Llamó a Cafall con desespero, le acarició las orejas y acercó sus mejillas, con ansia, para descansar contra el suave cuello. Pero no había nada que hacer. Tenía el pecho destrozado. Los ojos plateados estaban helados y no parpadeaban. Cafall estaba muerto.

—¡Maldito perro asesino! —Prichard todavía farfullaba hecho una furia en una especie de salvaje alegría—. ¡No volverá a matar a ninguna de mis ovejas!

—Solo iba detrás del zorro. ¡Estaba tratando de salvar a sus ovejas! —Bran se ahogó con sus palabras y lloró.

—¿De qué estás hablando? ¿Un zorro? *Dammo*, chico, estás tan loco como ese perro. —Prichard extrajo el casquillo de la escopeta con su nacido rostro alegre.

Owen Davies estaba arrodillado al lado de Bran.

—Venga, *bachgen* —trató de consolarle con voz suave—. No había ningún zorro. Cafall fue directo a las ovejas, no hay duda. Todos lo vimos. Era un perro adorable, una belleza... —su voz se quebró y se aclaró la garganta—, pero se había vuelto peligroso. No puedo decir que no le hubiera disparado en lugar de Caradog. Era lo mejor. Una vez que un perro se convierte en asesino, es lo único que se puede hacer.

Rodeó los hombros de Bran con firmeza. Bran alzó la vista hacia el resto, se quitó las gafas sin ver y se frotó los ojos con una mano.

—Pero ¿nadie vio al zorro? —preguntó lleno de asombro e incredulidad—. ¿Ese enorme zorro gris sobre el que saltó Cafall cuando iba a matar a la oveja?

—No, Bran —respondió John Rowlands con voz grave y compasiva.

—No había ningún zorro, Bran —corroboró David Evans—. Lo siento, chico *bach*. Venga, deja que tu padre te lleve a Clwyd. Nosotros te llevaremos a Cafall.

—Ah —se burló Prichard—. Podéis llevaros esa carroña fuera de mis tierras tan pronto como queráis, sí. Y también pagar la factura del veterinario cuando haya revisado a esa oveja.

—*Cae dy geg*, Caradog Prichard —cortó el tío de Will bruscamente—. Ya hablaremos de todos esos ataques a las ovejas más tarde. ¿Qué te cuesta mostrar un poco de compasión por el muchacho?

Caradog Prichard le miró con sus pequeños e inexpresivos ojos brillantes. Conminó a uno de sus hombres a que retiraran la oveja herida. Luego escupió en el suelo sin darle importancia y se dirigió caminando hacia su granja. Una mujer le esperaba en el quicio de la puerta. No se había movido durante el transcurso de los acontecimientos.

El padre de Bran le ayudó a ponerse en pie y se lo llevó. Bran parecía mareado. Miró a Will sin expresión alguna, como si no estuviera allí.

—Espera un momento —murmuró David Evans taciturno—, hay algunos costales en el coche. Voy a buscarlos.

John Rowlands permaneció junto a Will bajo la fina lluvia, chupó su pipa vacía y observó con detenimiento el rígido cuerpo blanco con aquella horripilante herida roja en el pecho.

—¿Viste tú ese zorro, Will Stanton? —preguntó.

—Sí —asintió Will—, por supuesto. Estaba enfrente de nosotros, tan claro como lo está usted ahora. Intentó atacarnos en el cerro de las Aves, y Cafall lo persiguió hasta aquí abajo. Pero ninguno de ustedes podría haberlo visto. Así que nadie nunca nos creerá, ¿verdad?

John Rowlands permaneció en silencio durante un instante sin mostrar expresión alguna en su rostro tostado y arrugado.

—A veces, en estas montañas, pasan cosas que son muy difíciles de creer, incluso cuando las has visto con tus propios ojos. Por ejemplo, ahí está Cafall, y con nuestros ojos lo vimos abalanzarse sobre las ovejas. Y aun así algo hundió sus colmillos en el cuello de la oveja. Y haciéndolo le debió de quedar la boca llena de sangre porque había mucha alrededor de la lana de esa oveja que tiene suerte de seguir viva. Es extraño, algo que no me cabe en la cabeza: aunque el pobre Cafall yace ahí con toda esa sangre en el pecho, ¿no hay ni rastro de ella en su boca!

SEGUNDA PARTE

LOS DURMIENTES

La chica de las montañas

—Perdone, señor Davies, ¿ya ha vuelto Bran del instituto? —preguntó Will.

Owen Davies dio un respingo. Estaba inclinado sobre el motor de un tractor de una de las casas que no pertenecían a la granja. Su fino cabello estaba desgredado, y su rostro, manchado de aceite.

—Lo siento —prosiguió Will—, le he asustado.

—No, no, muchacho, no pasa nada. Estaba pensando en otras cosas... —Esbozó una rápida mueca de disculpa que parecía ser lo más próximo a una sonrisa que podía expresar. Todas las líneas de su enjuto rostro parecían conducir a sitio alguno. Will pensó: «Ni una expresión, nunca».

—Bran ya ha vuelto. Creo que lo encontrarás dentro de casa. O allí arriba con... —señaló con su ligera y preocupada voz.

—Con Cafall —acabó Will con suavidad. Habían enterrado al perro la tarde anterior, en lo alto de la ladera más baja de la montaña, con una pesada piedra sobre la tumba para mantener alejados a los carroñeros.

—Sí, eso creo. Allí arriba —corroboró Owen Davies.

Will quiso añadir algo, pero las palabras huían.

—Señor Davies, lo siento mucho. Todo. Ayer. Fue horrible.

—Bueno, sí, gracias. —Owen Davies se sentía incómodo, eludía el contacto con las emociones—. No se pudo evitar —añadió bajando la vista hacia el motor del tractor—. Nunca sabes cuándo a un perro se le puede ocurrir lanzarse sobre las ovejas. Ocurre una vez entre un millón, pero ocurre. Incluso el perro más obediente del mundo... —De súbito alzó la vista y, por primera vez, sus ojos se encontraron con los de Will, aunque parecía que no le miraran a él, sino más allá, hacia el futuro o el pasado. Su voz se hizo más firme, como la de un hombre joven—. Creo, tenlo en cuenta, que Caradog Prichard estaba más que dispuesto a disparar al perro. Es algo muy drástico y normalmente no debe hacerse con el perro de otro hombre, y mucho menos delante de sus narices. Todos estábamos allí, no nos hubiera costado nada atrapar a Cafall. Y, a veces, se les puede dar un hogar a los cazadores de ovejas, alejarlos de ellas, sin tener que matarlos... Pero no le puedo decir esto a Bran, y tú tampoco debes. No le ayudaría.

Sus ojos parpadearon de nuevo y Will pudo observar, fascinado y confundido, cómo los brillantes ecos de otros tiempos caían como una cortina y abandonaban al corriente y gris Owen Davies con su aire entristecido y ligeramente culpable.

—Bueno —concluyó Will—, creo que tiene razón, pero no, no le diré nada a Bran. Voy a ver dónde está.

—Sí —urgió Owen Davies, volviendo su ansioso y desamparado rostro hacia las colinas—. Sí, tú podrías ayudarle, creo.

Pero Will sabía, mientras avanzaba con dificultad a través del fangoso suelo, que él o cualquier otro miembro de la Luz tendría pocas probabilidades de consolar a Bran.

Cuando alcanzó el límite del valle, donde la tierra comenzaba a elevarse, vio por encima de él, a medio camino montaña arriba, la figura de John Rowlands, muy pequeña y distante, como un muñeco. Sus dos perros, de manchas blancas y negras, corrían a su alrededor. Will miró, vacilante, hacia el lugar más alejado valle abajo donde Bran había ido a meditar solo con su dolor. Llevado por el instinto, comenzó a enfilar la ladera, a través de los helechos y el brezo. John Rowlands podría ser la persona idónea con la que hablar antes que con Bran.

Sin embargo, vio primero a Bran.

Apareció enfrente de él, sin esperarlo. Había recorrido medio camino ladera arriba; respiraba con dificultad como siempre que caminaba por terreno abrupto y, cuando se detuvo, para recuperar el aliento, alzó la vista y vio allí enfrente, sentado en una roca, la familiar figura: téjanos oscuros y jersey, el pelo blanco que atraía la vista como un faro, las gafas oscuras sobre los claros ojos. Pero las gafas no eran visibles, ni los ojos, porque Bran estaba sentado con la cabeza inclinada, inmóvil, aun cuando Will sabía que debía haber oído los ruidosos pasos mientras se acercaba.

—Hola, Bran —le saludó.

Bran levantó la cabeza lentamente, pero no dijo nada.

—No había perro que se le pudiera igualar y nunca lo habrá —declaró Will.

—No, no lo había —murmuró Bran con un hilo de voz ronca; parecía cansado.

Will intentó encontrar palabras de consuelo, pero su mente no pudo evitar el uso de la sensatez de un Ancestral, y aquel no era el camino para llegar a Bran.

—Fue un hombre el que lo mató, Bran —prosiguió—, pero ese es el precio que tenemos que pagar por la libertad de los hombres en la Tierra. La libertad de hacer cosas malas igual que buenas. Como todo, se compone de luces y sombras. Como me dijiste una vez, Cafall no era un perro como los demás. Formaba parte de este antiguo esquema, como las estrellas y el mar. Y nadie podría haber desempeñado su papel mejor, nadie en el mundo entero.

El valle descansaba en silencio bajo el amenazador cielo gris. Will oyó un tordo gorjear en un árbol, los dispersos balidos de las ovejas en las laderas, el débil zumbido de un coche en una carretera distante.

Bran alzó la cabeza y se sacó las gafas. Tenía los dorados ojos hundidos y enrojecidos, en contraste con su pálido rostro. Estaba allí sentado, encogido, con las rodillas dobladas, rodeándolas con los brazos.

—Vete —le espetó—. Vete. Ojalá no hubieras venido nunca. Ojalá nunca hubiera oído hablar de las Tinieblas y de la Luz, o de tu maldito Merriman y sus rimas. Si ahora tuviera tu arpa de oro, la arrojaría al mar. Ya no formo parte de tu estúpida

búsqueda, no me importa lo que ocurra. Cafall nunca formó parte de tu precioso esquema. Era mi perro, lo quería más que a nada en el mundo, y ahora está muerto. ¡Vete!

Los enrojecidos ojos miraron fijamente y sin pestañear a Will durante largo rato. Luego, volvió a colocarse las gafas de sol y volvió la cabeza para mirar hacia el valle. Era una despedida. Sin decir una palabra, Will volvió a erguirse y continuó su camino montaña arriba.

Le pareció una eternidad hasta que encontró a John Rowlands. El enjuto y curtido pastor estaba medio agachado sobre una valla rota y la arreglaba con un punzante rollo de alambre de espino. Se sentó sobre los talones cuando vio acercarse a un jadeante Will y lo observó a través de sus entrecerrados ojos; su moreno rostro parecía aún más arrugado contra el brillo del cielo.

—Esta es la parte más alta de los prados de Clwyd —dijo a modo de saludo—. Las granjas de la colina tienen la zona de pasto más allá... La valla es para mantener a las ovejas dentro. Pero se las apañan muy bien para romperlo, las sinvergüenzas, especialmente ahora que los carneros no están. Will asintió con la cabeza, triste.

John Rowlands le dirigió una mirada, se levantó y le indicó que le siguiera hasta un cercano y alto afloramiento rocoso montaña arriba. Se sentaron en la parte más abrigada. Incluso allí el lugar era como un puesto de vigilancia que gobernaba todo el valle. Will oteó brevemente a su alrededor, con los sentidos alerta, pero el Rey Gris todavía descansaba, retirado. El valle estaba tan tranquilo como lo había estado desde que Cafall muriera.

—Tengo que comprobar el resto de la valla —explicó John Rowlands—, pero es hora de hacer un descanso. Tengo un termo aquí. ¿Quieres un poco de té, Will?

Le alcanzó la tapa del termo, rebosante de un té amargo y oscuro. Will se sorprendió a sí mismo bebiendo con fruición. Cuando lo acabó, John Rowlands dijo con suavidad:

—¿Sabes que estás sentado cerca de la Vía de Cadfan?

Will lo miró atentamente, y no era la mirada de una persona de once años, aunque no se molestó en disfrazar el hecho.

—Sí —contestó—. Por supuesto que lo sé. Y usted sabía que yo lo sabía y por eso lo ha mencionado.

John Rowlands suspiró y se sirvió algo de té.

—Me atrevería a decir —continuó en un extraño tono con un matiz de envidia— que podrías recorrer con los ojos cerrados todo el camino desde Tywyn hasta Machynlleth a través de la Vía de Cadfan, sobre las colinas, aunque nunca antes hayas estado en esta región.

Will retiró de la frente su lacio cabello castaño, húmedo de sudor a causa de la subida.

—Las Antiguas Vías se extienden por toda Gran Bretaña —explicó—, y podemos seguir una a donde sea cuando la encontramos. Sí. —Miró hacia el valle—. Fue el perro de Bran quien la encontró para mí aquí, al principio —añadió tristemente.

John Rowlands se quitó la gorra, se rascó la cabeza y se la colocó de nuevo.

—He oído hablar de vosotros —explicó—. Toda mi vida, a temporadas, aunque no mucho últimamente. Más cuando era un chiquillo. Incluso creí conocer a uno de vosotros una vez, cuando era muy joven, aunque creo que solo fue un sueño... Y ahora, he estado pensando en cómo murió el perro y he hablado un poco con el joven Bran. —Se interrumpió y Will aguardó con nerviosismo lo que diría a continuación, pero eligió no usar su don para averiguarlo—. Y creo, Will Stanton —prosiguió el pastor—, que tengo que ayudarte en todo aquello que necesites. Pero no quiero saber lo que estás haciendo, y no quiero que me lo expliques.

Will sintió como si de repente el Sol hubiera explotado. —Gracias— contestó. El perro más pequeño de John Rowlands, Tip, se acercó silenciosamente y se sentó a sus pies, mientras el hombre le rascaba las sedosas orejas.

John Rowlands bajó la vista hacia la pendiente de secos helechos. Will la siguió con la suya. Justo por encima de la tierra ennegrecida donde el fuego había hecho mella, pudieron distinguir la diminuta figura de Bran, sentado encorvado de espaldas a ellos, con la blanca cabeza sobre las rodillas.

—Bran Davies está pasando por un mal momento —dijo el pastor.

—Me alegro de haber hablado con usted —contestó Will con tristeza—. El no quiere hablar conmigo. No le culpo. Va a estar muy solo sin Cafall. Me refiero a que el señor Davies es amable, pero no... Y sin una madre, eso lo hace peor.

—Bran nunca conoció a su madre —explicó John Rowlands—. Era muy pequeño.

—¿Cómo era ella? —indagó Will con curiosidad.

Rowlands se bebió su té, vació la taza y la volvió a enroscar en el termo.

—Se llamaba Giny —comenzó a explicar. Permanecía con el termo distraídamente en las manos, mientras se abría paso a través de su memoria—. Era una de las mujeres más bellas que nunca podrías imaginar. Menuda, de piel clara y cabello oscuro, ojos azules como el mar y una leve sonrisa en un rostro que era como la música. Pero también era una mujer muy extraña. Apareció de entre las montañas, pero nunca dijo de dónde venía, o cómo...

Se volvió bruscamente y miró a Will con frialdad; sus ojos oscuros parecían estar siempre entrecerrados para protegerse del inclemente tiempo.

—Debería haber sabido —añadió con súbita beligerancia— que, siendo lo que eres, debes estar al tanto de todo acerca de Bran.

—No sé nada sobre Bran —protestó Will con suavidad— excepto lo que él me ha contado. No somos demasiado diferentes a ustedes, señor Rowlands, a la mayoría de

ustedes. Solo nuestros maestros son diferentes. Sabemos muchas cosas, pero no son cosas que tengan que ver con la vida de los hombres. En eso, somos como cualquier otro... Solo sabemos lo que hemos vivido o lo que alguien nos ha contado.

John Rowlands asintió con la cabeza, convencido. Abrió la boca para añadir algo, se detuvo, sacó la pipa del bolsillo y hurgó en su contenido con un dedo.

—Bueno —prosiguió lentamente—, quizá debería contarte la historia desde el principio. Te ayudará a entender a Bran. Él conoce una parte de ella bastante bien..., de hecho piensa en ella tan a menudo que hubiera preferido que nadie se la hubiera contado. —Will permaneció callado. Se sentó más cerca de Tip y le rodeó el cuello con un brazo. John Rowlands encendió su pipa—. Ocurrió cuando Owen Davies era un hombre joven —comenzó a explicar a través de la primera nube de humo—, cuando trabajaba en la granja de Prichard. El viejo señor Prichard aún vivía por entonces. Caradog Prichard también trabajaba para su padre; esperaba sustituirle un día y dirigir la granja, aunque no tenía ni punto de comparación con Owen para el trabajo... Owen hacía de pastor para Prichard. Ya entonces era un tipo solitario. Vivía en su propia casa. Fuera del páramo, más cerca de las ovejas que de la granja.—Exhaló una bocanada más de humo y miró a Will. —Has estado en esa casa. Ahora está deshabitada. Nadie vive allí desde hace años.

—¿Aquel sitio? Donde el pastor dejó la oveja, después... —Confundido, Will volvió a revivir en su mente la tambaleante figura de John Rowlands en la pequeña y vacía casa de piedra entre la frondosidad de los helechos, con la oveja herida sobre los hombros y la sangre que empapaba la lana en el cuello. La pequeña casa de la cual, cuando volvieron media hora más tarde, había desaparecido la oveja sin dejar rastro alguno.

—Ese lugar, sí. Una noche invernal de tormenta, con lluvia y viento que soplaba del norte, alguien llamó a la puerta de Owen. Era una muchacha, llegada de la nada, medio congelada tras haber caminado bajo la tormenta. Y agotada de acarrear con el bebé.

—¿El bebé?

John Rowlands bajó la vista hacia la montaña donde la figura encorvada de Bran seguía sentada contra la roca.

—Era un pequeño y obstinado bebé de tan solo unos meses. Lo llevaba en una especie de cabestrillo a la espalda. Lo único extraño que Owen observó en él fue que no tenía color alguno. La carita blanca, el cabello blanco, las cejas blancas y unos ojos dorados muy extraños, como si fueran los de una lechuza...

—Ya veo... —murmuró Will lentamente.

—Owen acogió a la chica —continuó John Rowlands—. La hizo volver a la vida, poco a poco; se hizo cargo de ella, esa noche y al día siguiente, y también del bebé, aunque los bebés son criaturas fuertes y no estaba tan mal como ella. Y antes de que

pasaran veinticuatro horas, Owen Davies estaba más enamorado de aquella extraña muchacha de lo que jamás un hombre pudo estarlo. Nunca había querido tanto a nadie. Owen era muy tímido. Era como un dique rompiéndose... Un hombre como ese es peligroso cuando se decide a amar; entrega todo su corazón sin importarle o pensar en nada más, y puede que no se recupere en el resto de su vida. —Se detuvo un momento. La compasión suavizaba su arrugado rostro y se sentó en silencio. Luego añadió—: Bueno. Así que ahí los tenemos. Al día siguiente, Owen se fue con las ovejas, dejando a la chica en la casa para que descansara. De vuelta a casa paró un momento en la mía, aquí en Clwyd, para llevarle algo de leche al bebé. Hemos sido amigos desde que era un crío, aunque yo soy mayor que él. Yo no estaba en casa, pero sí mi mujer y le explicó lo de Giny y el bebé. Mi querida Blodwen tiene un corazón de oro y sabe escuchar. Dijo que parecía que estuviera ardiendo, brillaba, tenía que contárselo a alguien...

Lejos, ladera abajo, Bran se levantó de la roca y comenzó a deambular sin rumbo fijo a través de los helechos mientras observaba alrededor como si buscara algo.

—Cuando Owen volvió a su casa —continuó Rowlands—, oyó unos gritos. Nunca había oído gritar a una mujer antes. Había un perro dentro. El perro de Caradog Prichard. Owen entró en la casa como un torbellino y encontró a la muchacha luchando con Caradog. Se había acercado a la casa a ver por qué Owen no había ido a trabajar el día anterior y en su lugar encontró a Giny. Decidió a su sucia manera que debía de ser una mujer de vida alegre y que sería fácil para él tomarla si se le antojaba... —John Rowlands se inclinó deliberadamente hacia un lado y escupió en el suelo—. Perdona, Will —prosiguió—, pero es así como me siento cuando mi boca habla de Caradog Prichard.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué hizo él? —urgió Will asombrado por aquel turbio romance que envolvía al taciturno y corriente Owen Davies.

—¿Owen? Se volvió loco. Nunca se ha peleado con nadie, pero echó a Caradog a patadas y salió tras él, le rompió la nariz y le saltó dos dientes. Entonces llegué yo, menos mal, porque, si no, lo hubiera matado. Blodwen me había enviado con algunas cosas para el bebé. Me llevé a Caradog a casa. No quería que llamásemos al médico. Estaba preocupado por el escándalo. No puedo decir que le tuviera mucha simpatía. Su nariz no ha vuelto a tener el mismo aspecto desde entonces.

Volvió a mirar hacia la ladera. La nívea cabeza de Bran todavía estaba inclinada sobre la tierra, mientras se movía lentamente, sin rumbo, adelante y atrás.

—Bran puede que pronto vuelva a querer tu compañía, Will. Y no hay mucho más que contar. La muchacha se quedó en la casa con Owen una noche y un día más, y le pidió que se casara con él. Era un hombre tan feliz..., irradiaba luz. Los vimos parte de ese día, y ella parecía tan contenta como él. Pero entonces, justo antes del amanecer del día siguiente, el cuarto, a Owen le despertó el llanto del bebé y Giny no

estaba allí. Había desaparecido. Nadie supo adonde había ido. Y nunca volvió.

—Bran me dijo que había muerto —dijo Will—. Bran sabe que desapareció —explicó John Rowlands—. Pero quizá es más fácil creer que tu madre murió que pensar que se marchó y te abandonó sin más.

—¿Es eso lo que ella hizo? ¿Desapareció sin más, abandonando a su hijo?

John Rowlands asintió con la cabeza.

—Dejó una nota. Decía: «Su nombre es Bran. Gracias, Owen Davies». Eso es todo. Donde quiera que fuera, nunca más se ha sabido u oído de ella, y nunca se sabrá. Owen vino a nosotros con el bebé por la mañana. Estaba fuera de sí, loco por haber perdido a Giny. Se fue a las montañas y no volvió a bajar en tres días. Fue a buscarla, ya ves. La gente lo oía gritar: «Giny, cariño, Giny...». Blodwen y la señora Evans, tu tía, cuidaron de Bran. Era un bebé muy bueno... El viejo Prichard despidió a Owen, por supuesto. Por aquella época, tu tío David perdió a un hombre, así que contrató a Owen y Owen se trasladó a la casa de Clwyd, donde vive ahora.

—Y crió a Bran como a un hijo —concluyó Will—. Eso es. Con la ayuda de todos. Se armó un poco de jaleo, pero al final se le permitió quedarse con el niño. La mayoría de la gente acabó pensando que Bran era realmente hijo de Owen y es la única cosa que Owen nunca le ha dicho... Él cree que Owen es su padre, y tú debes cuidarte de sugerir jamás algo distinto.

—No lo haré —convino Will.

—Lo sé. No tengo dudas sobre ti... A veces pienso que Owen también cree que Bran es hijo suyo. Siempre fue estricto con los deberes de la parroquia, ya sabes, y desde entonces se ha volcado mucho más en su religión. Quizá esto sea algo confuso para ti, *Will bach*, pero como Owen sabía que estaba mal según las normas de su fe haber vivido aquellos pocos días solo en la misma casa con Giny, comenzó a sentir que había sido tan malo como si él y Giny, sin haberse casado, hubieran tenido un niño juntos. Como si los dos hubieran engendrado a Bran. Así que cuando piensa en Bran..., aun hoy en día..., es con amor, pero también con algo de culpa. Sin razón alguna, tenlo en cuenta, excepto en su propia conciencia. Owen tiene demasiada conciencia. A la gente no le importa, incluso a la gente de su parroquia. Creen que Bran es su hijo natural, pero los cuchicheos se acabaron hace años. Tienen suficiente sentido común para juzgar a un hombre por lo que ha demostrado ser, no por el error que pudo, o no, haber cometido largo tiempo atrás.

John Rowlands suspiró y se estiró. Vació su pipa y enterró las cenizas en el suelo. Se levantó. Los perros saltaron a su lado. Bajó la vista hacia Will.

—Esto es lo que había detrás cuando Caradog Prichard disparó al perro de Bran Davies —concluyó.

Will recogió una flor de un arbusto de tojo a su lado. El brillante amarillo centelleaba en su manchada mano.

—La gente es muy complicada —suspiró tristemente.

—Sí que lo es —afirmó John Rowlands. Su voz se hizo un poco más grave, alta y clara de lo que había sido—. Pero cuando las batallas entre tú y tus adversarios hayan acabado, Will Stanton, al final, la fe de todo el mundo dependerá de esa gente, y de cuántos de ellos sean buenos o malos, estúpidos o sabios. Y de hecho, es todo tan extremadamente complicado que no me atrevo a predecir qué es lo que harán con su mundo. Nuestro mundo. —Silbó suavemente—. *Tyrd yma*, Pen, Tip.

Con cuidado, recogió su rollo de alambre de espino y, con los perros a los talones, continuó caminando al lado de la valla, sobre la colina.

El Rey Gris

Will avanzó lentamente a través de la ladera en dirección a Bran. El día se había vuelto gris. Había llovido toda la noche y las montañas se perdían entre las deshilachadas nubes. Will pensó: «El aliento del Brenin Llwyd».

Vio que Bran comenzaba a enfilarse colina arriba, en diagonal, en un obvio intento por evitarlo. Jugar a esquivarse por la montaña no les haría bien a ninguno de los dos. Además, tenía que llevar el arpa a un lugar seguro.

Avanzó a través de los húmedos helechos por el largo y fangoso sendero hacia la parte más alejada de la granja de Caradog Prichard. Los pantalones ya estaban empapados, a pesar de las botas de agua que le había prestado tía Jen. Cruzó parcialmente la tierra arrasada por el fuego y un fino fango de cenizas negras se adhirió a sus botas.

Will continuó su camino, cabizbajo. Miraba alrededor de vez en cuando por si Caradog Prichard se encontraba cerca, pero los campos estaban desérticos y extrañamente silenciosos. Los pájaros no cantaban, incluso las ovejas parecían mudas y rara vez se oía el zumbido de un coche por la carretera del valle. Era como si todo el valle gris esperara algo. Will intentó percibir la disposición del lugar con más nitidez, pero su mente estaba permanentemente inundada por la hostilidad del Rey Gris, que crecía y seguía creciendo, un susurro convertido en una llamada que pronto se convertía en un furioso grito. Era difícil prestar atención a nada más.

Llegó al refugio con tejado de pizarra donde había escondido el arpa entre las balas apiladas de heno. La fuerza de su propio hechizo no lo dejó acercarse a más de diez pasos de distancia, como si chocara contra una pared de cristal.

Will sonrió. Para romper el hechizo como debía, comenzó a cantar muy suavemente. Era una canciónhechizo en la Antigua Lengua, y sus palabras no eran las palabras del habla humana, sino más indefinidas, como el matiz de un sonido. Era un buen cantante, de timbre educado, y las notas altas y claras fluctuaron suavemente a través del oscuro aire como rayos de luz. Will sintió que la fuerza del resistente hechizo se deshacía. Llegó al final del verso.

—Un precioso y pequeño ruiseñor, ¿no? —observó Caradog Prichard con frialdad tras él.

Will se quedó paralizado. Dio media vuelta despacio y permaneció en silencio. Se encontró con el flácido rostro de rollizos mofletes de Prichard, con su nariz torcida y sus ojos brillantes, negros como el carbón.

—¿Y bien? —se impacientó Prichard—. ¿Qué narices haces aquí, en medio de mis tierras, cantándoles a los setos? ¿Te has vuelto loco, chico?

Will se quedó boquiabierto y, de repente, la expresión de su rostro cambió a una de total locura.

—La canción. Se me ocurrió y quise ver cómo sonaba. Dicen que es usted un poeta, debería entenderlo. —Bajó la voz y prosiguió en tono conspirativo—: Escribo canciones, a veces, ya sabe. Pero, por favor, no se lo diga a nadie. Siempre se ríen. Piensan que es estúpido.

—¿Tu tío? —preguntó Prichard.

—Todo el mundo.

Prichard le observó con suspicacia. La palabra *poeta* había surtido su efecto, pero no era el tipo de persona que bajaba la guardia fácilmente ni por mucho tiempo.

—Estos ingleses —replicó con desprecio— no saben nada de música, no me sorprende. Paletos, eso es lo que son. Tienes muy buena voz, para ser un chico inglés. —Entonces, de súbito, su voz se endureció—. Pero no estabas cantando en inglés, ¿verdad?

—No —respondió Will.

—¿En qué, entonces?

Will se inclinó hacia él a modo de confianza.

—En realidad, en nada. Solo eran palabras sin sentido que parecía que pegaban con la música. Ya sabe.

Pero el pez no picó el anzuelo. Prichard entrecerró los ojos. Miró hacia lo alto del valle con un rápido y nervioso movimiento, hacia las montañas, y de nuevo a Will.

—No me gustas, chico inglés —le espetó cortante—. Hay algo extraño en ti. Todo eso de las canciones y el canto no explica por qué estás en mis tierras.

—He tomado un atajo, eso es todo —explicó Will—. No estaba estropeando nada, de verdad.

—¿Un atajo, no? ¿De dónde a dónde? La tierra de tu tío está por allí, de donde viniste, y no hay nada en la otra parte, a excepción del páramo y la montaña. Nada para ti. Vuelve a Clwyd, ruiseñor, vuelve con el mocosito de tu amiguito que ha perdido a su perro. Fuera. ¡Fuera de aquí! —De repente comenzó a gritar y su nacido rostro se tornó grana—. ¡Largo! ¡Largo de aquí!

Will suspiró. Solo podía hacer una cosa. No quería arriesgarse a atraer la atención del Rey Gris, pero era imposible dejar el arpa vulnerable a los ojos de Caradog Prichard. El hombre le observaba fijamente, apretando los puños en un ataque de rabia. La misma indescriptible y violenta rabia que Will había observado que lo raptaba anteriormente.

—¡He dicho que largo!

Allí, a campo abierto bajo el cielo tranquilo y gris, Will alargó un brazo, con los cinco dedos estirados, y pronunció una sola palabra en voz baja. Caradog Prichard quedó atrapado en el tiempo, inmóvil, con la boca medio abierta y una mano alzada apuntándole, el rostro congelado con la misma horrorosa expresión de rabia que lo había desfigurado cuando disparó contra Cafall. Era una lástima, pensó Will con

amargura, que no pudiera quedarse así para siempre.

Pero ningún hechizo duraba tanto, y la mayoría solo un breve instante. Con rapidez, Will se dirigió al refugio de piedra, tanteó entre las balas de heno y sacó la pequeña y brillante arpa de oro. Una de las esquinas se enganchó en uno de los raídos costales dejado sobre las balas. Impaciente, tiró de ambos, arpa y costal, y los arrebujó juntos bajo el brazo. Dio la vuelta para situarse detrás de Caradog Prichard. De nuevo, dirigió una mano con los dedos estirados hacia él y pronunció una sola palabra. Caradog Prichard, como si esa hubiera sido siempre su intención, siguió su camino con dificultad por el campo hacia su granja sin volverse ni una sola vez. Cuando llegara allí, Will lo sabía, estaría convencido de que había regresado directamente a casa después de un día de trabajo y no recordaría a Will Stanton en sus tierras cantándole al cielo ni por asomo.

La tambaleante y barrigona figura desapareció sobre la escalera por encima de la cerca al final del campo. Will desenredó el viejo costal del complicado bastidor dorado del arpa, y estaba a punto de lanzarlo a un lado cuando se dio cuenta de lo útil que sería para cubrirla. En el caso de que se encontrara con alguien, un bulto informe bajo su brazo podría explicarse con bastante más facilidad que una brillante arpa de oro de incalculable valor. Mientras introducía el arpa con cuidado dentro del costal y arrugaba la nariz a causa del polvo de heno que se había levantado, detectó de soslayo un movimiento a través del campo. Alzó la vista y, por un instante, incluso el arpa abandonó su pensamientos.

El gran zorro gris, el líder de los *milgwn*, la criatura del Brenin Llwyd, avanzaba con pasos rápidos a través del seto. En un súbito y furioso arranque de odio, Will apuntó bruscamente hacia él con un brazo y gritó una palabra para detenerlo. El enorme animal gris, fuera de las tierras de su amo, cayó hacia atrás a medio paso como si hubiera sido abatido por un repentino y poderoso viento. Se levantó de nuevo y miró fijamente a Will con la roja lengua colgando. Entonces, alzó su largo morro y emitió un débil aullido, como el de un perro en peligro.

—No te servirá de nada que le llames —dijo Will arrastrando las palabras—. Te vas a quedar ahí quieto hasta que decida qué hacer contigo.

Pero entonces, involuntariamente, se estremeció. El aire parecía haberse vuelto más frío de repente, y, a través de los campos, a su alrededor, pudo ver cómo se arrastraba una niebla baja a ras del suelo en la que no había reparado con anterioridad. Despacio, avanzaba sobre las vallas, implacable, como una enorme criatura reptante. Desde todas las direcciones: desde la montaña, desde el valle, desde las bajas laderas, y Will miró de nuevo al zorro gris y vio algo más que añadió a la niebla un escalofrío de terror. El zorro cambiaba de color. A cada momento, mientras lo observaba, su esbelto cuerpo y peluda cola se hacían más oscuros hasta que casi se convirtieron en negros.

Will lo observaba con el ceño fruncido. Pensó sin darle importancia: «Tiene el aspecto de Pen». Y de inmediato se quedó sin aliento. Acababa de percatarse de algo que no era en absoluto irrelevante: fue el perro de John Rowlands, Pen, junto con Cafall, los acusados por Caradog Prichard de los ataques a las ovejas, cuando en realidad habían sido los zorros del Rey Gris.

Algo inconmensurablemente poderoso luchaba contra él y rompió su hechizo. Mientras Will quedó por un momento confuso y sin poder, el gran zorro, ahora más negro que el carbón, dio un extraño y vigoroso salto en el aire, le enseñó los dientes deliberadamente y se marchó, corriendo como un rayo a través del campo. Desapareció a través del seto, en la dirección que Caradog Prichard había tomado, hacia su granja. Will sabía exactamente qué iba a suceder cuando llegara allí, y no había nada que él pudiera hacer. Había sido detenido por el poder del Rey Gris, y contra su voluntad fue formando una idea en la que no había caído antes: la posibilidad de que el poder del Rey Gris, mucho mayor que el suyo, fuera de hecho tan grande que nunca sería capaz de cumplir con la misión que le había sido encomendada.

Apretó los dientes, aferró el arpa envuelta bajo el brazo y prosiguió su camino a través del campo hacia la granja Clwyd. Con cuidado, se deslizó bajo el alambre de espino que bordeaba el terreno, atravesó el siguiente y trepó por la escalera de la cerca que conducía hacia el camino. Pero sus pasos fueron haciéndose cada vez más lentos; su respiración, más entrecortada. Por alguna razón, bajo su brazo, el arpa pesaba cada vez más hasta que a duras penas pudo moverse a causa del peso. Sabía que no se debía a su debilidad. Contra su voluntad, algún poderoso hechizo le estaba confiriendo al precioso Objeto de Poder que llevaba bajo el brazo una gravedad imposible de soportar para cualquier ser humano. Aferró el arpa, jadeó de dolor ante aquel lastre imposible y se hundió en el suelo.

Mientras estaba allí, de rodillas, alzó la cabeza y vio que la niebla formaba remolinos por todas partes; el mundo a su alrededor era de un gris blanquecino, informe. Y, poco a poco, la niebla fue tomando forma.

La figura era tan enorme que al principio no se dio cuenta de su presencia. Se extendía más allá del campo y se elevaba hacia el cielo. Tenía forma, pero no una forma humana reconocible. Will atisbo su contorno por el rabillo del ojo, pero cuando miraba directamente a cualquier parte de ella, no había nada. Y aun así, la figura se cernía sobre él, inmensa y terrible, y supo que aquello era un ser de un poder mayor al que jamás se había enfrentado en su vida. De todos los Grandes Caballeros de las Tinieblas, no existía uno más poderoso ni más temible que el Rey Gris. Pero como siempre había permanecido, desde el principio de los tiempos, en su fortaleza sobre las cimas del Cader Idris, y nunca había descendido a los valles o a las laderas más bajas, ninguno de los Ancestrales se había enfrentado jamás a él para adivinar la

fuerza bajo su control. Así que Will, solo, el último y el menor de los Ancestrales, se enfrentó a él sin más defensa que la innata magia de la Luz y su propia astucia.

Una voz llegó desde la misteriosa forma, dulce y terrible a la vez. Llenó el aire igual que la niebla, y Will no pudo adivinar qué lengua hablaba, ni si lo hacía para ser oído. Solo sabía que lo que decía se encontraba al instante en su mente. —

No despertarás a los Durmientes, Ancestral —amenazó la voz—. Yo te lo impediré. Esta es mi tierra, y en ella dormirán para siempre igual que lo han hecho durante muchos siglos. Tu arpa no los despertará. Yo te lo impediré.

Will cayó de bruces hecho un ovillo, con los brazos alrededor del arpa que ya no podía sostener.

—Es mi destino —respondió—. Sabéis que he de seguirlo.

—Vuelve atrás —insistió la voz soplando a través de su mente como el viento—. Vuelve atrás. Llévate el arpa contigo, un Objeto de Poder para la Luz y tus maestros. Te dejaré ir si regresas y abandonas mis tierras. Eso te lo has ganado. —La voz se hizo más dura, más escalofriante que la niebla—. Pero si buscas a los Durmientes, te destruiré a ti y a tu dorada arpa.

—No —replicó Will—. Pertenezco a la Luz. No podéis destruirme.

—No distará mucho de la destrucción —insistió la voz—. Como Ancestral deberías saberlo. —Se hizo más suave, más sibilante y desagradable, como si acariciara un pensamiento maligno. Will pensó de inmediato en el caballero de la capa azul celeste—. Los poderes de las Tinieblas y de la Luz son iguales en fuerza; solo difieren un poco en nuestro... uso... de aquellos que caen bajo nuestro dominio.— La voz se arrastraba como una babosa sobre la piel de Will. —Vuelve atrás, Ancestral. No volveré a avisar a la Luz de nuevo.

Reuniendo todas sus fuerzas, Will se enderezó y dejó el arpa a sus pies. Insinuó una burlona reverencia a la gris nebulosidad que, ahora lo sabía, no debía mirar directamente.

—Me habéis advertido, Majestad —replicó—, y os he escuchado. Pero eso no supondrá diferencia alguna. Las Tinieblas no podrán quebrantar nunca la mente de la Luz. Ni podrán impedir la toma de un Objeto de Poder una vez que este ha sido reclamado por derecho. Retirad vuestro hechizo del arpa de oro. No tenéis derecho a tocarla mediante encantamientos.

La niebla se revolvió en remolinos más oscuros; la voz se hizo más fría, más remota.

—El arpa no está hechizada, Ancestral. Sácala del costal.

Will se agachó. Intentó coger una vez más el arpa envuelta en el costal, pero no pudo moverla; parecía una roca con raíces profundas en la tierra. Apartó el costal para destapar el arpa y la sacó. La brillante arpa de oro se deslizó en su mano tan ligera como siempre. Bajó la vista hacia el costal.

—Ahí hay algo más.

—Por supuesto —corroboró el Rey Gris.

Will desgarró el costal medio podrido para abrirlo del todo. Todavía parecía estar vacío, como al principio. Entonces, se percató de que en uno de los pliegues se escondía una pequeña piedra blanca pulida, no más grande que un guijarro. Se inclinó para recogerla. No pudo moverla.

—Es una piedra espía —musitó.

—Sí —afirmó la voz.

—Vuestra piedra espía. Un medio para las Tinieblas. Cuando se ha depositado en un lugar determinado podéis saber todo lo que está sucediendo en ese lugar y podéis infundirle vuestra voluntad para hacer que otras cosas ocurran. Ha estado escondida en ese costal todo el tiempo. —Un repentino recuerdo brilló en su mente—. No me extraña que perdiera mi dominio sobre el zorro de los *milgwn*.

Desde más allá de la niebla llegó una carcajada. Era un sonido aterrador, como el primer rumor de una avalancha. Luego la voz se hizo susurrante:

—Una piedra espía de las Tinieblas no tiene valor alguno para la Luz. Devuélvemela.

—La habéis dejado en la granja de Caradog Prichard —observó Will—. ¿Por qué? De todas formas ya es vuestra criatura, no necesitáis la piedra espía con él.

—Ese pobre desgraciado no tiene nada que ver conmigo —se resintió el Rey Gris—. Si las Tinieblas se mostraran ante él se derretiría de miedo como la mantequilla al sol. No, no es de las Tinieblas. Pero es muy útil. Un hombre tan atrapado en su propio rencor es un regalo de la Tierra a las Tinieblas. Es tan fácil infundirle las ideas adecuadas... Muy útil, sin duda.

—Hay hombres, de una clase distinta, que sin saberlo también sirven a la Luz —replicó Will con calma.

—Ah —respondió la voz con malicia—, pero no muchos, Ancestral. No muchos, creo. —Volvió a hacerse más dura y la niebla se arremolinó, más fría—. Devuélveme la piedra. No funciona contra ti, pero tampoco funcionará en tu favor. Siempre se adhiere a la tierra al contacto con la Luz..., como una de las vuestras, si tuvieras una, a mi contacto.

—No necesito una —contestó Will—. Y mucho menos la vuestra. Tened.

—Aléjate. La tomaré y me iré. Y si en una noche y un día no te has ido de esta, mi tierra, dejarás de existir según los estándares de los hombres, Ancestral. No nos detendréis, no con vuestros seis Signos ni con vuestra arpa de oro. —La voz se elevó y se inflamó de repente como un violento viento—. Porque nuestro tiempo casi ha llegado, a tu pesar, y las Tinieblas despiertan, ¡las Tinieblas están renaciendo!

Las palabras rugieron en la mente de Will según la niebla se arremolinaba más oscura, le helaba la cara y lo obscurecía todo, incluso el suelo bajo sus pies. No

pudo ver el arpa, pero la sentía aferrada fuertemente entre sus brazos. Se tambaleó medio mareado y un terrible escalofrío le recorrió el cuerpo.

Luego desapareció. Allí estaba, en el camino entre los setos, con el arpa pegada al pecho. El valle estaba despejado bajo el cielo gris y a sus pies yacía un trozo de un viejo costal vacío.

Temblando, Will se agachó, envolvió el arpa de nuevo y se dirigió hacia la granja de Clwyd.

Subió la escalera directamente hacia su habitación para esconder el arpa y saludó de paso a su tía Jen. Ella le devolvió el saludo sin volverse, mientras colocaba con cuidado una sartén en los fogones. Pero cuando Will bajó de nuevo, la enorme cocina parecía estar llena de gente. Su tío y Rhys recorrían la estancia arriba y abajo, sin descanso, con los rostros tensos por la preocupación. John Rowlands acababa de entrar por la puerta.

—¿Le has visto? —preguntó Rhys angustiado a Rowlands.

El surcado y tostado rostro de John Rowlands ganó unas cuantas arrugas de más y alzó las cejas.

—¿A quién debería haber visto?

David Evans agarró una silla y se dejó caer pesadamente en ella. Suspiró.

—Caradog Prichard estaba ahí fuera. Su locura no tiene límites. Dice que un perro ha molestado a otra oveja esta tarde..., que la ha matado. Dice que ha sucedido justo en su patio, de nuevo, y que él y su mujer lo han visto todo. Jura y perjura que el perro era Pen.

—Amenazaba con la escopeta, ese maldito loco —añadió Rhys con rabia—. Seguro que le hubiera disparado al perro si Pen y tú hubierais estado aquí. Gracias a Dios que no estabais.

—Me sorprende que no nos esperara en la puerta —dijo John Rowlands con calma.

—Le dije que hacía rato que estabas en la montaña, detrás de algunas ovejas —explicó el tío de Will desanimado—. Sin duda, ese loco estará ahí fuera buscándote.

—No me sorprendería que le disparara a una oveja —añadió John Rowlands—. Si encuentra una oveja negra, claro.

Pero David Evans estaba demasiado trastornado para sonreír.

—Deja que lo haga y me lo llevaré a la comisaría de Tywyn, con perros o sin perros. Esto no me gusta, John Rowlands. Ese hombre actúa como si..., no sé, creo que está empezando a perder la cabeza. Estaba rabioso. Que los perros maten ovejas no es bueno, bien lo sabe Dios, pero actuaba de forma tan violenta como si le hubieran matado a un hijo. Si los tuviera. Creo que es mejor que no los haya tenido.

—Pen ha estado conmigo todo el santo día —replicó John Rowlands con su tranquila y profunda voz.

—Por supuesto que lo ha estado —corroboró Rhys—. Pero Caradog Prichard no lo hubiera creído aunque te hubiera estado viendo todos los minutos del día con sus propios ojos. Es así de perverso. Y mañana volverá, de eso no hay duda.

—Quizá Betty Prichard pueda hacerle entrar en razón antes —sugirió tía Jen—. Aunque tampoco ha tenido mucha suerte en otras ocasiones, bien lo sabe Dios. Debe de ser difícil estar casada con un hombre como ese.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó John Rowlands al tío de Will.

—No lo sé —contestó David Evans sacudiendo la cabeza malhumorado—. ¿Tú que piensas?

—Bien —anunció John Rowlands—, pensaba que si no vais a usar el Land-Rover por la mañana, iré al valle temprano y dejaré a Pen unos días con Idris Jones Ty-Bont.

El tío de Will alzó la cabeza y se le iluminó el rostro por primera vez.

—Bien. Muy bien.

—Jones Ty-Bont te debe un favor, ya que le prestaste el tractor este verano. Y de todas formas es un buen tipo. Y uno de sus perros es de la misma carnada que Pen.

—Es muy buena idea —corroboró Rhys—. Y se nos han acabado las bujías para la sierra mecánica. Podrías comprar una en Abergynolwyn de vuelta.

—Entonces, todo arreglado —rió Rowlands.

—Señor Rowlands —intervino Will—. ¿Podría ir yo también?

No se habían percatado de su presencia hasta entonces. Volvieron las cabezas sorprendidos hacia la escalera.

—Serás bienvenido —respondió John Rowlands.

—Será bonito —añadió tía Jen—. Justo ayer pensaba que todavía no te habíamos llevado al Tal y Llyn. El lago de allí arriba. La granja de Idris Jones está justo al lado.

—Caradog Prichard no podrá ni imaginar que el perro está allí —intervino David Evans—. Eso le dará tiempo para enfriarse.

—Y si la matanza de ovejas continúa... —observó Rhys. Dejó la frase sin terminar a propósito.

—Tenemos que pensar en algo —dijo la tía de Will—. Tenemos que asegurarnos de que Caradog crea que Pen todavía sigue aquí. Y así, si mañana dice que ha visto con sus propios ojos que Pen las ha atacado de nuevo, le haremos ver su error.

—Muy bien —concluyó John Rowlands—. Pen está en casa tomando su cena; creo que iré a unirme a él. Nos iremos a las cinco y media, Will. Caradog Prichard no es el tipo más madrugador del mundo.

—Quizá el joven Bran también quiera ir con vosotros, siendo sábado —sugirió David Evans apoyándose relajado contra la silla.

—No lo creo—contestó Will.

El lago Alegre

Will esperaba ser el único de la casa en estar en pie a las cinco de la mañana, pero su tía Jen se había levantado antes que él. Le ofreció una taza de té y una enorme rebanada de pan recién hecho con mantequilla.

—Fuera hace frío tan temprano —le avisó—. Será mejor que comas algo antes.

—El pan con mantequilla sabe mil veces mejor aquí que en cualquier otro sitio —respondió Will. Al alzar la vista mientras masticaba, vio que ella le observaba con una divertida e irónica media sonrisa.

—Eres la viva imagen de la salud —dijo—. Igual que tu hermano mayor, Stephen, cuando tenía tu edad. Nadie diría lo enfermo que has estado. Pero, madre de Dios, no es exactamente una cura de reposo lo que te hemos ofrecido. El fuego y todo eso de la matanza de ovejas...

—Excitante —farfulló Will con la boca llena.

—Bueno, sí —afirmó tía Jen—. Desde luego, para una tierra en la que nunca ocurre nada de un año al otro. Creo que he tenido suficientes emociones para una larga temporada.

—Supongo que el último revuelo fue cuando la madre de Bran apareció —aventuró Will a la ligera, pero deliberadamente.

—Ah —respondió su tía. Su bondadoso y agradable rostro era muy inexpresivo—. Ya has oído hablar de eso, ¿no? Supongo que John Rowlands te lo contó. Tiene buen corazón, *Shoni mawr*, sin duda tenía sus razones. Dime, Will, ¿has tenido alguna especie de trifulca con Bran?

Will pensó: *«Era eso lo que querías preguntarme con la taza de té, porque también tienes buen corazón y has sentido la tristeza de Bran... Ojalá pudiera ser del todo sincero contigo».*

—No —contestó—. Pero perder a Cafall ha sido un duro golpe para él y creo que quiere estar solo. Durante un tiempo.

—Pobre chico —sacudió la cabeza—. Sé paciente con él. Es un muchacho adorable y, en cierto modo, lleva una vida extraña. Ha sido maravilloso para él tenerte aquí, hasta que esto lo ha estropeado todo.

Un agudo dolor atravesó el antebrazo de Will. Lo localizó y descubrió que provenía de la cicatriz de la Luz, marcada a fuego.

—¿Volvió ella alguna vez, tía Jen? —preguntó de súbito—. La madre de Bran. ¿Cómo pudo irse y abandonarlo así?

—No lo sé —contestó su tía—. Pero no, no volvió a dar señales de vida.

—De la noche a la mañana, marcharse para siempre... Creo que eso debe de atormentar bastante a Bran.

Tía Jen se volvió hacia él bruscamente.

—¿Ha comentado él alguna vez algo acerca de eso?

—No, por supuesto que no. Nunca hemos hablado de eso. Solo que creo..., estoy seguro de que eso todavía debe de dolerle.

—Eres un muchacho singular —declaró su tía de forma extraña—. A veces pareces un anciano. Supongo que es porque tienes tantos hermanos y hermanas mayores que tú... Quizá entiendas a Bran mejor de lo que podrían hacer muchos otros chicos. —Vaciló un instante y luego acercó la silla—. Te diré una cosa —le confió—, por si pudiera ayudar a Bran. Sé que tienes suficiente cordura como para no contárselo a él. Creo que Giny, su madre, tuvo que superar algún grave problema en el pasado contra el que nada pudo hacer y que por eso quería ofrecerle a Bran una vida alejada de todo aquello. Sabía que Owen Davies era un buen hombre y que cuidaría del chico, pero también sabía que no amaba a Owen de la misma manera que él la amaba a ella, no lo suficiente como para casarse con él. Cuando las cosas van así, no hay nada que una mujer pueda hacer. Lo mejor que pudo hacer es irse. —Hizo una pausa—. Dirás que no fue justa abandonando a Bran.

—Eso era exactamente lo que iba a decir—contestó Will.

—Bueno —prosiguió su tía—. Giny me dijo algo en una ocasión, durante aquellos pocos días que estuvo aquí, cuando estuvimos a solas. Nunca he hablado de ello, pero tampoco lo he olvidado. Me dijo: «*Si alguna vez traicionaras una gran confianza, nunca permitirías que volvieran a desconfiar de ti, porque una segunda traición sería el fin del mundo*». No sé si tiene algún significado para ti.

—¿Quieres decir que estaba preocupada por lo que debía hacer?

—Y más preocupada por lo que había hecho. Fuera lo que fuese.

—Y se marchó. Pobre Bran —sentenció Will.

—Pobre Owen Davies —aclaró su tía.

Se oyeron unos suaves golpecitos en la puerta y apareció la cabeza de John Rowlands.

—*Bore da* —saludó—. ¿Preparado, Will?

—*Bore da*, John —respondió tía Jen sonriéndole. La sorprendida sonrisa brilló, dándole la bienvenida.

—Nos vemos pronto.

—Tu tía te quiere mucho —le confesó John Rowlands mientras conducía el coche a través de la puerta de la granja.

Will aguantó la puerta abierta para que Pen subiera. El perro dio un salto sobre el asiento trasero y se tumbó dócilmente en el suelo.

—Yo también la quiero mucho. Y mi madre también.

—Entonces ten cuidado, ¿vale? —avisó John Rowlands. Su arrugado y tostado rostro no revelaba expresión alguna, pero las palabras tenían fuerza. Will le miró fríamente.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno —dijo Rowlands despacio mientras dirigía el Land-Rover hacia la carretera—. No estoy del todo seguro de lo que aquí está pasando, Will *bach*, o hacia dónde nos conduce. Pero aquellos que saben algo sobre la Luz, también saben que existe cierta crueldad inherente a su poder, como la espada de la justicia o la blanca combustión del Sol. —Su profunda voz sonaba muy galesa—. En su fuero interno es así. Cosas como la humanidad, la misericordia, la caridad, que la mayoría de los hombres buenos sostienen como lo máspreciado, no son lo primero para la Luz. Sí, a veces son inherentes, de hecho, a menudo. Pero, en definitiva, vuestra gente está interesada en el bien absoluto por encima de todo. Sois como fanáticos. Tus maestros, sobre todo. Como los antiguos Cruzados... o como ciertos grupos en todas las creencias, aunque no es una cuestión de religión, por supuesto. En el centro de la Luz hay una fría llama blanca, igual que en el centro de las Tinieblas hay un gran pozo negro tan profundo como el Universo.

Su cálida y grave voz se apagó y solo se pudo distinguir el rugido del motor. Will miró hacia los campos cubiertos por una neblina gris, en silencio.

—Ha sido un largo discurso —apuntó John Rowlands incómodo—. Pero lo que quiero decir es que no olvides que hay gente en este valle que puede resultar herida, incluso en la persecución de un buen fin.

Will volvió a oír en su cabeza el angustiado grito de Bran cuando Cafall cayó muerto por el disparo, y su fría despedida: «Vete, vete...», Pero un segundo después una imagen inesperada proveniente del pasado cruzó por su mente: el fuerte y enjuto rostro de Merriman, su maestro, el primero de los Ancestrales, juzgando fríamente a una figura amada que, siendo no más que un débil humano, traicionó una vez la causa de la Luz. Suspiró.

—Entiendo lo que dices —contestó con tristeza—. Pero nos prejuizas porque tú mismo eres un hombre. Para nosotros solo existe el destino. Como un trabajo que ha de hacerse. Estamos aquí solo para salvar al mundo de las Tinieblas. No lo dudes, John, las Tinieblas están despertando, y pronto se apoderarán del mundo si nada las detiene. Y si eso ocurre, entonces no habrá discusión posible sobre la cálida caridad o el frío bien absoluto, porque no existirá nada en el mundo o en los corazones de los hombres, a excepción de un pozo negro sin fondo. La caridad, la misericordia y el humanitarismo son para vosotros, las únicas cosas con las que los hombres pueden convivir en paz. Pero en este difícil momento en el que se encuentra la Luz, enfrentándose a las Tinieblas, no podemos hacer uso de ellas. Estamos librando una batalla. Luchamos a vida o muerte... no por nuestra vida, tenlo en cuenta, ya que no podemos morir. Por la vuestra.

Alargó el brazo hacia atrás, sobre el respaldo del asiento, y Pen se lo lamió con su colgante y húmeda lengua.

—A veces —continuó despacio—, en esta especie de guerra, no es posible hacer una pausa para allanarle el camino a un ser humano, porque incluso esa menudencia podría significar el fin del mundo para siempre.

Una fina lluvia comenzó a empañar el parabrisas. John Rowlands puso en marcha los limpiaparabrisas, mirando hacia delante, hacia el mundo gris, mientras conducía.

—Vives en un mundo muy frío, *bachgen*. No puedo pensar en algo tan alejado de mí. Yo pondría al ser humano por encima de los principios, siempre —declaró.

Will se hundió en su asiento y, subiendo las rodillas, se hizo un ovillo.

—Bueno, yo también —respondió con tristeza—. Yo también, si pudiera. Me sentiría mucho mejor. Pero no funcionaría.

Tras ellos, Pen se levantó de un salto y empezó a ladrar. Will se desenrolló como una serpiente sorprendida. John Rowlands frenó en seco, se volvió y le dijo algo rápido y en voz baja al perro, en gales. Pero Pen seguía erguido en la parte trasera del Land-Rover, tieso como un perro de caza, ladrando furiosamente y, un instante después, como si hubiera observado algo más allá, Will sintió como su propio cuerpo se tensaba mientras sentía la misma fuerza. Clavó las uñas en las palmas de sus manos.

John Rowlands no detuvo el coche aunque aminoró la velocidad hasta una marcha lenta. Dirigió una rápida ojeada a través de su ventana hacia el páramo, a través de la niebla, y volvió a acelerar. En pocos segundos, Will sintió que la tensión abandonaba sus extremidades y volvió a sentarse, jadeando. El perro también dejó de ladrar y, en el repentino y profundo silencio, se tendió dócilmente en el suelo como si nunca se hubiera movido de allí.

—Acabamos de pasar la casa —le informó Rowlands con su tensa y grave voz—. La casa vacía donde perdimos la oveja.

Will no respondió. Su respiración se iba haciendo más rápida y superficial, como cuando acababa de sobreponerse de lo peor de su enfermedad. Encogió los hombros e inclinó la cabeza bajo el violento peso del poder del Rey Gris.

John Rowlands condujo más rápido; forzó el robusto y pequeño coche a girar en las curvas sin visibilidad bordeadas de paredes de pizarra. La carretera rodeaba el valle. Nuevas y enormes laderas se erigían en su cara este, alzándose hacia el cielo desnudo y gris, traicioneras a causa de las rocas resbaladizas. Por todas partes se cernían sobre los tranquilos pastos verdes, dominantes, amenazadoras. Al fin aparecieron señales de carreteras secundarias y de desperdigadas casitas de grises tejados de pizarra. Delante de ellos, cuando Rowlands comenzó a aminorar la marcha al acercarse a un cruce, Will vio el lago Tal y Llyn.

Su tía le había dicho que era el lago más hermoso de Gales, pero reposando obscuro, allí, en la gris mañana, era más siniestro que hermoso. Sobre su superficie calmada y negra no se levantaba ni un rizo. Abarcaba todo el fondo del valle. Sobre

él se alzaban las primeras laderas del Cader Idris, la montaña del Rey Gris, y más allá, en el extremo más lejano del valle, un paso conducía a través de las colinas... a lo lejos, sintió Will, hacia el final del mundo. Había recuperado el autocontrol, pero podía sentir cómo la tensión atenazaba su mente. El Rey Gris había percibido su llegada, y la conciencia de su iracunda hostilidad era tan clara como si la hubiera anunciado a gritos. Will sabía que no tardaría mucho en aparecer alguno de sus observadores, un peregrino volando alto sobre las montañas, para remitir una clara señal de él. A partir de entonces no sabía lo que podría pasar.

John Rowlands dirigió el Land-Rover hacia un angosto sendero, alejándose del lago, y poco después llegaron a una granja que descansaba bajo las laderas más bajas del Cader Idris. Will saltó fuera para abrir y cerrar la puerta de entrada. Cuando pisó el patio de la granja vio un pequeño hombre con una gorra que salía de la casa para saludarlos. Los perros ladraban. Pudo divisar a uno de ellos, que esperaba un poco apartado del lugar por donde el granjero había salido: un perro pastor un poco más pequeño que Pen, pero con el mismo pelo negro y la mancha blanca bajo el mentón.

Rowlands comenzó una animada conversación en gales mientras Will se acercaba.

—Idris, este es un nuevo ayudante que tengo..., el sobrino de David Evans, Will, de Inglaterra.

—¿Cómo está, señor Jones? —saludó Will. Idris Jones Ty-Bont le guiñó un ojo mientras se daban la mano. Tenía unos enormes y bastante saltones ojos negros que le daban el desconcertado aire de un lémur.

—¿Qué tal, Will? He oído que te lo has estado pasando bien con nuestro amigo Caradog Prichard.

—Todos nos lo hemos pasado bien —se adelantó John Rowlands fríamente. Silbó por encima del hombro y Pen saltó fuera del coche, le miró como si le pidiera permiso para irse y salió corriendo a saludar al otro perro negro. Dieron vueltas uno alrededor del otro alegremente, sin ladrar.

—Lala es su hermana, lo creas o no. —Idris Jones informó a Will—. Son de la misma carnada, cerca del camino de Dinas. De eso ya hace un tiempo, ¿eh, John? Acompañadme dentro, Megan acaba de preparar té.

En la cálida cocina se hallaba la corpulenta y sonriente señora Jones, que abultaba casi el doble que su marido. El olor del beicon frito hizo que Will se sintiera hambriento de nuevo. Se sirvió alegremente dos huevos fritos, gruesas lonchas de beicon curado casero y unas pastas galesas recién hechas, pastelillos en miniatura salpicados de pasas. La señora Jones comenzó a charlar inmediatamente con John Rowlands en un alegre y fluido gales, casi sin tomar aliento o dejar que su marido con su fina voz o el grave murmullo de Rowlands intercalaran una o dos frases. Sin duda, disfrutaba relatando toda la chismorrería local y recabando toda aquella que

viniera de Clwyd. Will, atiborrado de beicon y satisfecho, había dejado de prestar atención cuando vio que John Rowlands, con un movimiento repentino, se sentó más adelante y se sacó la pipa de la boca.

—¿Has dicho sobre el lago, Idris? —preguntó Rowlands en inglés.

—Exacto —contestó el granjero Jones cambiando también de idioma con una rápida sonrisa dirigida a Will—. Sobre un saliente. No he tenido oportunidad de acercarme mucho, preocupado como estaba por mis propias ovejas, pero estoy casi seguro de que era una oveja de Pentref. No hacía mucho que estaba muerta, creo; los pájaros todavía no la habían tocado..., quizá un día o dos. Lo que me intrigó fue la sangre alrededor del cuello. Bastante antigua, muy oscura; tuvo que impregnar la lana mucho antes de que muriera la oveja. Y para una oveja herida, esa ladera es un sitio bien extraño adonde ir a parar. Bueno, os lo enseñaré más tarde.

Will y John Rowlands intercambiaron una significativa mirada.

—¿Crees que es nuestra oveja? —preguntó Will—. ¿La que desapareció?

—Podría ser —contestó John Rowlands.

Posteriormente, cuando Idris Jones les llevó a ver a la oveja, no dejó que Will se acercara lo suficiente para examinarla.

—No es una visión agradable, *bachgen* —dijo a modo de explicación con una mirada vacilante a Will, mientras se recolocaba la gorra sobre la cabeza—. Una oveja, cuando los cuervos han estado sobre ella durante un día o dos, puede revolverte el estómago si no estás acostumbrado... Espera aquí un momento, volveremos enseguida.

—De acuerdo —se resignó Will. Pero mientras los dos hombres estaban con la oveja en la inclinada y resbaladiza ladera, se sentó bruscamente, atacado por un mareo repentino y supo con certeza que no hubiera sido buena idea haber ido a verla. Se encontraban en una ladera que se extendía sobre el lago, una ancha y desprotegida extensión de rocas y hierba rala, rota por los salientes y los afloramientos de granito. Más allá, valle abajo, la montaña estaba revestida por unos bosques oscuros de árboles bajos, pero aquí la tierra estaba desnuda, era inhospitalaria. La oveja muerta yacía en un saliente que a Will se le antojaba totalmente inaccesible. Sobresalía de la montaña sobre su cabeza. El patético montón blanco que yacía en él no era visible desde donde se encontraba en aquel momento. Tampoco podía ver a John Rowlands o a Idris Jones, que continuaron subiendo, seguidos de los dos perros negros.

Doscientos pies más abajo descansaba el lago, su quietud rota solo por un pequeño bote que avanzaba perezosamente mientras se alejaba de las pequeñas cabañas de pescadores que moteaban las montañas en la cara opuesta. Will no pudo distinguir ninguna otra señal de vida en el resto del lago ni en ninguna parte del valle. La tierra parecía más apacible ahora, con sutiles colores por todas partes, ya que el tenaz sol estaba abriéndose paso a través de las errantes nubes.

Oyó que alguien arrastraba los pies y trastabillaba por encima de él. John Rowlands bajaba por la empinada pendiente plantando sus pies firmemente en el esquisto diseminado entre la fina hierba. Idris Jones y los perros le seguían. El arrugado rostro de Rowlands mostraba desolación.

—Sin duda es la misma oveja, Will —declaré—. Pero cómo pudo salir de aquella casa y venir a parar aquí está fuera de toda comprensión. No tiene ningún sentido.— Miró por encima de su hombro hacia Idris Jones, quien estaba sacudiendo la cabeza como un pájaro entristecido. —Ni para Idris tampoco. Le he contado la historia.

—Ya —exclamó Will con tristeza, sin molestarse en fingir—, la verdad es que no es muy complicado. El *milgwn* se la llevó.

Vio de soslayo que Idris Jones Ty-Bont se ponía muy rígido, sobre la pendiente, y le miraba fijamente. Evitó la mirada del granjero y se sentó, apretando las rodillas contra el pecho. Alzó la vista hacia John Rowlands, bajando la guardia por primera vez, con los ojos no de un muchacho, sino de un Ancestral. El tiempo se le acababa y estaba cansado de disimular.

—El líder de los *milgwn* —prosiguió—. El jefe de los zorros del Brenin Llwyd. Es el más grande de todos y el más poderoso. Su amo le ha concedido el poder de realizar muchas cosas. No es más que una criatura, todavía, pero no es del todo... común. Por ejemplo, en estos momentos tiene el mismo color de pelo que Pen y así es difícil para cualquier hombre que lo vea atacando a las ovejas no pensar que es Pen el que lo hace.

John Rowlands clavó sus oscuros ojos brillantes como una piedra pulida en él.

—Y quizá antes fuera del mismo color que Cafall, y así también cualquiera habría pensado que...-concluyó Rowlands.

—Sí —confirmó Will—. Lo habrían hecho.

Rowlands sacudió la cabeza bruscamente, como si quisiera deshacerse de un peso.

—Creo que es hora de bajar de la montaña, Idris —anunció firmemente y ayudó a Will a levantarse.

—Sí —asintió Idris Jones rápidamente—. Sí, sí. —Los siguió, totalmente perplejo, como si acabara de oír a una oveja ladrar como un perro y tratara de encontrar la manera de creer lo que acababa de oír.

Los perros corrían enfrente de ellos, volviéndose con actitud protectora de vez en cuando para asegurarse de que los seguían. John Rowlands pronto dejó que Will caminara solo, ya que ir en fila india era la única forma de bajar por el ventoso y empinado sendero abierto por las ovejas y usado de vez en cuando por los hombres. Will estaba a medio camino del lago cuando tropezó.

Cómo llegó a trastabillar era una cosa que nunca podría explicar. Lo único que sabía es que la montaña se encogió..., y no soñaba que ni siquiera John Rowlands, en

el colmo de la credulidad, lo creyera. Sin embargo, la montaña se agitó, mediante la perversidad de su amo, el Brenin Llwyd, de modo que una parte del terreno bajo los pies de Will se elevó imperceptiblemente y volvió a su posición, como un gato arqueando el lomo, y Will solo se percató de él, con total horror, en el momento en que perdía el equilibrio y caía rodando. Oyó gritar a los hombres y fue consciente de los movimientos frenéticos de Rowlands cuando se lanzó hacia delante para atraparlo. Pero no llegó a tiempo y ya caía rodando y tropezando. Fue un saliente de granito que sobresalía, igual que aquel donde habían encontrado a la oveja muerta, el que detuvo la caída de unos cien pies de altura sobre el borde del lago. Se oyó un fuerte golpe sordo cuando topó contra el saliente de la roca y gritó de dolor como si una flecha de fuego le hubiera atravesado el brazo izquierdo. Pero la roca lo había salvado. Se quedó inmóvil.

Diligente como una madre, John Rowlands comprobó el hueso del brazo. El moreno de su rostro había adquirido un extraño color allí donde la sangre había desaparecido.

—*Duw* —musitó con voz ronca—, eres un tipo con suerte, Will Stanton. Esto te va a doler un poco durante unos días, pero no está roto por ninguna parte por lo que he podido comprobar. Y podría haberse hecho añicos.

—Y el chico estaría en el fondo del Llyn Mwyngil —agregó Idris Jones, agitado. Se irguió y trató de recuperar el aliento que había perdido—. ¿Cómo diablos has hecho para caerte de esa forma, *bachgeri*? No íbamos nada rápidos, pero a la velocidad que bajabas... —Silbó suavemente y se sacó la gorra para secarse la frente.

—Con cuidado —urgió John Rowlands mientras ayudaba a Will a ponerse en pie—. ¿Estás bien para caminar? ¿No te has hecho daño en ninguna otra parte?

—Estoy bien. De verdad. Gracias.—Will intentaba volverse hacia Idris Jones. — Señor Jones, ¿cómo ha llamado al lago?

—¿Qué? —preguntó con una mirada inexpresiva.

—Usted ha dicho que «el chico podría estar en el fondo del lago», ¿no? Pero no ha dicho Tal y Llyn; lo ha llamado de otra forma. Llyn algo más.

—Llyn Mwyngil. Es el nombre correcto, el antiguo nombre gales —explicó Jones, que le miraba desconcertado. Sospechaba claramente que se había golpeado la cabeza en la caída—. Es un nombre bonito, pero hoy en día casi nadie lo usa, ni tan siquiera sale en el mapa oficial del estado, el *Ordinance Survey*... como Bala —añadió ausente—. Lo deberían llamar Llyn Tegid, como siempre ha sido, pero en todas partes lo llaman el lago Bala...

—Señor Jones, ¿qué significado tiene *Llyn Mwyngil* en inglés? —insistió Will.

—Bueno..., «el lago Alegre». El retiro alegre. Cualquiera de los dos.

—El lago Alegre —musitó Will—. No me extraña que me cayera. El lago Alegre.

—Sí, supongo que más o menos podrías llamarlo así. —Idris Jones se serenó de

súbito y se volvió, invadido por una desconcertante angustia—. John Rowlands, ¿qué pasa con este loco que has encontrado, aquí de pie hablando de semántica sobre una montaña, cuando ha estado a punto de romperse el cuello? Llévatelo a la granja antes de que le dé un ataque y empiece a hablar en arameo.

—Vamos, Will. —En la grave y ahogada risa de John Rowlands se distinguía el alivio.

La rellena señora Jones revoloteaba alrededor de Will, preocupada, mientras le ponía una compresa fría en el antebrazo. Nadie le iba a permitir hacer nada ni ir a ningún sitio. La desigual luz del sol era más cálida y Will no encontró desagradable del todo tener que tumbarse boca arriba en la hierba cerca de la casa de la granja, con el frío morro de Pen apoyado en su oreja, a contemplar las nubes a medida que atravesaban el pálido cielo azul. John Rowlands decidió que iría a Abergynolwyn, cerca de allí, para recoger la bujía que Rhys quería de aquel garaje. Idrís Jones también tenía que hacer unos recados, lo que significaba que también iría. Ambos decidieron que Will debía quedarse con la señora Jones y los perros, y descansar. Will sentía como si se estuvieran recuperando de la caída ellos mismos. Le trataban como a una frágil pieza de porcelana que, tras haber sobrevivido mágicamente sin romperse, debía ponerse con sumo cuidado en un estante y no moverla durante un período prudencial.

El Land-Rover marchó traqueteando con los dos hombres. La señora Jones se deshizo en atenciones hasta que se convenció de que Will ya no padecía dolor alguno, y luego se marchó a la cocina, dispuesta a hacer pasteles.

Durante un rato, Will se quedó sentado mientras jugaba ociosamente con los perros. Pensaba en el Rey Gris con una mezcla de breve triunfo, resentimiento, beligerancia y nerviosismo sobre lo que podría suceder a continuación. Porque ahora no había escapatoria posible. Lo había sabido, de alguna manera, incluso cuando salieron por la mañana. Su camino se dirigía firmemente hacia el corazón del Brenin Llwyd. «Junto al lago Alegre yacen los Durmientes, en la Vía de Cadfan, donde el cernícalo llama...». Nunca se le había ocurrido seguir la pista más sencilla del enigma y recorrer la Vía de Cadfan hasta que le condujera a un lago. Pero no habría habido diferencia alguna. Tarde o temprano hubiera llegado donde se encontraba, al Tal y Llyn, al Llyn Mwyngil, el lago en el alegre retiro bajo la sombra del Rey Gris.

Llevándose a Pen consigo y dejando a la paciente y resignada Lala detrás, fue a pasear más allá de la puerta de la granja y se dirigió hacia el camino delimitado por las paredes de pizarra. Unas cuantas moras tardías colgaban sobre el banco de hierba y una alondra cantaba tras la valla; parecía un día de verano. Pero, aunque el sol brillaba, en la distancia, sobre las zarzas, Will podía distinguir la niebla que rodeaba los picos del Cader Idris.

Se encontraba en un somnoliento y suspendido estado mental debido en parte al

calmante que la señora Jones le había administrado para el dolor del brazo, cuando de súbito vio a un chico que se acercaba en bicicleta hacia él a toda velocidad por el camino. Will saltó hacia un lado. Se oyó el quejido de unos frenos, una nube de polvo de pizarra se levantó y el chico cayó formando una pila de piernas y ruedas que giraban al otro lado del camino. Su gorra cayó hacia atrás y Will vio el pelo blanco. Era Bran.

Su rostro estaba empapado de sudor; su camiseta se le pegaba al pecho y jadeaba por el esfuerzo. No había tiempo para los saludos o las explicaciones.

—¡Will..., Pen..., llévatelo de aquí, escóndelo! Caradog Prichard lo sabe. Viene hacia aquí. Está como ido, jura que va a matar a Pen sea como sea y está de camino hacia aquí, con su escopeta...

La piedra espía

Bran se puso en pie y se sacudió el polvo y la hierba.

—¿Has pedaleado todo el camino desde Clwyd? —le miró Will, asombrado.

Bran asintió.

—Caradog Prichard llegó dando alaridos esta mañana en su camioneta, buscando a Pen. Está totalmente decidido a matarlo. Me asusté, Will. La forma en que miraba... No es un hombre. Y creo que ha estado merodeando toda la noche alrededor de John Rowlands y Pen. Estaba muy desaliñado y no iba afeitado. —Su respiración se iba haciendo cada vez más acompasada. Recogió la bicicleta—. Vamos. ¡Rápido!

—¿Adonde vamos?

—No lo sé. A cualquier parte. Lejos de él. —Remolcó la bicicleta hasta el banco que bordeaba la parte izquierda del camino y abrió la marcha a través de los arbustos y los árboles, hacia el páramo abierto que se extendía valle abajo, lejos del lago. Will le seguía detrás, con Pen a un costado.

—Pero ¿de verdad sabe que estamos aquí? No puede saberlo.

—Eso es lo que no entiendo —declaró Bran—. Estaba discutiendo con tu primo Rhys sobre dónde estaba Pen y, entonces, se detuvo bruscamente y se fue muy callado. Era como si hubiera oído algo. Entonces dijo: «*Sé dónde están. Han ido al lago*». Así mismo. Rhys intentó razonar con él, pero creo que no funcionó. No sé cómo, Prichard lo sabía. Estoy seguro de que está de camino a Ty-Bont. ¡Pen! ¡Aquí! —Silbó y el perro hizo una pausa y los esperó. Caminaban sobre suelo empinado, a través de helechos altos hasta la cintura, por un sinuoso sendero abierto por las ovejas.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí antes que él? —preguntó Will.

Bran le miró por encima del hombro con una rápida sonrisa. Se había adelantado un poco en el camino mientras empujaba la bicicleta. Will observó que la desesperada figura de Bran del día anterior había sufrido una transformación.

—Caradog Prichard no debe de estar muy contento —declaró Bran solemne—. Llevaba mi navaja en el bolsillo, ya sabes. Pues resulta que pasé al lado de su furgoneta cuando no miraba, la hundí en el neumático trasero y le hice un buen jirón. Y ya que estaba en ello, también le pinché la rueda de repuesto. ¿Sabes la forma en que la lleva sujeta a un lado de la furgoneta? Mal hecho, debería llevarla dentro.

La tensión que atenazaba a Will se distendió como un muelle que salta, y comenzó a reír. Una vez que empezó, fue difícil parar. Bran hizo una pausa, sonrió y, un instante después, la sonrisa se convirtió en una risa ahogada. Poco después, ambos se agarraban el estómago con ambas manos a causa de la risa. Reían a carcajadas, se tambaleaban, se apoyaban el uno en el otro en un frenético e hilarante carcajeo

ahogado, mientras Pen saltaba a su alrededor alegremente.

—Me imagino su cara —consiguió decir Will— cuando vaya a arrancar la furgoneta y ¡pufff!, la rueda pinchada, y se ponga furioso y la cambie, y comience a arrancarla de nuevo y puff...

Volvieron a desternillarse de risa.

Bran se sacó las gafas oscuras y las limpió.

—Ten en cuenta —añadió— que esto, a largo plazo, empeorará las cosas, porque sin lugar a dudas averiguará que alguien le pinchó las ruedas a propósito y eso solo le pondrá aún más furioso.

—Se lo merece —contestó Will. Recuperado el control, pero alegre, miró a Bran de soslayo con timidez—. Esto... —prosiguió—, ha sido muy amable por tu parte, dadas las circunstancias.

—Ya, bueno —musitó Bran.

Volvió a colocarse las gafas y volvió a refugiarse una vez más tras aquella impenetrabilidad. Su pelo blanco caía en mechones sobre la frente, oscurecidos por la humedad. Parecía que iba a añadir algo más, pero cambió de opinión.

—¡Vamos! —le arengó. Saltó sobre la bicicleta y comenzó a pedalear erráticamente a lo largo del ondulante sendero a través de los helechos.

—¿Adonde vamos? —Will comenzó a correr.

—¡Dios sabe!

Se lanzaron a una alegre y alocada carrera a través del valle. Subieron pendientes, salvaron depresiones, treparon a lomas, bordearon rocas erosionadas cubiertas de líquen, a través de la hierba, los helechos, el brezo y el tojo; a menudo, sobre el encharcado suelo cercano a los pequeños riachuelos que alimentaban el río; a través de los juncos y los lirios. Habían recorrido un largo camino y se habían alejado considerablemente del lago. Estaban sobre la tierra del valle principal, tierras de pasto abiertas que emergían de entre los campos arados de la granja Clwyd y la de Prichard, en las sobresalientes colinas.

De súbito Bran resbaló y se tambaleó hacia un lado. Pensando que se había caído, Will fue en su ayuda, pero Bran le agarró del brazo y apuntó con urgencia a través del páramo.

—¡Allí! ¡En la carretera! Hay una curva a lo lejos por donde puedes ver acercarse a los coches antes de que lleguen aquí... ¡Estoy casi seguro de haber visto la furgoneta de Prichard!

Will agarró a Pen del collar y observó con desespero a su alrededor.

—Hemos de escondernos... ¿detrás de aquellas rocas de allí?

—¡Espera! ¡Sé dónde estamos! Hay un lugar mejor, por aquí... ¡Vamos!

Bran volvió a tropezar. El enorme perro pastor se escurrió de las manos de Will y saltó tras él. Will corrió. Rodearon un grupo de árboles cercanos y más allá

distinguieron el brillo de la pizarra gris de una pared baja en ruinas. La casa tenía un aspecto muy distinto, vista por detrás. Will no la reconoció hasta que fue demasiado tarde. Bran ya estaba dentro; había abierto de un empujón la destartada puerta trasera antes de que pudiera prevenirle y, entonces, ya no le quedaba más remedio que seguirle.

Desnudo ante la mirada del Rey Gris, sintió que la fuerza de las Tinieblas ejercía una súbita y férrea presión sobre él, como la de una enorme mano. Se tambaleó tras el perro y el chico de pelo blanco y entró en la casa de la que el *milgwn* había robado la oveja herida, la casa donde Owen Davies se había peleado con Caradog Prichard por la mujer que había dado a luz y abandonado a Bran; la casa encantada, ahora más que nunca, por la perversidad de las renacientes Tinieblas.

Pero Bran, tras apoyar la bicicleta contra la pared, estaba alegre y tranquilo.

—¿No es perfecta? Es una vieja cabaña de pastor, nadie la ha usado durante años... Rápido, por aquí..., mantén la cabeza gacha...

Se agazaparon bajo la ventana; Pen se tumbó a su lado en silencio y vieron a través del agujero de bordes desgastados la pequeña furgoneta gris que pasaba a unos cincuenta metros por la carretera. Prichard conducía despacio. Pudieron verlo fisgar a través de los cristales, comprobando toda el área. Miró sin curiosidad hacia la casa y pasó de largo.

La furgoneta desapareció por la carretera en dirección al Tal y Llyn. Bran se apoyó contra la pared.

—¡Fiuuu! ¡Somos afortunados!

Pero Will no le prestaba atención. Estaba demasiado ocupado intentando defender su mente de la furiosa hostilidad del Rey Gris.

—Vámo... nos... de... aquí —consiguió decir entre dientes, mascullando las palabras lentamente.

Bran le miró, sorprendido, pero no hizo más preguntas.

—De acuerdo. *Tyrd yma*, Pen. —Se volvió hacia el perro y de repente su voz se hizo aguda como el viento entre los cables del telégrafo—. ¡Pen! ¿Qué ocurre? ¡Will, mírale!

El perro yacía tendido sobre el estómago con las cuatro patas estiradas hacia fuera; la cabeza le colgaba de un lado, contra el suelo. Era horrible, sobrenatural; una posición imposible para cualquier criatura viviente. Un débil silbido provenía de su garganta, pero no se movía. Era como si unas agujas invisibles lo mantuvieran clavado al suelo.

—¡Pen! —gritó Will horrorizado—. ¡Pen! —Pero no pudo levantar la cabeza del perro. El animal no estaba paralizado por una circunstancia natural. Solo un hechizo podía haberle presionado tan fuertemente contra el suelo, de tal forma que ninguna mano humana pudiera moverlo.

—¿Qué sucede? —En el rostro de Bran se apreciaba el miedo.

—Es el Brenin Llwyd —explicó Will. Su tono le pareció a Bran más grave que antes, más resonante—. Es el Brenin Llwyd, y ha olvidado el trato que hicimos cuando hablamos ayer. Ha olvidado que me dio una noche y un día.

—¿Has hablado con él?! —Bran oyó cómo su voz se transformaba en un susurro roto, y se agachó paralizado al lado de la ventana.

Pero Will seguía sin prestarle atención. Hablaba para él mismo con su extraña voz adulta.

—No lo ha lanzado contra mí, sino contra el perro. Entonces es indirecto, una estratagema. Me pregunto... —Se interrumpió y miró a Bran. Le apuntó con un dedo a modo de advertencia—. Puedes mirar si quieres, pero sería mejor que no lo hicieras. En todo caso, has de permanecer callado y no hacer ningún movimiento. Ni uno. —De acuerdo— convino Bran.

Le observó desde un rincón, sentado en el sucio y agrietado suelo de pizarra. Vio que Will se trasladaba al centro de la estancia para quedar de pie junto al perro horriblemente postrado.

Will se inclinó y recogió un trozo de madera de los restos que habían permanecido desperdigados por todas partes durante todos aquellos años vacíos. Lo apoyó contra el suelo enfrente de sus pies y, girando, dibujó en el suelo con la punta del palo un círculo alrededor de Pen y de él mismo. A medida que dibujaba el círculo, un anillo de llamas azules se elevaba. Cuando estuvo completado, Will se relajó y se irguió, como alguien que acaba de liberarse de un gran peso que ha estado acarreado. Alzó el palo en el aire verticalmente sobre su cabeza, de manera que tocara el bajo techo, y pronunció unas palabras en una lengua que Bran no conocía.

La casa pareció obscurecerse profundamente. Los débiles ojos de Bran tuvieron que parpadear. Solo consiguió ver el anillo azul de fuego frío y la forma fantasmagórica de Will en el centro. Pero entonces se percató de que otra luz comenzaba a refulgir en la habitación: un pequeño centelleo azul en algún lugar del rincón más alejado. Se iba haciendo cada vez más brillante hasta que comenzó a refulgir con tal intensidad que tuvo que apartar la vista.

Will exclamó algo, cortante y enfadado, en la lengua que Bran no conocía. El círculo de llamas azules se elevó y luego descendió, arriba y abajo, arriba y abajo, hasta tres veces. De súbito, desapareció. Al instante, la casa volvió a llenarse de la luz del día y por ninguna parte se veía la brillante estrella de luz. Bran dejó escapar un profundo suspiro mientras observaba la estancia, tratando de adivinar dónde había brillado aquella luz. Pero ahora la habitación parecía tan diferente y corriente que no supo dónde mirar. Ni siquiera podía imaginar dónde había dibujado el círculo, aunque sabía que estaba alrededor de Will.

Will, de pie, inmóvil, era la única cosa en la estancia que parecía no haber

cambiado en ese segundo... y, aun así, parecía diferente, un chico, como antes, pero que parecía buscar con la mirada una canica errante que hubiera caído rodando.

—Ven y mira —espetó, malhumorado, mirando a Bran.

Sin esperar, mientras Bran se levantaba con nerviosismo, cruzó hasta el rincón más alejado de la estancia, se agachó y comenzó a buscar entre una pequeña pila de trozos de piedra que se encontraban allí, amontonados al azar y polvorientos, sobre los escombros. Los apartó y limpió un espacio donde se adivinaba un pequeño y solitario guijarro.

—Cógela.

Confundido, Bran alargó el brazo e intentó coger el guijarro. Pero no pudo alzarlo. Lo tocó con los dedos. Se irguió, separó las piernas e intentó tirar de él con los dedos. Miró la piedra y luego a Will.

—Es parte del suelo. Tiene que serlo.

—El suelo es de pizarra —dijo Will. Todavía parecía enfadado, casi petulante.

—Bueno, sí. No hay piedras en la pizarra, es verdad. Pero, igualmente, de alguna manera está fijada. Un trozo de cuarzo. No se mueve.

—Es una piedra espía —explicó Will con voz apagada y cansina—. El delator del Rey Gris. Tendría que haberlo adivinado. En este lugar es sus ojos, sus oídos y su boca. A través de ella no solo sabe todo lo que pasa en este lugar, sino que también puede enviar su poder para realizar ciertas cosas, solo por estar ahí. Aunque pocas; nada que implique una gran magia. Pero, por ejemplo, es capaz de paralizar a Pen de forma que no podamos moverlo más de lo que podemos mover la piedra espía.

Bran se arrodilló angustiado junto al perro y le acarició la cabeza presionada de forma tan poco natural contra el suelo.

—Pero si Caradog Prichard nos sigue hasta aquí, y puede hacerlo, sus perros pueden, entonces solo tendrá que disparar a Pen ahí mismo. Y no habrá nada que podamos hacer para evitarlo.

—Esa es la idea —concluyó Will con dureza.

—¡Pero Will, eso no puede suceder! ¡Tienes que hacer algo!

—Solo hay una cosa que podamos hacer —anunció Will—. Aunque, obviamente, no te puedo decir qué es con esa cosa ahí. Eso significa que tendrás que prestarme la bici. Pero no estoy del todo seguro de que debas permanecer aquí solo.

—Alguien tendrá que hacerlo. No podemos dejar a Pen así, solo.

—Lo sé. Pero la piedra espía... —Will miró el guijarro como si fuera un niño pequeño que agarrara un objeto demasiado valioso para tocarlo—. No es un arma particularmente poderosa —explicó—, pero es una de las más antiguas. Todos las usamos, tanto la Luz como las Tinieblas. Existen unas normas, más o menos. Ninguno de nosotros puede ser dañado por una piedra espía..., solo puede ser vigilado. Ese maldito guijarro puede darle al Rey Gris una idea de lo que hago y digo

aquí. Una idea general, como una imagen, no tan específica como en la televisión, menos mal. No puede acarrearle ningún mal o privarme de hacer lo que quiera..., a no ser a través de los objetos que controla. Me refiero a que, aunque de hecho no puede afectarme porque soy un Ancestral, puede transmitir el poder de las Tinieblas, o de la Luz en el caso de que pertenezca a un Ancestral, para afectar a los hombres, a los animales y a las otras cosas de la Tierra. Puede impedir que Pen se mueva y, en consecuencia, detenerme al intentar moverlo yo. ¿Entiendes? Así que, si te quedas aquí, no hay manera de saber qué es exactamente capaz de hacerte.

—No me importa —aseguró con obstinación. Se sentó con las piernas cruzadas al lado del perro—. No puede matarme, ¿no?

—No, claro que no.

—Bien. Entonces me quedo. Vete, llévate la bici.

Will asintió como si aquello fuera lo que hubiera estado esperando.

—Volveré tan rápido como pueda. Pero ten cuidado. Mantente alerta. Si pasa cualquier cosa, vendrá en la forma en que menos te lo esperes.

Salió por la puerta y Bran se quedó en la casa con el perro clavado de forma imposible contra el suelo de pizarra por un fuerte viento invisible, mientras miraba fijamente una pequeña piedra blanca.

—Buenos días, señora Jones. ¿Cómo está?

—Bien, gracias, señor Prichard. ¿Y usted?

El rechoncho y pálido rostro de Caradog Prichard brillaba de sudor. La impaciencia eliminó su educación galesa.

—¿Dónde está John Rowlands? —le espetó bruscamente.

—¿John? —preguntó cariñosamente Megan Jones mientras se limpiaba las enharinadas manos en el delantal—. Vaya, qué lástima, no los has pillado de milagro. Idris y él se fueron a Abergynolwyn hará una media hora. No volverán hasta la hora de comer, y hoy comeremos tarde... ¿Necesita verle con urgencia, señor Prichard?

Caradog Prichard la miró sin verla y no respondió.

—¿Está el perro de Rowlands aquí? —preguntó con un tono de voz agudo y tenso.

—¿Pen? No, por Dios —contestó la señora Jones con sinceridad—. No ha ido con John —le sonrió con amabilidad—. Entonces, ¿es al hombre o al perro al que quiere ver? Bueno, sea lo que sea, puede esperarlos aquí tranquilamente, aunque, como ya le he dicho, puede ser un buen rato. Deje que le sirva una taza de té, señor Prichard, y una deliciosa hojuela recién hecha con azúcar.

—No —respondió Prichard. Se pasó distraídamente la mano por el pelo rojo—. No... no, gracias. —Estaba tan perdido en sus propios pensamientos que apenas parecía percatarse de la presencia de ella—. Iré al pueblo a ver si le encuentro allí. En el Crown, quizá... John Rowlands tiene algunos asuntos con Idris Ty-Bont, ¿no?

—Ah —contestó la señora Jones con amabilidad—, solo está de visita. Tenía algo que hacer en Abergynolwyn, y de pasada, ya sabe, nos ha hecho una visita, señor Prichard. Como usted mismo. —Le sonrió inocentemente.

—Bueno —contestó Caradog Prichard—. Muchas gracias. Adiós.

Megan Jones le siguió con la mirada mientras hacía girar la furgoneta con rapidez y se alejaba camino abajo. Su sonrisa se desvaneció.

—No es un hombre agradable, comentó con el patio de la granja en general. Y algo pasa tras esos pequeños ojos suyos que no es nada grato. Ha sido muy buena idea que el joven Will se llevara el perro a pasear justo ahora.

Will pedaleaba con fuerza mientras bendecía la carretera del valle por su tortuosa planicie. Avanzaba en punto muerto cuando su galopante corazón parecía a punto de salirse del pecho. Conducía con una mano. No había mencionado su brazo herido y Bran no se había dado cuenta, pero le dolía horrores con solo tocar el manillar con la mano izquierda. Intentaba no pensar en cómo le dolería cuando tuviera que acarrear con el arpa.

Aquello era lo único que se podía hacer en aquel momento. La música del arpa era la única magia a su alcance que liberaría a Pen del poder de la piedra espía. En cualquier caso, había llegado la hora de llevar el arpa al lago Alegre para cumplir con un propósito más oscuro. Todo convergía, como si dos caminos condujeran hacia el mismo paso entre montañas. Solo esperaba que ese paso no estuviera bloqueado por algún obstáculo capaz de entorpecer su avance. Esta vez, más que nunca, la empresa de contener a las Tinieblas dependía tanto de las decisiones y las emociones de los hombres como de la fuerza de la Luz. Quizá incluso más.

La intermitente luz del sol titilaba dentro y fuera de sus ojos, como nubes errantes raudas sobre el cielo. «Al menos —pensó con ironía—, hará buen día». Las ruedas silbaban sobre el asfalto. Estaba cerca de la granja Clwyd. Se preguntaba cómo iba a explicar la repentina vuelta y la igualmente repentina salida posterior a su tía Jen. Seguramente estaría sola. Suponía que habría estado por la mañana temprano cuando apareció Caradog Prichard y que le vio cambiar los neumáticos pinchados. Quizá le diría que había vuelto a buscar algo que los ayudaría a mantener lejos a Caradog Prichard, y así evitar que encontrara a Pen..., algo que hubiera sugerido John Rowlands... Pero todavía quedaba la cuestión de cómo dejaría la casa con el arpa de oro. Tía Jen probablemente no dejaría pasar el bulto dentro del saco deshilachado por delante de sus perspicaces ojos sin al menos preguntar qué llevaba envuelto allí. ¿Y qué posible razón le podría dar, y menos que nadie su sobrino, para no dejárselo ver?

Will deseó, y no por primera vez, que Merriman estuviera allí con él, para allanarle el camino. Para un Maestro de la Luz no era sencillo transportar seres u objetos, ya no a través del espacio, sino también del tiempo, en un abrir y cerrar de ojos. Pero para el más joven de los Ancestrales, a pesar de su acuciante necesidad,

aquel era un poder demasiado grande. Llegó a la granja y entró empujando la puerta trasera. Pero, cuando llamó, nadie respondió. De súbito se percató, con gran alivio, de que no había visto ningún coche aparcado en el patio. Tanto su tía como su tío debían de haberse ido. Aquello era, sin duda, un golpe de suerte. Corrió escaleras arriba hacia su habitación, pronunció las palabras necesarias para liberar el arpa de oro de su protección y volvió a bajar corriendo con ella bajo el brazo, un bulto de extraña forma triangular envuelto en un saco raído. Había recorrido la mitad del camino hacia la bicicleta cuando un Land-Rover entró traqueteando a través de la puerta.

Por un instante, Will se quedó helado de pánico. Luego comenzó a caminar lentamente, con cuidado, hacia la bicicleta y le dio la vuelta, preparado para irse.

Owen Davies salió del coche y le miró de frente.

—¿Has sido tú quien ha dejado la puerta abierta? —le preguntó.

—Ah, vaya —exclamó Will sinceramente consternado. Había cometido el clásico pecado de la granja sin ni siquiera darse cuenta—. Sí, he sido yo, señor Davies. No ha estado bien. Lo siento de veras.

Owen Davies, delgado y serio, sacudió la cabeza en reprobación.

—Una de las cosas más importantes que debes recordar en una granja es cerrar cualquier puerta que antes hayas abierto. No sabes la cantidad de ganado de tu tío que puede haber escapado y que no debería haber salido. Sé que eres inglés, y claro, un chico de ciudad, pero no es excusa.

—Lo sé —respondió Will—. Y no soy un chico de ciudad. Lo siento de veras. Se lo haré saber a tío David.

Cogido por sorpresa ante aquella demostración de sinceridad, Owen Davies consiguió emerger con brusquedad a la superficie del pozo de rectitud que amenazaba con tragárselo.

—Bien —prosiguió—. Vamos a olvidarlo por esta vez. Me atrevo a decir que no lo volverás a hacer. —Dirigió su mirada hacia un lado—. ¿No es esa la bicicleta de Bran? ¿Ha venido contigo?

Will apretó el arpa envuelta contra su cuerpo.

—Me la ha prestado. Él fue a dar una vuelta, yo estaba... en el valle, dando un paseo, y lo vi. Pensamos que sería buena idea intentar hacer volar un avión de modelismo que he estado construyendo —le dio unos golpecitos al bulto bajo el brazo y montó en la bicicleta al mismo tiempo—, así que ahora he de volver. ¿Le parece bien? ¿Le necesita para alguna cosa?

—Ah, no —contestó Owen Davies—. En absoluto.

—John Rowlands llevó a Pen con el señor Jones a Ty-Bont, sano y salvo —añadió Will alegremente—. Se supone que me quedaré a comer allí, tarde, según dijo la señora Jones... ¿Le parece bien si llevo a Bran conmigo también, señor Davies? Por favor.

La usual expresión de alarmada corrección se apoderó del enjuto rostro de Owen Davies.

—No, la señora Jones no lo espera, no hay necesidad de molestarla con otro...

De súbito, se interrumpió. Como si hubiera oído algo sin entenderlo. Confundido, Will vio cómo su expresión se volvía extrañamente absorta. Tenía la mirada de un hombre que rememora un sueño recurrente, pero que nunca es capaz de interpretar. Era una mirada que nunca hubiera esperado descubrir en el rostro de un hombre tan predecible y sencillo como el padre de Bran.

Owen Davies le miró fijamente, lo que era aún más inusual.

—¿Dónde dijiste que Bran y tú habéis estado jugando? La dignidad de Will hizo caso omiso de la última palabra. Le dio una patada al pedal de la bicicleta.

—En el páramo. Lejos, valle arriba, cerca de la carretera. No sé cómo describirlo exactamente..., pero más allá de medio camino de la granja del señor Jones.

—Ah —murmuró Owen Davies vagamente. Parpadeó; aparentemente volvía a ser la persona corriente y nerviosa de siempre—. Bueno, quizá sí estaría bien que Bran fuera a comer también con John Rowlands... Dios sabe que Megan Jones está acostumbrada a dar de comer a muchas bocas. Pero asegúrate de decirle que debe estar en casa antes de que oscurezca.

—¡Gracias! —exclamó Will y salió corriendo antes de que pudiera cambiar de opinión. Cerró con cuidado la puerta tras de sí. Emitió un grito a modo de saludo, con el tiempo justo para poder observar la mano del padre de Bran ligeramente levantada mientras seguía su camino.

Pero no había avanzado más que unos cuantos metros, conduciendo torpemente con una mano, despacio, con el arpa agarrada bajo su dolorido brazo izquierdo, cuando todo pensamiento sobre Owen Davies fue barrido de su mente por el Rey Gris. El valle reverberaba de poder y hostilidad. El sol estaba en su cénit, aunque solo a mitad de camino en aquel cielo de una mañana de noviembre. La última parte del tiempo que a Will le quedaba para la consecución de su empresa individual había comenzado. Su mente estaba tan ocupada con los tácitos comienzos de la batalla que aquello era lo único que su cuerpo podía hacer para empujar la bicicleta, y a sí mismo, lentamente a lo largo de la carretera.

Puso muy poca atención cuando un veloz y tambaleante Land-Rover le sobrepasó en la misma dirección. Varios coches ya lo habían adelantado, en ambas direcciones, y en aquella región los Land-Rover eran muy usuales. No había razón alguna por la cual aquel debiera diferenciarse del resto.

El refugio del páramo

Solo, con el perro pastor inmovilizado, Bran se dirigió de nuevo a la pila de escombros en el rincón de la estancia y observó la piedra espía. Tan pequeña, tan normal; era como cualquier otro guijarro de cuarzo blanco desperdigado por el terreno. Se inclinó de nuevo para intentar cogerlo y sintió el mismo estremecimiento de incredulidad cuando no la pudo mover. Igual que la espantosa postura en la que Pen se encontraba. Veía lo imposible.

Se preguntó por qué no sentía miedo. Quizá era porque parte de su mente todavía creía que aquellas cosas no eran posibles, aun cuando las veía claramente. ¿Qué podía hacerle un guijarro? Se dirigió hacia la entrada de la casa y miró hacia el valle, hacia el cerro de las Aves. El Craig era difícil de distinguir desde allí, una joroba oscura e insignificante, empequeñecida por la cima de la montaña posterior. Incluso aquello parecía imposible, había penetrado en las entrañas de la roca y en una caverna encantada había encontrado a tres Caballeros de la Gran Magia... Bran tuvo una repentina visión de la figura de barba con la capa azul turquesa, de la mirada del rostro encapuchado que sostenía la suya, y experimentó una calidez extraña y urgente al recordarlo. Nunca olvidaría la figura, sin duda la mayor de las tres. Había algo inusual y cercano en él. Incluso conocía a Cafall.

Cafall.

«No temas, muchacho. La Gran Magia nunca te arrebatará a tu perro... Solo las criaturas de la Tierra arrebatan lo de los demás. Todas las criaturas, pero los hombres en especial. Arrebatan la vida... Cuídate de tu propia raza, Bran Davies..., ellos son los únicos que al final podrán hacerte daño...».

El dolor por la pérdida, que Bran había comenzado a aprender a esconder, le golpeó de nuevo como una maza. Como un torrente, su mente se vio invadida de imágenes de Cafall cuando era cachorro de pasos inseguros; Cafall siguiéndole a la escuela; Cafall aprendiendo los signos y las órdenes de un perro pastor; Cafall mojado por la lluvia, con el largo pelo pegado al cuerpo, dividido por una raya a lo largo del lomo; Cafall corriendo; Cafall bebiendo en un arroyo; Cafall dormido con el morro húmedo apoyado en el pie de Bran.

Cafall muerto.

Entonces pensó en Will. Era culpa de Will. Si Will no lo hubiera llevado a...

—No —exclamó Bran de repente. Dio media vuelta y se enfrentó a la piedra espía. ¿Estaba intentando manipular su mente para ponerlo en contra de Will y así dividirlos? Will había dicho, después de todo, que las Tinieblas podría intentar alcanzarle de la forma en que menos se esperara. Era aquella, sin duda. Habían intentado influenciarle sutilmente para que se revolviera contra Will. Bran se sintió orgulloso de sí mismo por haberse dado cuenta a tiempo.

—Puedes ahorrártelo —se dirigió con sorna a la piedra—. No te va a funcionar, ¿no lo ves?

Volvió la vista hacia la entrada y miró hacia las colinas. Dejó que sus recuerdos se centraran en Cafall. Era difícil alejarse de la última imagen, la peor, aunque la más preciada porque era la más cercana. Volvió a oír el disparo y la manera en que el eco había rebotado por todo el patio. Oyó cómo su padre le decía, mientras Cafall moría desangrado y Caradog Prichard sonreía por el éxito: «Cafall fue directo a las ovejas, no hay duda... No puedo asegurarte que no le hubiera disparado en el lugar de Caradog. Era lo mejor...».

«Lo mejor, lo mejor». Su padre estaba tan seguro de todo siempre, de lo que era correcto y lo incorrecto. Su padre y todos los amigos de la capilla de su padre, y la mayoría de todos los pastores seguros de su predicación sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y de la manera correcta de vivir. Para Bran era una disciplina a seguir: capilla dos veces los domingos, escuchar y sentarse callado sin jugar con nada, y no cometer los pecados que la Biblia prohíbe. Para su padre era algo más: reuniones para rezar, a veces dos veces a la semana, y siempre la necesidad de comportarse de la manera en que la gente espera que un diácono se comporte. No tenían nada de malo ni la capilla ni nada de aquello, pero Bran sabía que su padre daba más de él mismo que cualquier otro miembro de la congregación que hubiera conocido. Era un hombre que soportaba una pesada carga, de rostro angustiado y hombros caídos, hundidos por un sentimiento de culpabilidad que Bran nunca había sido capaz de explicarse. No existía diversión alguna en sus vidas; la interminable penitencia sin sentido de su padre no lo permitía. A Bran nunca se le había permitido ir al cine de Tywyn, y los domingos solo podía ir a la capilla o a pasear por las colinas. Su padre no era partidario de dejarle ir a los conciertos y las obras de teatro de la escuela. Incluso le había llevado a John Rowlands su tiempo persuadirle para que dejara a Bran tocar el arpa en concursos en *eisteddfodau*. Era como si Owen Davies los mantuviera a ambos, a sí mismo y a Bran, encerrados en una pequeña caja en el valle, aislados y solitarios, alejados del contacto con todas las cosas brillantes de la vida, como si estuvieran condenados a una vida en reclusión.

«No es justo. Todo lo que tenía era Cafall, y ahora incluso él se ha ido...», pensaba Bran. Sentía que el dolor le atenazaba la garganta, pero tragó saliva y apretó los dientes, decidido a no llorar. En cambio, la rabia y el resentimiento se abrieron paso a través de su mente. ¿Qué derecho tenía su padre para hacer que todo fuera tan solemne? No eran diferentes del resto...

«Pero eso no está bien —le decía una voccecita en su cabeza—. Eres diferente. Eres el monstruo de cabello blanco y piel pálida que no se tuesta con el sol, de ojos que no pueden soportar la luz brillante. Blanquito, así te llaman en el colegio, y Rostro Pálido, y hay un chico de lo alto del valle que hace el viejo signo contra el mal

de ojo en tu dirección cuando piensa que no le estás mirando. No les gustas. Bueno, eres diferente, de acuerdo. Tu padre y tu cara te han hecho sentir diferente toda la vida. Seguirías siendo un monstruo aunque intentaras teñirte el pelo o la piel».

Bran daba grandes zancadas arriba y abajo por la estancia, furioso y a la vez confundido. Golpeó la puerta con una de las manos. Sentía la *cabeza*, a punto de estallar. Había olvidado la piedra espía. No se le ocurrió pensar que aquella obsesión también podía ser provocada por las malas artes de las Tinieblas. Todo parecía haber desaparecido del mundo a excepción de la resentida furia contra su padre que invadía su mente.

Y entonces, tras la desvencijada puerta delantera de la casa, se oyeron los frenos y el chirrido de un coche que se detenía. Bran alzó la vista justo a tiempo para ver a su padre bajar del Land-Rover y dirigirse a grandes zancadas hacia la casa.

Permaneció de pie; su cabeza retumbaba de rabia y sorpresa. Owen Davies empujó la puerta y se lo quedó mirando.

—Pensé que estarías aquí —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Bran con brusquedad.

Su padre hizo un extraño movimiento esquivo con la cabeza, uno de sus familiares gestos nerviosos.

—Will estaba en la granja, iba a coger algo, y me dijo que estabais por aquí, en algún sitio... Pronto estará aquí.

—¿Por qué has venido? —Bran estaba de pie, tenso—. ¿Te hizo pensar Will que algo iba mal?

—Ah, no, no —se apresuró a contestar Owen Davies.

—Bueno, entonces, ¿qué...?

Pero su padre había visto a Pen. Se quedó paralizado.

—Hay algo que no anda bien, ¿verdad? —dijo con suavidad.

Bran abrió la boca y la volvió a cerrar.

Owen Davies avanzó por la estancia y se agachó junto al indefenso perro pastor.

—¿Cómo se ha hecho esto? ¿De una caída? Nunca he visto a un animal así... —Acarició la cabeza del perro y pasó la mano a lo largo de las patas; luego intentó mover una de ellas. Pen emitió un gemido casi inaudible y entornó los ojos. La pata no se movió. No estaba rígida o tensa, simplemente estaba pegada a la tierra, como la piedra espía. El padre de Bran lo intentó con el resto de las patas y no pudo moverlas ni un centímetro. Se levantó y retrocedió lentamente, mientras seguía mirando a Pen. Entonces alzó la cabeza para mirar a Bran y en sus ojos se reflejaba una mezcla de miedo terrible y acusación.

—¿Qué has estado haciendo, muchacho?

—Es el poder del Brenin Llwyd —respondió Bran.

—¡Tonterías! —cortó Owen Davies secamente—. ¡Ridículas supersticiones! No

voy a permitir que creas esas viejas historias paganas como si fueran verdad.

—Muy bien, papá —respondió Bran—. Entonces es una ridícula superstición que no puedas mover al perro.

—Es una especie de agarrotamiento de las articulaciones —explicó su padre mirando a Pen—. Me parece que se ha roto la espalda y los nervios y los músculos se han tensado. —Pero no había convicción en su voz.

—No le pasa nada. No está herido. Está así porque...-Bran sintió súbitamente que sería ir demasiado lejos contarle a su padre lo de la piedra. Decidió proseguir por otro camino. —Es la maldad del Brenin Llwyd. A causa de sus engaños, Cafall está muerto cuando no lo tendría que estar y ahora está intentando ponérselo fácil al loco de Caradog Prichard para que mate a Pen de la misma manera.

—¡Bran! ¡Bran! —La voz de su padre sonaba aguda por la agitación—. No debes dejarte afectar de esa manera por la muerte de Cafall. No se pudo hacer nada, *bachgen*, se volvió un cazador de ovejas y no se pudo hacer nada por él. Un perro asesino no puede seguir vivo.

—No era un perro asesino, papá —protestó Bran intentando evitar que su voz temblara—, y no sabes de lo que estás hablando. Porque, si lo supieras, ¿por qué no puedes mover a Pen ni un centímetro de donde yace? Es el Brenin Llwyd, tal como lo oyes, y no hay nada que tú puedas hacer.

Supo ver en los hundidos ojos de Owen Davies que comprendía que aquella era la verdad.

—Debí haberlo sabido —musitó su padre tristemente—. Cuando te encontré aquí, en este lugar, debí haber sabido que estas cosas estaban sucediendo.

—¿Qué quieres decir? —Bran le miraba fijamente.

—De todos los sitios posibles. La sangre llama, dicen. La sangre llama. Ella vino aquí desde las montañas, desde la obscuridad a este sitio, y aquí es donde tú has venido. Aun sin saberlo, has venido aquí. Y el mal vuelve a hacer acto de presencia.

Su padre no parecía haberle oído. Tenía los ojos totalmente abiertos y parpadeaba muy rápido, mirando hacia la nada. La sospecha de lo que quería decir comenzó a dibujarse en la mente de Bran como la niebla de la tarde sobre el valle.

—Aquí. Repites aquí...

—Esta era mi casa —murmuró Owen Davies.

—No —musitó Bran—. No.

—Hace once años —prosiguió Davies—, yo vivía aquí.

—No lo sabía. Nunca lo hubiera imaginado. Ha estado vacía desde que puedo recordar. Nunca pensé en ella como en una casa. Vengo aquí de vez en cuando, cuando salgo a pasear solo. O cuando llueve. O para sentarme. A veces —tragó saliva—, a veces hago ver que es mi casa.

—Pertenece a Caradog Prichard —dijo su padre sin emoción—. Su padre la

mantenía como la casa del pastor. Pero los hombres de Prichard viven ahora cerca de la granja.

—No lo sabía —insistió Bran.

Owen Davies se puso de pie al lado de Pen; bajó la vista al tiempo que los vencidos hombros.

—El poder del Brenin Llwyd, ya —continuó con amargura—. Eso fue lo que me la envió a través de las montañas y luego se la llevó de nuevo. Nada más pudo haberlo hecho. He intentado educarte como es debido, como un buen creyente, y el Brenin Llwyd siempre ha intentado llevarte a donde fue tu madre. No deberías haber venido aquí.

—Pero yo no lo sabía —insistió Bran. La rabia prendió en él con súbita beligerancia—. ¿Cómo iba a saberlo? Nunca me lo has dicho. Y no hay ningún otro sitio a donde ir, de todas formas. Nunca me dejas ir a Tywyn, ni siquiera a la piscina o a la playa con los otros después de las clases. ¿Adonde me dejas ir si no es al páramo? ¿Y cómo iba a saber que no debía venir aquí?

—Quería apartarte de todo aquello —respondió Davies desesperado—. Aquello se acabó, ya pasó, quería mantenerte alejado del pasado. Ah, nunca nos habríamos tenido que quedar aquí. Nos habríamos tenido que ir del valle.

Bran sacudió la cabeza de un lado al otro como si tratara de desembarazarse de algo. El aire de la casa parecía hacerse cada vez más opresivo, pesado, lleno de una tensión atroz como el anuncio de una tormenta intempestiva.

—Nunca me dijiste nada —dijo, con frialdad—. Siempre tengo que hacer lo que me dices. «Eso es lo correcto, Bran, hazlo, es por tu bien, esta es la manera en que has de comportarte». Nunca me has hablado de mi madre, nunca. No tengo madre... Bueno, no es tan raro, hay dos chicos en la escuela que tampoco la tienen. Pero yo ni siquiera sé nada de la mía. Solo que se llamaba Giny. Y que tenía el cabello oscuro y los ojos azules, pero eso solo porque la señora Rowlands me lo dijo, no tú. Tú nunca me has contado nada, excepto que se fue cuando yo era un bebé. Ni siquiera sé si está viva o muerta.

—Yo tampoco, muchacho —murmuró Owen Davies.

—¡Pero quiero saber cómo era! —La tensión golpeaba en la cabeza de Bran como un mar furioso; gritaba—: ¡Quiero saberlo! ¡Y tú tienes miedo de decírmelo porque tuvo que ser culpa tuya que se fuera! Fue culpa tuya, siempre lo he sabido. ¡La mantuviste alejada de todo el mundo igual que lo has hecho conmigo, y por eso se fue!

—No —musitó su padre.

Comenzó a caminar desesperado hacia delante y atrás por la pequeña estancia. Miró a Bran con angustia y preocupación, como si fuera un animal acorralado a punto de saltar. Bran pensó que la angustia era provocada por el miedo, no sabía de nada

más que le pudiera sugerir alguna otra cosa.

—Eres joven, Bran. —Owen Davies prosiguió, pisando las palabras—. Has de entender que siempre he tratado de hacer lo correcto, de decirte solo lo que es correcto decir. De no decirte nada que pudiera ser peligroso para ti...

—¡Peligroso! —le interrumpió Bran con desprecio—. ¿Cómo puede ser peligroso el saber algo sobre mi madre?

Durante un instante, el control de Davies vaciló.

—¡Mira eso! —dijo bruscamente y señaló a Pen. El perro permanecía inmóvil, horrorosamente aplastado, como una piel puesta a secar—. ¡Mira eso! Dices que es obra del Brenin Llwyd... ¿y me preguntas cómo podría ser peligroso?

—¡Mi madre no tiene nada que ver con el Brenin Llwyd! —Pero mientras oía sus propias palabras, Bran se detuvo a la expectativa.

—Eso es algo que nunca sabremos —contestó su padre, y cayó en un triste silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha. No sé adonde fue. Vino de las montañas y allí regresó al final, y ninguno de nosotros la volvió a ver nunca. —Owen Davies forzaba las palabras, una a una, con dificultad, como si cada una de ellas le hiciera daño—. Se fue por voluntad propia, nos abandonó y nadie sabe por qué. Yo no la alejé de nosotros. —Su voz se rompió de súbito—. ¡Alejarla! Por Dios, hijo, estuve como un loco allá, en esas colinas, la busqué, la busqué y no la encontré; la llamé y nunca obtuve una palabra por respuesta. Ni un solo sonido, a excepción de los pájaros cantando, las ovejas y el viento, un quejido vano en mis oídos. Y el Brenin Llwyd tras la niebla sobre el Cader y el Llyn Mwyngil escuchaban el eco de mi voz cuando la llamaba, sonreían porque sabían que nunca averiguaría adonde había ido...

La angustia de su voz era tan clara y sincera que Bran se quedó sin palabras, incapaz de decir nada.

Owen Davies le miró.

—Supongo que ha llegado el momento de contártelo —susurró—, ya que hemos empezado esto. He tenido que esperar hasta que fueras lo suficientemente mayor para que pudieras entenderlo. Soy tu padre legal, Bran, porque te adopté justo al principio. Te he tenido desde que eras un bebé y Dios sabe que soy tu padre en cuerpo y alma. Pero no soy tu padre natural. No puedo decirte quién fue tu padre real, nunca dijo una palabra sobre él. Cuando vino de las montañas, de la nada, te traía consigo. Estuvo conmigo tres días y luego se marchó para siempre. Y se llevó con ella una parte de mí. —Le tembló la voz y luego se rehizo—. Me dejó una nota.

Se sacó su raída cartera de piel del bolsillo y extrajo de un compartimiento interior un pequeño pedazo de papel. Lo desdobló con gran cuidado y se lo tendió a Bran. El papel estaba muy arrugado y era muy frágil, casi se deshacía por los

dobleces. Contenía simplemente unas cuantas palabras escritas a lápiz en una extraña letra redonda: «Se llama Bran. Gracias, Owen Davies».

Bran volvió a doblar la nota, despacio y con mucho cuidado, y se la devolvió.

—Es todo lo que me dejó de sí misma, Bran —musitó su padre—. Esa nota... y a ti.

Bran no encontraba las palabras. Su cabeza estaba abarrotada de imágenes chirriantes y preguntas, una encrucijada con una docena de posibles caminos y sin indicio alguno de cuál era el correcto. Pensó, como lo había hecho miles de veces desde que fue lo suficientemente mayor, en el enigma que representaba su madre, sin rostro, sin voz, un lugar en su vida que no era más que una dolorosa ausencia. Ahora, a través de los años, le había descubierto otra ausencia: era como si tratara de llevarse también a su padre..., sin duda alguna el padre que, a pesar de sus diferencias, siempre había creído como el suyo. El resentimiento y la confusión se elevaron y se desplomaron en la mente de Bran como el viento. Pensó desconcertado: «¿Quién soy yo?». Miró a Pen, y la casa, y la piedra espía del Brenin Llwyd. Volvió a oír los amargos recuerdos de su padre: «el Brenin Llwyd tras esa niebla sobre el Cader y el Llyn Mwyngil...». Los nombres se hacían eco en su mente y no podía entender por qué. «Llyn Mwyngil, Tal y Llyn...». El estruendo estallaba en su cabeza, parecía que proviniera de la piedra.

Miró hacia la piedra. Y de nuevo, como cuando Will había estado allí, la casa pareció obscurecerse y el punto de luz azul comenzó a brillar desde el tenebroso rincón. Y en ese momento, Bran tuvo la extraña y repentina conciencia de una parte de su mente de la que no había sido consciente antes. Era como si se abriera una puerta en algún lugar dentro de él y no sabía qué podría encontrar al otro lado. Como un rayo que cruza por su conciencia, recibió una rápida avalancha de imágenes sin sentido, como un sueño mientras despiertas.

Pensó que había visto la niebla acumularse en la montaña, y en ella la alta figura enfundada en su capa azul del caballero que Will llamaba Merriman, encapuchado, con la cabeza baja y el brazo extendido apuntando hacia el valle y la casa..., la casa en la que se encontraba Bran en esos momentos. Durante un instante, Bran vio a una mujer de cabellos oscuros que ondeaban al viento, y se sintió invadido por el amor y la ternura, y por el anhelo. Casi gritó para intentar conservar aquel sentimiento antes de que se desvaneciera. Pero entonces desapareció, la niebla continuó en un remolino y, una vez más, la figura encapuchada estaba allí con la mujer; miraban hacia la casa y ella extendió sus brazos con ternura. Entonces, la figura del caballero llamado Merriman pasó su brazo bajo la capa alrededor de la mujer y ambos desaparecieron, se desvanecieron en la niebla, fuera de la vista y, también lo sabía, fuera del mundo. Solo consiguió distinguir una imagen más, a lo lejos, a través de un claro en la niebla, el agua de un lago distante que brillaba como una joya perdida.

Bran no entendía nada. Sabía que de algún modo había visto algo del pasado que concernía a su madre, pero no era suficiente. ¿Qué tenía Merriman que ver con su llegada, con su principio y su fin? Parpadeó y se dio cuenta de que de nuevo estaba mirando a su padre. Davies tenía los ojos muy abiertos de preocupación, agarraba a Bran de un brazo y le llamaba por su nombre.

Y con la nueva parte de su mente que no había descubierto con anterioridad, Bran supo de súbito que era poseedor del poder de hacer más cosas de las que normalmente hubiera podido. Olvidó todo lo que había pasado aquel día; pensó solo en la visión de su madre en la montaña sobre el titilante lago. De repente, necesitaba ir al Tal y Llyn y a las laderas del Cader Idris para averiguar si aquella nueva parte de su mente podía percibir allí algún recuerdo más. Y sabía que también podía hacer algo más. Se levantó de un salto y se dirigió al perro con una voz dura que apenas parecía suya:

—¡Tyrd yma, Pen!

El negro perro pastor abandonó la parálisis que lo mantenía medio aplastado contra el suelo y se levantó de un salto. El chico y el perro salieron corriendo y se lanzaron a través del páramo.

Owen Davies se quedó en silencio, observando durante un instante con el rostro arrugado como el de un anciano, por el miedo y la preocupación. Luego se dirigió con dificultad hacia la carretera, en dirección a la granja de Jones.

Will pedaleaba más despacio de lo que había esperado. La extraña forma del arpa, apretada contra su pecho, se le hundía en su dolorido brazo y le provocaba tal tormento que casi no podía evitar que se le cayera. Se detenía a menudo para cambiarla de posición. También existían otras razones para hacer una pausa, ya que la fuerza de la hostilidad que invadía el valle se abalanzaba sobre él como una gran mano, le apartaba del camino, le amenazaba con estrecharlo entre los dedos gigantescos y convertirlo en polvo. Con obstinación, Will siguió pedaleando. «Primero, la casa; luego, el lago». En el caos discordante que trataba de impedir que avanzara, solo los pensamientos y las imágenes más simples podían sobrevivir, mantener su forma. «Primero, la casa; luego, el lago», se encontró diciendo en voz baja. Aquellas eran las dos empresas para el arpa que, ante todo, debía llevar a cabo en las próximas dos o tres horas. La música mágica debía liberar a Pen del control de la piedra espía, en la casa, y así podría escapar de los disparos de Caradog Prichard. Era una tarea muy sencilla. Pero, más importante que otra cosa en el mundo, la música debía despertar a los Durmientes del lago Alegre, las criaturas que dormían su sueño intemporal en el Tal y Llyn..., quienes quiera o cualesquiera que esas criaturas fueran. Porque si un Caballero de las Tinieblas como el Rey Gris podía desplegar un poder tan impresionante como para invadir el valle tras siglos de susurrante sueño bajo su montaña, entonces es que las Tinieblas estaban despertando y su poder se

extendía como una enorme nube que amenazaba con sepultar el mundo entero.

Al final llegó a la casa. La encontró vacía.

Will se quedó paralizado en la desnuda estancia de paredes de piedra, desconcertado y angustiado. ¿Cómo podría Pen haberse liberado del poder de la piedra espía? ¿Dónde estaba Bran? ¿Habría llegado Prichard para cazarlo, con ayuda del Rey Gris, y se los habría llevado a ambos? Imposible. Caradog Prichard era un sirviente involuntario que ignoraba sus propios lazos con el Rey Gris; solo era un hombre, con los instintos de un hombre; los peores instintos y los mejores, tristemente escondidos. ¿Dónde estaría Bran?

Atravesó la estancia. El pequeño guijarro blanco que constituía la piedra espía se encontraba exactamente en el mismo sitio, inocuo y perverso. A su alrededor, la fuerza del Rey Gris le golpeaba implacable: «Vete, déjalo, no ganarás, déjalo, vete». Will intentó utilizar con desesperación los poderes de su propia mente para averiguar lo que le había ocurrido a Bran y al perro, pero no registró nada. Pensó angustiado: «Nunca deberías haberlos dejado solos». En una especie de violento autocastigo se agachó una vez más y puso su mano sobre la pequeña y redonda piedra que sabía estaría fusionada a la tierra sin posibilidad alguna de moverla ni una pulgada.

Y la piedra espía se desprendió con la misma facilidad que lo hubiera hecho cualquier otra piedra. Rodó suelta en su palma, como si pidiera ser usada.

Will la miró. No podía creer lo que estaba viendo. ¿Qué había liberado la férrea presión de la piedra? Ninguna magia que conociera podría haber hecho tal cosa. Formaba parte de la Ley: la Luz no podía mover una piedra de las Tinieblas, ni las Tinieblas influir sobre una piedra de la Luz. Aquella rigidez sobrenatural, una vez en marcha, no podía ser liberada por nadie más que su dueño. Entonces, ¿quién podría haber roto el poder de la piedra espía del Brenin Llwyd sino el mismo Brenin Llwyd, el Rey Gris?

Will sacudió la cabeza con impaciencia. Estaba perdiendo el tiempo. Una cosa era cierta sin lugar a dudas: sin dueño, liberada de su control, la piedra espía estaba fuera de la Ley y podía ser empleada para decirle qué había pasado para llegar a encontrarse en aquel extraño estado.

Will aferró el arpa con más fuerza, sentía que no debía dejarla en el suelo, y mucho menos en aquel lugar, así que permaneció de pie en medio de la estancia con la piedra en la palma de su mano. Pronunció ciertas palabras en la Antigua Lengua y vació su mente, esperando recibir cualquier tipo de información que la piedra pudiera transmitirle. El conocimiento ni sería sencillo ni claro, lo sabía. Nunca lo era.

Llegó, mientras estaba allí con los ojos cerrados y la mente abierta, en una serie de imágenes tan rápidas que casi formaban una narración, una parte de una historia. Will vio el rostro de un hombre, duro y bello, pero arrugado, con ojos azul claro y una barba gris. Aunque las ropas eran extrañas y muy adornadas, supo quién era al

instante: el rostro era el del segundo caballero de la caverna del cerro de las Aves, el caballero de la capa azul turquesa, el que había hablado con aquella particular —y extraña— familiaridad con Bran.

Se detectaba una profunda tristeza en los ojos de aquel hombre. Will vio el rostro de una mujer, de cabello oscuro y ojos azules, compungida por una terrible mezcla de pesar y culpabilidad. Y en algún sitio, con ellos, se encontraba Merriman. Entonces distinguió un lugar distinto, un edificio bajo con gruesas paredes de piedra y una cruz sobre el tejado, una iglesia o una abadía. Merriman acompañaba a la misma mujer con un bebé en los brazos. Se encontraban en un lugar elevado, en una de las Antiguas Vías. De repente, un extraño remolino de niebla, una avalancha y una ráfaga de imágenes tan rápidas que Will no las pudo seguir ni distinguir. Apenas un centelleo de la casa y un esbelto y sonriente Owen Davies con un rostro juvenil y sin arrugas. Perros, ovejas y las verdes laderas de la montaña de helechos. Una voz que gritaba: «Giny mi amor, Giny...».

Luego, con mayor nitidez, vio a Merriman, encapuchado con la capa azul oscuro, de pie con una mujer de cabellos negros sobre la ladera del valle del Dysynni, en la Vía de Cadfan. Ella lloraba en silencio; las lágrimas resbalaban brillantes por sus mejillas. Ya no llevaba nada en los brazos. Merriman extendió su mano con los dedos estirados y Will oyó, a través del silbido del viento, una música de campanas que, como un Ancestral que aprendiera las artes de los Ancestrales, había oído antes en otros lugares y tiempos. Entonces, el remolino volvió y todo fue confusión, aunque ahora sabía, por la música, que había sido testigo de un viaje a otra época anterior: el movimiento a través del Tiempo que no representaba dificultad alguna para un Ancestral o para un Caballero de las Tinieblas, aunque era imposible para los hombres excepto en sueños. En la última imagen fulgurante había visto cómo la mujer que acompañaba a Merriman se volvía, entraba de nuevo con tristeza en la abadía de piedra y desaparecía tras las gruesas paredes. Y a lo lejos, solo, en algún lugar, aunque superpuesto a la abadía como un reflejo en el vidrio que cubre una pintura, vio el rostro del caballero de la capa azul turquesa, con la corona de oro de un rey sobre la cabeza.

Y entonces Will entendió la verdadera naturaleza de Bran Davies, el niño traído desde el pasado para criarse en el futuro, y experimentó una terrible compasión por su amigo, nacido para un temible destino del cual, en aquellos momentos, todavía no tenía una clara idea. Incluso era difícil imaginar una carga de poder y responsabilidad tan apabullante. Entendió que él, Will Stanton, el último de los Ancestrales, había sido designado desde el principio para ayudar y secundar a Bran cuando llegara el momento, igual que Merriman siempre había estado al lado del egregio padre de Bran. El padre que no había sabido de la existencia de su hijo cuando este nació, y que solo ahora, después de muchos siglos, lo había conocido, como un Caballero de

la Gran Magia, por primera vez... Ahora estaba bastante claro cómo había sido liberado el dominio de la piedra espía. Junto a una figura de tal rango, el poder del Rey Gris quedaba reducido a la insignificancia. Pero aquello era cierto solo si Bran sabía con certeza lo que estaba haciendo. ¿Cuánto de su soterrada e infinitamente poderosa naturaleza le había sido realmente revelado? ¿Qué había visto en la casa? ¿Qué imágenes habían cruzado por su confiada mente?

Will aferró el arpa, olvidó su dolorido brazo por la prisa, salió corriendo de la casa, saltó sobre la bicicleta y enfiló el camino hacia el Tal y Llyn. Bran no podía haber ido a ningún otro sitio. Todos los caminos debían conducir al lago y a los Durmientes. No solo estaba en juego la empresa del arpa de oro, el despertar de los Durmientes, sino un poder de la Gran Magia que podría, si no había sido reconocido y controlado, destruir no solo aquella empresa, sino también a la misma Luz.

El despertar

Cuando Will llegó al Tal y Llyn, sabía que debía tratar de no ser visto. No había forma de saber dónde podía encontrarse Caradog Prichard, si había ido a la granja de Idris Jones de donde ya podría haber vuelto... Will pensó en volver a la granja para confirmarlo. Se mantendría oculto tras la curva del camino en caso de que la destartada furgoneta gris estuviera allí. Pero cambió de opinión. No quedaba demasiado tiempo. Aferró el bulto con más fuerza y continuó pedaleando. Pasó por delante del camino de Ty-Bont y llegó a la curva donde la carretera empezaba a rodear el lago.

El Tal y Llyn se extendía ante él, rizado por el viento que durante todo el día había arrastrado pesados cúmulos de nubes errantes a través del cielo. Verdes a causa de la hierba y tostadas por los helechos, las montañas se elevaban desde sus orillas en ambos lados. El oscuro lago ocupaba el valle hasta su punto más lejano, donde las montañas se encontraban en una gran V para formar el paso del Tal y Llyn. Will observó el agua rizada.

*El fuego en las montañas dará con el arpa de oro,
Tañida para despertar a los Durmientes, los más antiguos de...*

¿Dónde debía tocarse y cuándo? Allí no, en la desprotegida carretera del valle... Tomó el camino de la izquierda y pedaleó hacia la cara del valle donde comenzaba la ladera oscura del Cader Idris, que se alzaba sobre las suaves colinas verdes como un muro con el cielo como techo. Era la ladera que su amo, el Rey Gris, había sacudido para lanzar a Will hacia el lago. No obstante, el instinto de los Ancestrales conducía a Will a luchar contra él, a hacerse con la fortaleza del enemigo, a desafiar deliberadamente la furiosa fuerza que intentaba detenerlo. «Cuanto mayores sean las dificultades —pensó—, mayor será la victoria».

Comenzó a sentir un sordo zumbido en sus oídos a medida que avanzaba con el bulto del arpa bajo el brazo. Cada vez más cerca, las montañas se cernían sobre él. Pronto la carretera se alejaría en una curva. Para permanecer cerca del lago tendría que desmontar y subir para atravesar los campos y la ladera rocosa. Así llegaría a un lugar aislado por encima del lago. Sabía que allí era a donde debía llegar.

De súbito, Caradog Prichard apareció en la carretera enfrente de él. Agarró el manillar de la bicicleta de manera que Will cayó hacia un lado y se golpeó dolorosamente contra el suelo.

Mientras se levantaba, aferró el arpa con el brazo, que ahora le dolía aún más. Will no sintió rabia o miedo, sino una profunda irritación. ¡Prichard, siempre Prichard! Mientras el Rey Gris se cernía extremadamente amenazador sobre la Luz,

Prichard, igual que un ratón que no para de chillar, tenía que entrometerse para arrastrar a Will hacia las insignificantes confrontaciones y rabietas de un hombre común. Miró fijamente a Caradog Prichard con un mudo desdén que el hombre no tuvo la suficiente capacidad de reconocer como peligroso.

—¿Adonde vas, inglés? —preguntó Prichard mientras mantenía sujeta la bicicleta con firmeza. Su ralo cabello rojo estaba enmarañado; sus pequeños ojos tenían un brillo extraño.

—No es, en absoluto, de su incumbencia —respondió Will, frío como un témpano de hielo.

—Esa educación, esa educación —le conminó Caradog Prichard—. Sé muy bien adonde vas, jovencito. Bran Davies y tú estáis intentando ocultar a ese maldito perro asesino de ovejas. Pero no existe lugar en el mundo donde lo podáis esconder de mí. ¿Qué es lo que llevas ahí, eh?

Con una sospecha inconsciente alargó el brazo hacia el bulto envuelto en el saco raído bajo el brazo de Will.

La reacción de Will fue más rápida de lo que su propio ojo pudo seguir. El arpa era con diferencia, con mucha diferencia, demasiado importante para exponerla a aquel riesgo insensato. Instantáneamente, se convirtió en un Ancestral que desplegaba su poder, se alzó como un pilar de luz, tenso por la furia, extendió un brazo y apuntó hacia Caradog Prichard. Pero encontró, como furibunda respuesta, una barrera de violenta resistencia proveniente del Rey Gris.

Al principio, Prichard se encogió ante él con los ojos desorbitados y la boca abierta de terror, a la espera de la aniquilación. Pero al sentirse protegido, lentamente la astucia despertó en sus ojos. Will le observó con cautela, sabía que el Brenin Llwyd tomaba el mayor de los riesgos que cualquier otro caballero de la Luz o de las Tinieblas pudiera tomar al canalizar su inmenso poder a través de un mortal que no tenía ni la más mínima idea de las apabullantes fuerzas bajo su control. El Caballero de las Tinieblas debía de estar desesperado para confiar su causa a un sirviente tan peligroso.

—Déjeme en paz, señor Prichard —ordenó Will—. No llevo el perro de John Rowlands conmigo. Ni siquiera sé dónde está.

—Sí, sí que lo sabes muchacho, y yo también. —Las palabras escapaban de Prichard más cercanas a su conciencia que la maravilla de su nuevo don—. Lo llevasteis a la granja de Jones Ty-Bont para alejarlo de mí. De ese modo podría proseguir con su mortífera empresa. Pero no os dará resultado, ni hablar, no tenéis ni una esperanza, no soy tan tonto. —Miró a Will—. Y será mejor que me digas dónde está, muchacho, dime en qué andas metido, o te las verás conmigo.

Will podía sentir la rabia del hombre y la maldad que invadía su mente como un pájaro enloquecido atrapado en una habitación sin salida. «Ah, Brenin Llwyd —

pensó con tristeza—, tus poderes se merecen algo más que ser canalizados a través de alguien sin disciplina o entrenamiento, sin la inteligencia para usarlos adecuadamente...».

—Señor Prichard —dijo—, por favor, déjeme en paz. No sabe lo que está haciendo. De verdad. No quiero hacerle daño.

Caradog Prichard lo miró con atención durante un segundo con auténtica sorpresa, como un hombre un momento antes de entender un chiste, y luego rompió a reír en ahogadas carcajadas.

—¿Tú no quieres hacerme daño? Bueno, eso está muy bien, estoy encantado de oírlo, muy considerado por tu parte. Muy amable...

La luz del sol que intermitentemente había iluminado la mañana, había desaparecido. Nubes grises iban engordando en el cielo, barrían el valle transportadas por el viento que rizaba el lago. Algún instinto en el fondo de la mente de Will lo alertó de súbito de la creciente obscuridad. Era como si un peso los envolviera y dio lugar a la decisión que tomó mientras las burlonas carcajadas de Caradog Prichard estallaban sin control. Dio uno o dos pasos hacia atrás y agarró el arpa con fuerza. Entonces, entornó los ojos, llamó en silencio a los dones que lo habían convertido en un Ancestral, con todas sus fuerzas; a los hechizos que le habían permitido cabalgar sobre el viento y volar más allá del cielo y sobre el mar; al Círculo de la Luz que le había encomendado aquella empresa como última defensa contra el despertar de las Tinieblas.

Percibió un sonido parecido al murmullo del mar que provenía del calmado lago Tal y Llyn, el Llyn Mwyngil. Desde la parte más alejada de la oscura agua, se aproximaba una ola gigantesca. Se curvaba en lo alto, la blanca cima bordeada de espuma como si estuviera a punto de romper. Pero no rompió en la orilla, sino que siguió su camino sobre el agua, hacia ellos. Sobre su curvada cresta cabalgaban seis cisnes blancos que se deslizaban suavemente como sobre el cristal, con sus grandes alas extendidas tocándose con las puntas. Eran aves enormes, poderosas, sus blancas plumas brillaban como la plata bruñida incluso en la luz grisácea del cielo encapotado. A medida que se iban acercando, uno de los cisnes elevó su cabeza sobre su curvado y elegante cuello y emitió un chillido largo y lúgubre, como un aviso o un lamento.

Cada vez se acercaban más hacia la orilla, hacia Will y Caradog Prichard. La ola se cernía sobre ellos cada vez más alta; una ola verde que brillaba con una extraña luz traslúcida que parecía provenir del fondo del lago. No había duda de que los cisnes se abalanzarían sobre ellos y de que la ola rompería contra ellos y los arrollaría valle abajo. Todo el agua del lago se convertiría en una interminable avalancha que se llevaría hacia el mar las granjas, casas y gente que se pusieran por delante, devastando todo a su paso.

Will sabía que aquello no era cierto, pero esa era la imagen que estaba proyectando en la mente de Caradog Prichard.

El cisne blanco emitió otro pavoroso y lúgubre chillido, el grito de un alma en pena, y Caradog Prichard cayó hacia atrás con sus diminutos ojos desorbitados por el horror y la incredulidad y se agarró el cabello rojo con una mano. Abrió la boca y emitió unos extraños sonidos sin forma. Entonces, algo pareció que se apoderaba de él, y de la convulsión pasó a la helada inmovilidad; brazos y piernas quedaron atrapados en ángulos poco naturales. El aire se llenó de un impetuoso y silbante sonido que llegó tan rápido que no podía adivinarse desde qué dirección.

Pero Will, horrorizado, sabía lo que era. Tras haber aceptado la ayuda de las Tinieblas, el gales había condenado su propia mente.

Vio en los ojos de Caradog Prichard el destello de la locura, ya que la razón humana había sido barrida por el terrible poder del Rey Gris. Vio cómo su mente se agitaba igual que el cuerpo, todavía inconsciente de su posesión. La espalda de Prichard se enderezó, su nacida forma pareció hacerse más alta que antes y los hombros se encogieron como indicación de la inmensa fuerza que lo invadía. La fuerza de la magia del Brenin Llwyd estaba dentro de él y luchaba por salir. Él seguía mirando la ola que avanzaba y gritó con una voz rota algunas palabras en gales.

Los cisnes se elevaron en el aire con un chillido y se alejaron en un largo y lento batear de alas porque, de súbito, la elevada ola se desplomó arrastrada por su propio peso debido a la tremenda agitación de miles y miles de peces. Plateados, grises, verdes; oscuros y brillantes peces bullían en la superficie: percas, truchas, ondulantes anguilas y lucios de bocas sobresalientes de dientes puntiagudos y pequeños ojos demoníacos. Era como si todos los peces de todos los lagos de Gales se hubieran reunido allí en masa en el agua del Llyn Mwyngil y suavizaran su superficie en una agitada quietud. Y un hechizo tan grande había sido llevado a cabo a través de una voz y una mente humanas. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Will cuando comprendió aquella nueva treta maquiavélica del Brenin Llwyd. No habría una confrontación abierta. No volvería a ver al Rey Gris, porque en tal enfrentamiento de dos polos tan opuestos se encontraba el peligro de la aniquilación de uno de ellos. En vez de eso, Will se enfrentaría, tal como ahora lo estaba haciendo, al poder del Rey Gris canalizado a través de la mente de un hombre de sentimientos mezquinos, pero inocente: un hombre convertido en un anfitrión involuntario de las Tinieblas, totalmente vulnerable. Si la Luz tuviera que propinar un golpe final de aniquilación en aquel encuentro, las Tinieblas aún se hallarían protegidas, pero la mente del hombre sería destruida inevitablemente. Caradog Prichard, si todavía conservaba la cordura, sería conducido hacia la locura sin remedio. A no ser que Will pudiera evitar tal encuentro, no podría hacer nada por él. El Rey Gris usaba a Prichard como un escudo y sabía que no sufriría daño alguno aunque el escudo fuera

destruido.

—¡Caradog Prichard! ¡Deténgase! ¡Déjenos solos! ¡Por su propio bien, déjenos solos! —gritó Will angustiado, apenas consciente de que gritaba.

Pero no había nada que él pudiera hacer. La velocidad que tomaban los acontecimientos ya era demasiado grande, como una rueda que rodara cada vez más deprisa cuesta abajo. Caradog Prichard observó con gozo infantil el lago de agitados peces; se frotó las manos mientras hablaba tranquilamente para sí mismo en gales. Miró a Will y rió tontamente. No paró de hablar, pero cambió al inglés. Las palabras escapaban como en una conversación sin sentido, muy rápidas.

—Mira esas insignificantes criaturas, miles y miles de ellas, todas nuestras y bajo nuestras órdenes. Demasiados contrincantes para seis cisnes, ¿eh, *dewin bach*? Ah, no sabes con lo que te enfrentas, ya hemos soportado bastantes tonterías, mis amigos y yo, es hora de que me digas dónde está el perro, el perro, porque hagas lo que hagas para apartarnos no servirá de nada. De nada. Así que quiero al perro ahora mismo, inglés, dime dónde puedo encontrar al perro. Tengo la escopeta esperándole en el coche y ya no habrá más perros asesinos de ovejas en el valle. Yo me encargaré de eso.

Miraba a Will; sus diminutos ojos se disparaban arriba y abajo como pequeños peces, y de súbito, una vez más, su mirada se detuvo en el arpa envuelta en el saco.

—Pero primero querría saber qué es lo que realmente llevas bajo el brazo, muchacho, así que si quieres que nos vayamos será mejor que nos lo enseñes.

Volvió a reír tontamente tropezando en las últimas palabras, y Will supo que ya no tendría oportunidad de alcanzar la otra cara de la montaña, el lugar donde hubiera sido más seguro y adecuado tocar el arpa. Dio unos pasos hacia atrás, despacio, en un suave movimiento, pensado para que Caradog Prichard no se alarmara, y cuando la precaución nació demasiado tarde en los brillantes ojos del granjero, sacó el arpa de su cubierta, la sostuvo curvada en un brazo como había visto hacer a Bran y pasó los dedos de la otra mano sobre las cuerdas.

Y el mundo cambió.

A medida que la tarde fue avanzando, el cielo gris se había ido cubriendo de nubes cargadas de lluvia. Pero cuando las melodiosas notas de dolorosa dulzura fluyeron en el aire extraídas de la pequeña arpa, un extraño brillo pareció comenzar a iluminar el lago muy sutilmente, las nubes y el cielo, la montaña y el valle, los helechos y la hierba. Los colores se hicieron más intensos; los lugares oscuros, más profundos y secretos. Toda vista y sentimiento se hizo más vivido y pronunciado. Los peces que cubrían la agitada superficie del lago comenzaron a cambiar; irradiaban plata, pez tras pez saltaban en el aire y volvían a caer, hasta que el lago ya no pareció cargado con el peso de criaturas perezosas, sino vivo y danzante con brillantes vetas de luz plateada.

Y desde el cielo, desde el extremo del valle que daba al mar, en dirección hacia el lago, se elevó otro sonido sobre los dulces arpegios que fluían del arpa mientras Will rasgueaba suavemente sus cuerdas. Se oyó un áspero grito, como el de los chillidos de las gaviotas. Las extrañas, elípticas y negras formas de los cormoranes llegaron volando en grupo y por parejas, sin formación alguna, y se abalanzaron sobre el lago; veinte o treinta de ellos, más de los que Will había visto nunca volar juntos. Los reyes de los pájaros pescadores del mar, normalmente nunca se veían lejos del mar, de sus acantilados y sus riscos. Planearon a ras de la superficie del Llyn Mwyngil y comenzaron a atrapar a los peces voladores. Will recordó de súbito las historias de Bran acerca de que el cerro de las Aves, el Craig yr Aderyn, es el único lugar en el mundo donde se sabe que los cormoranes se reúnen y construyen sus nidos en tierra, porque, en la tierra del Rey Gris, la costa no tiene acantilados rocosos para tales construcciones, solo arena, playas y dunas.

Se abalanzaron sobre el lago. Los peces saltaban, lanzaban destellos; los cormoranes los atrapaban, se elevaban de nuevo y volvían a lanzarse sobre los peces. Caradog Prichard emitió un lamento de enfado como el de un niño contrariado. La extraña luz brillaba a través del valle. Los dedos de Will seguían danzando sobre el arpa, y la música fluía firme y clara como el agua de un manantial. Se encontraba atrapado por una tensión que hormigueaba a través de él como la electricidad, una intensa anticipación de maravillas desconocidas. Se sentía tan tenso que se le pusieron los pelos de punta. Y de súbito, los peces desaparecieron, la superficie del lago volvió de nuevo a su tranquilidad, como un espejo oscuro, y todos los cormoranes se alzaron en una nube y giraron, chillaron y desaparecieron más allá del largo y ancho valle del cerro de las Aves. Y a través de la luminiscencia que mantenía el valle suspendido en una luz vespertina como la del claro de luna, Will divisó seis figuras que tomaban forma.

Eran hombres a caballo. Venían de las montañas, de las laderas más bajas del Cader Idris que se elevaban desde el lago hasta la fortaleza del Rey Gris. Eran brillantes figuras gris plateado que montaban caballos del mismo extraño color. Cabalgaban sobre el lago sin tocar el agua, sin emitir sonido alguno. La música del arpa los envolvía y, a medida que se acercaban, Will observó que sonreían. Llevaban túnicas y capas. Cada uno llevaba una espada colgada a un lado. Dos iban encapuchados. Otro llevaba un aro sobre la cabeza, el brillante aro de la nobleza, aunque no la corona de un rey. Se volvió hacia Will, a medida que el fantasmagórico grupo se acercaba, e inclinó su sonriente rostro a modo de saludo. La música que fluía del arpa que Will sostenía entre las manos se expandía como el sonido de una campana a través del valle. Will inclinó su cabeza en un sobrio saludo de respuesta, pero no paró de tocar.

Los jinetes sobrepasaron a Caradog Prichard, que miraba boquiabierto el lago

buscando los maravillosos peces desaparecidos. Claramente no veía nada más.

«Tiene el poder del Rey Gris —pensó Will—, pero no los ojos...».

Entonces, los jinetes giraron bruscamente hacia la ladera de la montaña y, antes de que Will pudiera adivinar lo que pasaba, vio que Bran se encontraba allí, en la ladera, a medio camino, sobre las rocas resbaladizas, cerca del saliente que había parado su propia caída aquel mismo día. El negro perro pastor Pen estaba a su lado y, tras ellos, avanzaba ladera arriba con dificultad Owen Davies, abatido y cansado, con la misma inexpresividad de Caradog Prichard en su rostro. Los hombres normales no podían ver cabalgar a los Durmientes, tras despertar de sus largos siglos de reposo, hacia el rescate del mundo, contra el despertar de las Tinieblas.

Pero Bran los podía ver.

Permaneció observando a los Durmientes mientras su pálido rostro brillaba de gozo. Alzó una mano en dirección a Will y abrió ambos brazos en señal de admiración por la ejecución del arpa. Por un instante no pareció más que un sencillo muchacho, maravillado por una vista espectacular. Pero solo por un instante. Los seis jinetes, que despedían brillos gris plateado sobre sus grises plateadas monturas, dieron media vuelta tras su líder y se detuvieron alineados frente al saliente de la colina donde Bran se encontraba. Uno a uno desenvainaron su espada y la sostuvieron recta ante su rostro a modo de saludo, besaron el plano de su hoja en homenaje a un rey. Y Bran permanecía allí, esbelto y erguido como un árbol joven; su pelo blanco brillaba como la plata, e inclinó su cabeza, gravemente, hacia ellos con la silenciosa arrogancia de un rey concediendo un favor.

Entonces, volvieron a envainar las espadas, dieron media vuelta y los caballos grises plateados corcovearon en el cielo. Los Durmientes, despertados y cabalgando, se elevaron sobre el lago y desaparecieron en la lontananza tras la penumbra del paso del Tal y Llyn y más allá. Y ya no se los vio más.

Will detuvo sus dedos sobre el arpa de oro y su delicada melodía se extinguió. Solo se distinguía el susurro del viento. Se sentía exhausto, como si hubiera perdido todas las fuerzas. Por primera vez recordó que no solo era un Ancestral, sino también un convaleciente, todavía débil por la larga enfermedad que lo había enviado a Gales.

Súbitamente recordó lo que John Rowlands había dicho sobre la frialdad del corazón de la Luz, y se dio cuenta de qué es lo que le había provocado aquella repentina y severa enfermedad. Pero solo fue durante un momento. Para un Ancestral aquellas cosas no tenían importancia.

De repente fue empujado a un lado y una rápida y ruda mano le arrebató el arpa de su abrazo. El poder del Rey Gris parecía haber abandonado a Caradog Prichard, pero ya no era lo que había sido antes de llegar.

—Así que entonces se trata de esto —murmuró Prichard con voz poco clara—. Una maldita arpa, una menudencia de oro como la que ella tocaba.

—Devuélvame la —exigió Will. Pero hizo una pausa—. ¿Ella?

—Es un arpa galesa, inglés, y antigua. —Prichard la miraba fijamente mientras la estudiaba—. ¿Qué hacía en tus manos? No tienes derecho a tocar un arpa galesa.

Observó con rabia a Will.

—Vete a casa. Vuelve al sitio de donde vienes. Métete en tus asuntos.

—El arpa ha cumplido su cometido —respondió Will—. ¿Qué ha querido decir con: «como la que ella tocaba»?

—Métete en tus asuntos —repitió Prichard con violencia—. Hace mucho tiempo de eso y no tiene nada que ver contigo.

De soslayo, Will alcanzó a ver que Owen Davies se había unido a Bran en lo alto de la colina y que Pen revoloteaba sin descanso entre los dos. Desesperado, trató de conminar a Bran para que se marchara, que quedara fuera de la vista; no podía entender por qué se quedaba allí, a cielo abierto, donde una mirada casual de Caradog Prichard los podía descubrir.

«¡Muévete! —gritó en silencio—. ¡Vete!».

Pero era demasiado tarde. Algo, quizá el nervioso correteo del perro pastor, había llamado la atención de Prichard, quien miró medio conscientemente hacia la montaña y se quedó helado.

Cada instante de aquel momento comenzó a marcarse a fuego dentro del cerebro de Will, para así poder sentir más adelante el fugaz sentimiento de desastre inminente y ver como una nítida fotografía el cielo gris encapotado, la montaña que se alzaba, el rizado oscuro lago, las desconcertantes motas de color provocadas por un chico de cabello blanco y un hombre de llameante cabello rojo. Y sobre todo ello el extraño brillo de una luz como la luminosa advertencia que pende sobre el horizonte antes de una terrible tormenta. Caradog Prichard volvió hacia él un rostro marcado por una violenta mezcla de rabia, reproche y dolor, y en el centro de todas aquellas emociones la persistente presencia del odio y la urgencia de devolver el daño. Miró a Will a los ojos, echó el brazo hacia atrás para coger impulso y arrojó el arpa de oro al lago. Los rizados del agua oscura formaron círculos y luego volvieron a recuperar su inmovilidad.

Entonces Prichard echó a correr, ligero como un muchacho, se lanzó montaña arriba hacia Bran, que los observaba allí de pie como una mascarón de proa, con Pen. En el último momento, antes de llegar a la ladera, se dirigió hacia la carretera llena de curvas que conducía valle abajo. Will vio que había dejado la pequeña furgoneta gris allí, en la carretera, y que corría hacia ella con una velocidad desesperada.

En ese preciso instante entendió para qué y le lanzó un hechizo de protección para apartarlo de la protección del Rey Gris que el granjero, sin saberlo, todavía llevaba consigo. Caradog Prichard alcanzó la furgoneta, abrió las puertas traseras de un tirón y extrajo la escopeta de la misma con la que había disparado al perro de Bran, Cafall.

Con rapidez, la amartilló, dio la vuelta y comenzó a caminar, con determinación, hacia el muchacho y el perro sobre la colina. No había necesidad de correr. No tenían ningún refugio hacia el que pudieran correr. Will clavó las uñas en las palmas de sus manos y buscó en su mente una defensa eficaz. Entonces oyó el sonido de un ruidoso coche.

El Land-Rover avanzaba a una velocidad asombrosa por el camino de la granja de Ty-Bont y giró en la curva que llevaba al lago. John Rowlands debía de haberse percatado instantáneamente de Prichard, su furgoneta y su arma, porque el pesado y pequeño coche realizó una brusca parada antes de que la desgarbada figura de John Rowlands saliera de él. Se irguió y se enfrentó a Caradog Prichard, entre el muchacho y el perro de la colina.

—Caradog —dijo—. Aquí no hay ninguna oveja con la garganta abierta. No tienes derecho, y no hay necesidad de ello.

—¡Hay una oveja muerta ahí arriba! —la voz de Prichard se hizo aguda y peligrosa. Will vio que allí arriba, en el saliente, el montón blanco que formaba el cuerpo de la oveja atacada por el *milgwn* era visible desde donde estaban. Descubrió por qué el Rey Gris se había asegurado de que sus *milgwn* la llevaran hasta aquel lugar.

—Esa es una oveja de Pentref, de las que se cobijan en Clwyd durante el invierno —contestó John Rowlands.

—Vaya, qué conveniente —contestó Prichard con mofa.

—Te lo demostraré. Ven y lo verás.

—¿Y qué si así fuera? Aun así, sigue siendo ese perro tuyo el que asesina a las ovejas bajo tu responsabilidad, ¿no? ¿Qué es lo que pasa contigo, Rowlands, para que todavía lo protejas? —Su cara brillaba de sudor y rabia. Prichard alzó la escopeta para apoyarla en su cintura y miró hacia la colina.

—No —insistió John Rowlands tras él con voz grave.

Algo en Caradog Prichard se rompió y dio media vuelta para enfrentarse a Rowlands con la escopeta aún apuntándole. El tono de su voz se hizo aún más tenso, como un cable a punto de romperse.

—Siempre metiendo las narices donde no te llaman John Rowlands. Intentando detenerme, igual que me detuviste aquella vez. No lo deberías haber hecho; le habría dado una lección y le habría vencido, y entonces ella se hubiera venido conmigo. Se hubiera venido conmigo si tú no te hubieras entrometido.

Sus manos estaban blancas donde agarraban la escopeta. Disparaba las palabras tan rápido que unas pisaban a las otras. John Rowlands permaneció mudo de asombro mientras le miraba, y Will vio que la comprensión gradualmente sustituía a la sorpresa en el curtido y amable rostro, a medida que se daba cuenta de lo que Prichard estaba diciendo.

Pero, antes de poder responder, la voz de Owen Davies se dejó oír por sorpresa, alta y clara, desde lo alto de la colina, como el tañido de una campana:

—No, ni hablar, ella no se hubiera ido contigo, Caradog. Nunca. Y tú no hubieras ganado aquella pelea ni en un millón de años, y tuviste suerte de que John Rowlands nos separara. Yo no sabía lo que hacía, pero te hubiera matado si hubiera podido por haber herido a mi Giny.

—¿Tu Giny? —escupió Prichard—. ¡La Giny de cualquiera! Aquello estaba más claro que el agua. ¿Por qué otra razón hubiera elegido a un tipo como tú, Owen Davies? Era una hermosa criatura de las montañas, con el rostro de una flor y con unos dedos que extraían de la pequeña arpa que llevaba consigo una música como nunca antes se haya oído... —Por un momento se distinguió una terrible ternura en su voz. Pero, casi al mismo tiempo, el torturado y medio enloquecido rostro se retorció de maldad. Miró la blanca cabeza de Bran. Y ese hijo bastardo, que has mantenido todos estos años para atormentarme, para recordármelo, tampoco tú tenías derecho alguno sobre él, yo podría haber cuidado de ella y de su hijo mejor que tú...

—¿Y entonces le habría disparado a Cafall, señor Prichard? —preguntó Bran con una voz aguda y remota que semejaba provenir de un pasado tan lejano que le provocó un escalofrío a Will.

—Ese perro ni siquiera era tuyo —contestó con rudeza Prichard—. Era un perro pastor de tu padre.

—Desde luego —contestó Bran con la misma voz clara y distante—. Por supuesto. Mi padre tenía un perro llamado Cafall.

La sangre de Will se heló en sus venas porque sabía que el Cafall del que Bran hablaba no era el Cafall al que habían disparado, y el padre tampoco era Owen Davies. Así que Bran, el Pendragón, conocía su verdadera, magnífica y terrible herencia. Y entonces, un último y repentino asombro tomó forma en la mente de Will. Tuvo que ser Owen Davies quien diera al perro muerto su nombre, porque Bran había dicho que tuvieron a Cafall cuando él mismo era solo un niño pequeño.

¿Por qué había Owen Davies llamado al perro de su hijo igual que el perro del gran rey?

Sus ojos parpadearon mientras observaba la delgada y poco atractiva figura de Owen Davies y vio que el hombre le devolvía la mirada.

—Sí —dijo Davies—. Lo sé. Intenté no creerlo, pero siempre lo he sabido. Ella vino del Cader Idris y esa es la Silla de Arturo, en inglés. Ella vino con el hijo de Arturo desde el pasado porque una vez traicionó al rey, su señor, y tenía miedo de que renegara de su propio hijo como consecuencia de aquello. Gracias a un hechizo del *dewin* trajo al niño al futuro, lo alejó de sus problemas, el futuro que es el tiempo presente para nosotros. Y lo dejó aquí. Y quizá, quizá no hubiera vuelto al pasado si ese loco de ahí no se hubiera entrometido, no hubiera oído el arpa, no hubiera

deseado a mi Ginebra y hubiera tratado de llevársela.

Dirigió una fría mirada a Caradog Prichard. Con un rugido de rabia, Prichard se llevó la escopeta al hombro, pero John Rowlands alargó con rapidez un brazo y se la arrancó antes de que su dedo pudiera llegar al gatillo. Prichard gritó enfurecido, le empujó con fuerza y saltó hacia delante. Trepó con furia venenosa hacia el saliente donde Bran y Owen Davies se encontraban.

Bran se dirigió hacia Davies, le rodeó la cintura con un brazo y se mantuvo cerca. Era la primera muestra de afecto entre ellos dos que Will había visto. Una asombrada y tierna sorpresa amaneció en el ajado rostro de Owen Davies cuando bajó la mirada hacia la blanca cabeza del chico y los dos se quedaron allí, a la espera.

Prichard trepaba hacia ellos con odio en los ojos. Pero John Rowlands le seguía de cerca. Apartó la escopeta de Prichard, le golpeó en un costado y le agarró con la fuerza de un hombre mucho más joven. Lucharon con frenesí, pero, sabiéndose en inferioridad, Caradog Prichard echó la cabeza hacia atrás y emitió un horrible grito de locura al tiempo que el control de las Tinieblas renunciaba a él y su mente se abandonaba a la ruina en la que iba a permanecer. Después de que los Durmientes cabalgaran y con la última esperanza de dañar a Bran perdida, el Rey Gris dio por acabada su batalla.

El eco del grito de Prichard se convirtió en un aullido largo y ululante que atravesó las montañas; se elevaba, caía, se elevaba, rebotaba de pico en pico, mientras los poderes de las Tinieblas desaparecían para siempre del Cader Idris, del valle de Dysynni y del Tal y Llyn. Frío como la muerte, angustiado por la pérdida infinita, se extinguió y, aun así, parecía suspendido en el aire.

Se quedaron helados, paralizados por el horror.

La niebla que los hombres llaman el aliento del Rey Gris llegó arrastrándose por el paso hacia las laderas de las montañas, ondulante, escurridiza y serpenteante; ocultaba todo a su paso hasta que consiguió aislar a cada uno de ellos del resto. Un susurro frenético provino de la niebla, pero solo Will vio las enormes formas grises de los fantasmagóricos zorros, los *milgwn* del Brenin Llwyd que se precipitaban montaña abajo y desaparecían en el lago oscuro.

La niebla se cerró sobre el Llyn Mwyngil, el lago Alegre, y el valle se sumió en un frío silencio, excepto por el distante y errante balido de una oveja, como el eco de la voz de un hombre repitiendo el nombre de una mujer, a lo lejos.